IRENE ADLER

SHERLOCK, LUPIN Y YO

La ESFINGE de HYDE PARK

La Navidad se acerca. Irene, Sherlock y Arsène están en Londres. Y justo cuando el humor de Holmes empieza a ensombrecerse sin remedio, como siempre le ocurre durante dicha festividad, un misterio repentino arrastra a los tres amigos a vivir una temeraria aventura: el director del British Museum ha sido asesinado en circunstancias enigmáticas y los periódicos hablan sobre una oscura maldición que parece tener sus raíces en el antiguo Egipto.

Irene Adler

La esfinge de Hyde Park

Sherlock, Lupin y yo - 8

ePub r1.0
Titivillus 09.04.2019

Irene Adler, 2014
Traducción: Miguel García
Ilustraciones: Iacopo Bruno

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

La esfinge de Hyde Park

Capítulo 1. Un regalo macabro

Capítulo 2. Una visita al museo

Capítulo 3. Una extraña ceremonia

Capítulo 4. Dos viejos conocidos

Capítulo 5. Algo así como un reto

Capítulo 6. El locuaz señor cavendish

Capítulo 7. Un suplicio y un misterio

Capítulo 8. Un plácido mar invernal

Capítulo 9. Una carta de Ámsterdam

Capítulo 10. Los recuerdos del lince

Capítulo 11. El ojo de horus

Capítulo 12. La sombra de la locura

Capítulo 13. El mensaje de la esfinge

Capítulo 14. Una excursión (no muy) cultural

Capítulo 15. Una especie de iluminación

Capítulo 16. Una historia terrible

Capítulo 17. En mi principio está mi fin

Capítulo 1

UN REGALO MACABRO

«Huye, Irene. ¡Ven conmigo, huye!», dijo la voz en alguna parte, allí cerca.

No veía bien la cara de mi amigo Arsène Lupin, pero sabía que era él quien me había hablado. Lo sabía con la claridad profética de los sueños. Igual que sabía que no debía tener miedo. Su rostro era una sombra apenas más oscura que las tinieblas que nos rodeaban. ¿Dónde habíamos acabado? ¿Y por qué?

No lograba recordarlo. Por supuesto, estábamos huyendo. Pero ¿de quién? Si me volvía para mirar a mi espalda, lo único que veía era una oscuridad espesa y amenazadora que parecía empujarme hacia mi amigo. Apretaba las manos de Arsène con fuerza y él, desde la oscuridad, me repitió una vez más: «¡Huye!».

Yo asentí en un susurro: «¡Sí, vamos!».

Y, en el preciso instante en que lo hice, tirité a causa de un frío repentino y pavoroso, como el que se siente al zambullirse en aguas demasiado profundas. Notaba un frío intenso. Solté las manos de Arsène y me pasé las mías por el cuerpo, deprisa. Estaba prácticamente desnuda, solo llevaba encima jirones desgarrados de tela que me oprimían la piel, más escasos que mis pensamientos.

¿Por qué tenía la ropa en aquel estado? ¿Qué había ocurrido? Y ¿dónde estábamos? Me llegaba olor a agua marina, a algas, a sal.

Habíamos luchado. Sí, empezaba a acordarme, de forma confusa. Había habido una pelea y yo… nosotros… Yo había conseguido escabullirme y escapar. Y ahora…

Mi amigo se detuvo para esperarme. Volvió a agarrarme las manos y tiró de mí hacia él.

«Por aquí… ¡Por aquí!», insistió.

Pero ya no había urgencia en su voz. Como si quienes nos habían perseguido hasta hacía un momento se hubieran desvanecido de golpe y la oscuridad se hubiera vuelto menos peligrosa.

Di algunos pasos con él, insegura. Sentía la tierra desnuda y

helada bajo mis pies. ¿Y mis zapatos? Quién sabía adónde habrían ido a parar…

«Vamos, casi hemos llegado», me tranquilizó Arsène.

«Sí, pero… ¿adónde?», le pregunté entonces a aquella silueta oscura que era mi amigo.

«¡Al barco, para abandonar la isla! —me contestó él divertido—. ¿No te acuerdas?».

Me esforcé por recordar, pero mis pensamientos eran pesados como piedras.

No. No me acordaba de ningún barco. Percibía, en cambio, el olor del mar, que ahora me parecía intenso y casi punzante.

Lupin me precedía y me arrastraba con él, y en ese momento andábamos sobre agua. Agua caliente, muy caliente. También me parecía oír lejanos bufidos de vapor y luego pasos.

¿Pasos?, me pregunté. ¿Cómo podía oír pasos en medio del mar?

Apreté más fuerte la mano de Arsène mientras el agua me iba subiendo, despacio, hasta las rodillas y luego hasta la cintura; y, al final, cuando ya casi me llegaba a la barbilla…

—¡SEÑORITA IRENE! —exclamó la voz de Horace Nelson al otro lado de la puerta del cuarto de baño—. ¿TODAVÍA ESTÁ AHÍ DENTRO?

Me desperté de golpe y resbalé en la superficie de la bañera. Durante un momento permanecí sumergida.

Me recobré del susto con la mayor rapidez de que fui capaz y, a pesar del desagradable sabor a agua jabonosa en los labios, pude responderle al mayordomo de la familia que sí, que todavía estaba en el baño y que no pasaba nada. Aunque no era del todo cierto. Evidentemente, había vuelto a dormirme en la bañera, y esa vez lo había hecho después de enrollarme sobre la cabeza una gran toalla a modo de turbante. Se lo había visto hacer muchas veces a mi madre y había tratado de imitarla, aunque, a diferencia de ella, yo no tenía una larga melena que recoger. Lucía aún el mismo peinado corto y salvaje que me había hecho el día de su muerte y no tenía intención alguna de cambiarlo. «¡Caramba, menudo sueño!», pensé.

—¡Ya voy, ya voy! —repetí después a Horace, que seguía refunfuñando detrás de la puerta. Apoyé en el suelo un pie mojado y sentí en la planta húmeda el frío de las baldosas de porcelana. Una sensación de frío muy parecida a la del sueño de poco antes. La toalla de mi cabeza se había empapado, así que la tiré sobre el

borde de la bañera y cogí otra que estaba colgada al lado del espejo. Me encontré así ante mi imagen reflejada.

Tenía la cara roja. Y no era por el agua caliente, sino por aquel absurdo sueño.

«¿Por qué mis sueños tienen que ser siempre tan turbulentos?», me pregunté al tiempo que me echaba encima la toalla. Yo luchando con desconocidos y luego escapando en la oscuridad arrastrada por Arsène Lupin, para al final intentar subir a bordo de un misterioso barco.

Pero no era por aquellos elementos del sueño por lo que mi cara seguía sofocada. Desde luego que no.

—Señorita, si de verdad está bien, como dice, sería conveniente que saliera —me apremió el señor Nelson.

—¡Ahora mismo! —le contesté yo.

Tras sonreírme pícaramente a mí misma en el espejo, decidí cumplir mi palabra y agarré la manilla de latón de la puerta.

—¡Señorita Irene! —exclamó el mayordomo, mirándome durante una fracción de segundo, es decir, durante el tiempo que necesitó para darse cuenta de que no debía mirarme ni un instante más—. Su padre está a punto de sentarse a la mesa y usted…

—¡Yo todavía tengo que vestirme, lo sé! —lo interrumpí, poniéndome insolentemente de puntillas para darle un sonoro beso en mitad de la frente—. ¡Pero tardaré solo unos instantes!

—¡Oh! —soltó él con voz cavernosa.

—Y si usted… mientras tanto… —le susurré al oído antes de correr por el pasillo en dirección a mi cuarto—, fuera tan amable de recoger la otra toalla… ¡Me temo que necesita que la estrujen bien!

—Me pregunto si llegará el día en que muestre la compostura propia de una señorita respetable —dijo él con severidad, aunque con los ojos sonrientes.

—Ah, ¿acaso insinúa que mis modales son toscos? ¡Esto es inaudito, señor Nelson! —repliqué yo con voz falsamente indignada.

Y me alejé dejando sobre el suelo del pasillo un gran rastro de huellas húmedas.

Mientras entraba en mi cuarto, oí la risa profunda y vibrante del mayordomo a mi espalda y yo también me reí. Nada me hacía sentir más en casa que aquellas pequeñas y graciosas escaramuzas entre

Horace y yo.

Me vestí lo más deprisa que pude, me pasé los dedos por el pelo hasta dejarlo tan tieso como las púas de un puercoespín y luego corrí al comedor. Como me había anunciado el señor Nelson, encontré a mi padre de pie, a un extremo de la mesa, con la mano apoyada en el respaldo de una silla, que balanceaba adelante y atrás como si fuera la palanca de uno de los trenes que producían sus fábricas. En cuanto lo vi, me fijé en que tenía clavados los ojos en un pequeño retrato de mi madre que adornaba la repisa de la chimenea. Él mismo, al notar mi mirada, pareció darse cuenta y soltó la silla, cohibido.

—¡Irene! —me saludó, como si no me hubiese visto en muchísimo tiempo en lugar de desde hacía solo un par de días.

Vi el esfuerzo que tuvo que hacer para salir de sus pensamientos e intuí la distancia que había tenido que salvar para volver a estar allí de golpe, conmigo.

—¡Papá!

Le di un beso y él me estrechó contra sí, tal vez un poco más torpemente que de costumbre, pero con la intención de darme a entender que estaba allí. Que todo iba bien.

—¿Has tenido buen viaje? —le pregunté—. ¿Cómo es Manchester?

Sabía que había ido al norte por trabajo, en tren, pero, aparte del nombre de la ciudad, no sabía casi nada más.

—Humosa, hija mía —me contestó. Luego se rio de lo dicho y repitió—: Humosa y tétrica. Así es esa ciudad.

—¿Más que Londres? —le pregunté incrédula. Había veces en que el olor a humo se me quedaba tan pegado como una telaraña. Sobre todo en invierno.

Ambos miramos por la ventana desde nuestra privilegiada atalaya por encima de los tejados de la ciudad. El cielo, cubierto por una cerrada capa de nubes, tenía el color del acero. En la calle, las campanillas de los vendedores de periódicos y los organillos parecían anunciar una nevada inminente.

Si hay un período terrible para quien ha pasado por un luto en su familia tras la pérdida de un ser querido, es la Navidad.

Mi padre y yo nos lo dijimos mentalmente y con un encogimiento de hombros.

—Sí… —murmuró. Me señaló mi silla y ocupó la suya.

Desde que mi madre no estaba, habíamos cambiado la mesa del comedor, que ahora era mucho más pequeña y, a despecho de los usos vigentes en las casas de los nobles y los burgueses más ricos, mi padre y yo nos sentábamos el uno al lado de la otra.

—¿Y tus clases de canto? —quiso saber, un poco dubitativo. Por su tono de voz, siempre me daba cuenta de cuándo una pregunta de Leopold no era espontánea, sino algo que consideraba un deber de buen padre.

El canto, me dije, e intenté adivinar la pregunta siguiente. ¿Tal vez sobre la dicción?

—Además, Irene, pensaba… respecto a tu acento inglés… —añadió Leopold, infalible, después de que la señorita Fowler nos sirviera una delicada sopa de zanahoria a la Crécy con tostones de mantequilla.

Mi pequeño éxito como adivina me arrancó una media sonrisa.

Mantuvimos una educada, pero sosa, conversación en la cual nos limitamos a interpretar nuestros correspondientes papeles. Solo al final de la consistente comida invernal, cuando su preocupación por aquella hija adolescente que debía educar él solo se atemperó con un poco de vino de Borgoña, mi padre pareció dar rienda suelta a sus sentimientos.

—Ya es casi Navidad… —observó Leopold después de suspirar.

—Es verdad —asentí yo—. Cuántas cosas han cambiado en un año, ¿eh?

—Sí, es cierto… —murmuró mi padre.

Y mientras se revolvía con torpeza en su silla para observar los tejados de Londres por la ventana, fui consciente, de repente, de su fragilidad. Me hizo recordar que el hombre al que llamaba «papá» y que sentía como tal, en realidad no era mi verdadero padre, sino solo el superviviente de la pareja de progenitores adoptivos que habían aceptado criarme.

De mi verdadera madre, la noble bohemia Alexandra Sophie von Klemnitz, a la que había conocido hacía poco, creía saber solo una cosa: que era un ser envuelto en un misterio impenetrable. Un misterio tan profundo que le impedía revelarme incluso la identidad de mi padre real, quien, en consecuencia, por entonces era solo un inexplicable y doloroso signo de interrogación para mí.

—Según tú, ¿deberíamos…? —empezó a preguntar mi padre, casi con un susurro.

Lo miré.

—Deberíamos… ¿qué?

Él movió una mano junto a la cabeza, como queriendo decir que solo se trataba de una idea que se le había ocurrido.

—Bueno, pensaba… que podríamos invitar a la señora Von Klemnitz…, en fin, a tu madre, Irene. Quiero decir, durante las fiestas, a lo mejor para Nochevieja… —farfulló él.

Hoy, pasados tantos años, comprendo mejor las vacilaciones y los motivos de Leopold, pero aquella noche sus palabras me chocaron.

Conocer a Sophie había sido la emoción más fuerte de mi vida. Pero aquella mujer era, como he dicho, un secreto. Y un secreto peligroso del cual, decía ella, tenía el deber de protegerme manteniéndome en la más absoluta ignorancia sobre todo lo que concernía a mi pasado.

Después de haber sentido una rabia inmensa hacia ella, al final había aceptado la decisión de Sophie. Pero había sido como arrancarme el alma para luego intentar devolverla a su sitio. Y eso, intentar devolver las cosas a su sitio, era acaso lo que yo habría esperado de Leopold, su voz afable diciéndome que, en el fondo, nosotros dos estábamos bien junto al calor de la chimenea en aquel frío día de diciembre y que no teníamos necesidad de nada más.

En cambio, aquella alusión a Sophie…

—No, papá, creo que no deberíamos —respondí, envarándome.

—Ah… —dijo él, sorprendido por mi tono—. Pensaba que te agradaría…

—No es cuestión de si me agrada o no —declaré al tiempo que me levantaba—. Pero pienso que no es oportuno.

—Pero, mi pequeña Irene… Ahora que la pobre Geneviève… Tú necesitas a una… —siguió diciendo mi padre, cada vez más confundido, cuando yo me dirigía ya a la puerta.

Abandoné el comedor antes de que pronunciara la palabra «madre» o de que yo pudiera oírla.

—Me temo que he comido demasiado. Me voy a dar un paseo —dije con una airada frialdad de la que me arrepentí poco después.

Recorrí el pasillo, cogí el abrigo azul de Geneviève (que ahora

usaba yo) del perchero de la entrada, abrí la puerta con ambas manos y salí al rellano de la calle. Por algún ingenuo motivo, esperaba que el aire frío borrara los pensamientos que me habían turbado.

Mientras la puerta se cerraba poco a poco, expulsando fuera el aire viciado de la casa, oí la voz de mi padre preguntando algo y la voz baja y cavernosa del señor Nelson, que le contestó:

—No se preocupe, señor.

No había por qué preocuparse, en efecto. Pese a que estuviera en Londres desde hacía ya un mes y aquella fuera la segunda vez que vivía en la ciudad, los lugares que frecuentaba podían contarse con los dedos de una mano y mis desplazamientos eran totalmente predecibles. El señor Nelson, de hecho, sabía casi con certeza absoluta que mi escapada de casa me llevaría derecha a la Shackleton Coffee House, el polvoriento local donde Sherlock, Lupin y yo habíamos establecido nuestro cuartel general. En la práctica, habíamos tomado posesión de un rincón del mismo, en el que habíamos colonizado un viejo sofá de piel, dos butacas desfondadas y la mesa de madera basta que había en medio, donde dejábamos las manchas circulares hechas por nuestras tazas.

El café se encontraba a mitad de camino entre mi casa y la de Sherlock, y había sido precisamente mi introvertido amigo quien lo eligiera para nosotros. Le encantaba refugiarse allí para leer los periódicos, comentar las viñetas satíricas de Punch, resolver problemas de ajedrez y, sobre todo, hojear la «Agony Column» de *The Times* en busca de los anuncios más disparatados e increíbles.

Arsène, por su parte, vivía apenas a dos calles de distancia, él solo, en un apartamento alquilado en el primer piso de un edificio ruinoso en el que estaba registrado como Auguste Papon, de veinticuatro años. Él sí se había escapado de casa, si bien en su caso la palabra «casa» resultaba un tanto forzada, puesto que había pasado los últimos años siguiendo el circo itinerante de su padre.

En suma, fue precisamente en la Shackleton Coffee House donde me refugié y, para mi inmenso placer, tras atravesar de lado a lado la sala, cargada de un humo espeso, vi la nariz puntiaguda de Sherlock Holmes hundida en las páginas de *The Times*. Respiré hondo, inspirando con una sensación de felicidad absoluta el olor a barro, sudor y café malo de nuestro refugio, y ocupé mi butaca

particular de un salto, colocando una pierna sobre el reposabrazos como haría cualquier mocosa.

Si lo que quería era impresionar a Sherlock, resultó evidente que no lo había logrado. No hizo ni el más imperceptible movimiento en mi dirección. No me saludó. «Qué raro», pensé, fijándome en que no tenía la acostumbrada expresión torva que se le dibujaba en el rostro durante el período navideño.

—¿Has leído lo del director del British Museum? —me preguntó, como si yo llevara allí todo el tiempo.

—¡Hola, Irene, bienvenida! —solté yo, imitando su perfecto acento londinense—. Hola, Sherlock, ¡qué alegría verte! ¡Realmente no tengo ni idea de qué diablos hablas! —concluí en tono burlón.

—Deplorable —comentó mi amigo con voz sarcástica y riendo —. En nuestros días, una señorita siempre debería estar al corriente de los principales sucesos.

—¿Crees que podrías remediar mi imperdonable laguna? —le pregunté, siguiéndole el juego.

Sherlock me tiró el periódico con un gesto cómicamente teatrero. Me pareció un niño que quisiera enseñarme un regalo formidable que acababan de hacerle por Navidad. El titular principal, en primera plana, no dejaba lugar a dudas.

—¿Han asesinado al director del British Museum? —pregunté.

—La palabra «asesinado» implica una interpretación precipitada —puntualizó él—. Por el momento, lo único que se puede decir es que se trata de una muerte misteriosa.

—El profesor Gideon Hawthorne… encontrado asfixiado… —leí yo por encima, saltando entre líneas.

—¡Inexplicablemente, estaba tumbado dentro del célebre sarcófago de Horus! Algo propio de una novela de tintes siniestros, ¿no creéis? —añadió una tercera voz a mi espalda.

—¡Arsène! —exclamé yo, volviéndome de sopetón.

Lupin vestía un abrigo de actor y su habitual larguísima bufanda, y llevaba puesto de nuevo su querido bigote postizo. Aquel era el disfraz que lo transformaba en Auguste Papon, un imaginario caballero francés que, según su pasaporte (¡falso!), era viajante de comercio, pero quien en caso de necesidad podía convertirse en todo lo que se le ocurriera a Arsène. Por ejemplo, en aquella ocasión, mi amigo, mientras se inclinaba para darme un beso y se

acomodaba luego en su butaca, dijo:

—Monsieur Papon escribiría un artículo memorable sobre un asunto así, ¿sabéis?

Fue un beso ligeramente más largo de lo preciso, noté, en el que sus labios parecieron quedarse pegados a mi mejilla.

—¿Ah, sí? —dijo Sherlock divertido—. ¿Y qué escribiría ese gran hombre?

—Director de museo encontrado fiambre en sarcófago —respondió con prontitud Arsène, como si leyera el titular de un diario—. El subdirector comenta: «¡No me sorprende, era una auténtica momia!».

Sherlock dejó escapar algo intermedio entre un bufido y una carcajada, mientras que yo levanté los ojos al techo.

—¡Oh, y pensar que en mi sueño me salvaba alguien que hace estos chistes!

Aquellas palabras atrajeron hacia mí las miradas interrogativas de Sherlock y Arsène. Y yo me dispuse a explicárselas.

Capítulo 2

UNA VISITA AL MUSEO

Cuando terminé de contar mi sueño, deleitándome en acentuar su absurdidad, Sherlock propuso pasarnos por el British Museum y Arsène y yo aceptamos con entusiasmo.

Nunca me había detenido a observar con atención el edificio que alberga el museo más famoso de la ciudad y me sorprendió su forma de mazacote, recia, escasamente compensada por las columnas blancas de la entrada. No puedo decir que no me guste, pero me quedé pensativa e indecisa acerca del verdadero carácter de un lugar así. ¿Era el resultado de un gran acto de generosidad, pretendía ser un estímulo para conocer e imitar la grandeza de los antiguos o una simple demostración de poder?

Mis preguntas chocaron contra una barrera de dudas, del mismo modo en que mis amigos y yo chocamos con el cordón de policías que vigilaban la puerta e impedían entrar a todo el mundo. Se había formado, así, una pequeña muchedumbre de curiosos, periodistas y ociosos que se mezclaban con visitantes extranjeros indignados porque se les negara la entrada al museo.

—Hum… Diría que no hay nada que hacer —murmuró Sherlock, contrariado, al constatar la ausencia de huecos por los que colarse.

Lupin, con su inigualable cara dura, se agarró en cambio a un antepecho y atisbó por una ventana.

—¡Quieto ahí, tú! —le ordenó un policía, que corrió a agarrarlo por las solapas.

—¡Suélteme! ¡Somos periodistas, tenemos que pasar! —replicó con presteza Arsène, enfatizando su acento francés. Pero el policía no picó y todo lo que mi amigo consiguió fue que lo invitaran a hablar, si es que podía, con cierto mister Wilson, encargado de la investigación.

—¿Eso significa que nos rendimos? —pregunté.

—Me temo que sí —asintió Sherlock—. ¡A no ser que el inefable Papon conozca una entrada secreta al British Museum!

—No, lo siento… —dijo Arsène, encogiéndose de hombros—. Al

menos lo hemos intentado. En realidad todo esto me ha despertado un poco el hambre. ¿Os apetece acompañarme a tomar un bocado?

Iba a decirle que la señorita Fowler me había atiborrado ya demasiado cuando Sherlock se quedó inmóvil de pronto.

—¿Dices que quieres tomar un bocado? —murmuró al tiempo que nos hacía una seña para que calláramos.

Se había percatado de la presencia de algo o de alguien entre la multitud congregada delante del museo y había alzado la nariz como para olfatear una idea. Un instante después rebuscaba nerviosamente en sus bolsillos.

—¿Tienes suelto? —me dijo, como si tuviera prisa.

Yo tenía algunas monedas y las saqué sin rechistar. Sherlock las cogió y desapareció entre el gentío. Miré a Arsène con cara interrogativa.

—Poco elegante, quizá… —señaló él, riendo—, pero eficaz.

Yo también me reí. Estaba claro que Sherlock no había querido quitarme unas monedas simplemente, pero seguía sin entender para qué las iba a utilizar.

Al menos hasta que volvió, sosteniendo sobre su cabeza una gran bandeja de madera.

—Por lo que parece, también algunos de nuestros amigos de Scotland Yard de ahí dentro tienen un poco de apetito… —nos dijo Sherlock, guiñándonos un ojo.

Nos repartimos el contenido de la bandeja. A mí me tocaron dos de esos horribles pasteles de carne que los ingleses llaman *cottage pie*, mientras que mis amigos cogieron cucuruchos de pescado frito. Íbamos demasiado bien vestidos como para que nadie creyese que éramos chicos de la calle que hacían recados para un pub, así que escondimos nuestros abrigos detrás de un seto, nos arrugamos la ropa como mejor pudimos y nos manchamos la cara con el hollín de una pared.

No es que fuera un trabajo muy logrado, pero merecía la pena intentarlo.

—El tentempié para mister Wilson y los muchachos… —dijo Sherlock Holmes frente a la barrera de agentes, pronunciando todo con un fuerte acento *cockney* de los bajos fondos. Mi amigo, me fijé, había tenido la precaución de dirigirse a un agente que poco antes no estaba a la entrada del museo y que, por tanto, no nos

había visto.

El hombre, después de echarnos un vistazo receloso a los tres, decidió dejarnos pasar.

—Tienes un minuto, quizá menos… —le dijo Sherlock a Lupin ya dentro del museo.

Nos habíamos parado al lado de una de las escalinatas que subían al primer piso, justo a la izquierda de la entrada. Sherlock y yo, por decirlo así, hacíamos guardia en los dos extremos del pasillo en el que nos habíamos escondido mientras Arsène estaba acuclillado delante de una puerta.

—¡Desde luego, eres todo un maestro en no meterle presión a la gente! —bufó Arsène, trajinando con una ganzúa que había sacado de un bolsillo como por arte de magia.

—Veinte segundos —lo acució Sherlock, imperturbable—. Después, nos descubrirán.

—Si te estuvieras callado, quizá… —susurró Arsène—. Noto que ya casi estoy… La cerradura está a punto de…

—Cinco, cuatro, tres… —contó Holmes—. Vámonos, Irene.

¡Clac!

Lupin, exultante, hizo girar un brazo en el aire.

—¡Adentro, rápido! —nos exhortó luego.

Nos arrojamos literalmente al otro lado de la puerta sin tener ni idea de qué encontraríamos. Nada más cerrarla detrás de nosotros, oímos las pisadas del policía encargado de vigilar el pasillo. El sonido se acercó, cesó unos instantes y luego continuó y se fue haciendo cada vez más lejano.

Soltamos el aire que teníamos en los pulmones después de haber aguantado la respiración y nos permitimos una risita atenuada.

Allí estábamos de nuevo los tres, metidos de cabeza en una aventura sin tan siquiera haber reflexionado un segundo. Algo que cualquier persona habría llamado inconsciencia y que yo, en cambio, me limitaba a llamar «nuestro estilo».

La situación en la que estábamos, de todos modos, no era precisamente cómoda. Encerrados en el más insignificante cuarto de las escobas, apretados los unos contra los otros.

—¿Cuánto pensáis que tendremos que permanecer aquí? —pregunté mientras trataba de mover una pierna que se me había encajado entre dos palos y un cubo.

Sherlock, a tientas, intentaba hacerse una idea del tamaño real de aquel lugar.

—Ejem… Eso debe de ser mi rodilla… —le hice notar cuando llegó hasta mí.

Era un espacio realmente angosto.

—Creo que lo primero es renunciar a la idea de sentarnos en el suelo —anunció mi amigo.

—De acuerdo, pero no me parece haber oído todavía la palabra «gracias»… —dijo Arsène desde el lado opuesto del cuartucho.

—¿Gracias? —repuso Sherlock—. Dos segundos más y habrías hecho que nos descubrieran. ¡Has forzado el cuarto de las escobas, no la caja fuerte de Threadneedle Street!

Yo había vivido en Londres el tiempo suficiente para saber que en Threadneedle Street se encontraba la sede principal del Banco de Inglaterra.

—¡La próxima vez nos demuestras cómo te las apañas tú con una ganzúa, sabelotodo! —masculló Lupin.

—Mover un trocito de hierro en una cerradura… —replicó Sherlock con desdén—. Creo que ni siquiera un lémur tendría dificultades para hacerlo.

—¡Eh! —solté yo para cortar aquel rifirrafe—. ¿Os importaría dejarlo ya? El espacio es bastante pequeño ya, pero si encima os ponéis a discutir ¡se vuelve todavía más insoportable!

Mis amigos callaron. Lo había logrado.

—Estamos dentro del museo. Y bien escondidos —añadí—. ¿Cuál es nuestro plan ahora?

—En determinado momento, la gente de ahí afuera se cansará y levantará el campamento. Scotland Yard terminará su inspección y se marchará, la vigilancia se aligerará mucho —explicó Sherlock—. En ese momento, saldremos nosotros.

—De todas formas, habrá algunos agentes de guardia y también el vigilante del museo —precisó Arsène.

—Claro. Pero a esa hora estará oscuro. Y será más fácil evitarlos.

—¿Y después? —pregunté yo.

—Personalmente, ¡tengo muchas ganas de echarle un vistazo a ese sarcófago de Horus de tan mala fama! —respondió Sherlock, que se estaba divirtiendo como un niño en la carpa de un circo.

—Bien —dije, pese a no compartir su emoción por el sarcófago

—. Y hasta que la situación se calme… ¿vamos a quedarnos aquí dentro, sin poder movernos?

—¡Como momias! —observó Lupin—. ¿No te parece apropiado?

Aquella vez Sherlock no pudo contener la risa.

—¡Sss! —siseé yo—. No tendremos mucho de que reírnos si nos descubren aquí dentro, ¿sabéis?

Mis amigos reprimieron una última risita y al fin guardaron silencio. Estábamos en la oscuridad de aquel cuartucho y lo absurdo de toda la situación tuvo el efecto de hacernos volver a la niñez. E igual que los niños, empezamos a susurrar bobadas en la oscuridad y nos reímos bajito con cada una de ellas.

Yo, que hasta ese momento había procurado permanecer seria, terminé por abandonarme a ese juego con más empeño aún que mis amigos.

Es un recuerdo que todavía me hacer curvar los labios en una leve sonrisa.

Pero también aquella espera que parecía eterna llegó a su fin.

—Hace ya quince minutos que no se oyen pasos —dijo al rato Sherlock, con una oreja pegada a la puerta.

—De acuerdo —asintió Lupin—. Entonces salgamos.

Sentí que mi corazón daba un latido más fuerte, pero no lo demostré.

—Sí, vamos… —susurré, en cambio.

Un toque ligero de Arsène al picaporte y estuvimos fuera, en la silenciosa penumbra del British Museum.

Tal como había previsto Holmes, la policía había cerrado la entrada al museo mucho antes de la hora. Si nuestro primer problema había sido cómo entrar en el edificio, ahora nos enfrentábamos a buscar el modo de salir del mismo. Pero pensaríamos en ello más tarde.

Sherlock le señaló a Lupin una puerta con un ademán de la cabeza. Se trataba de la que daba acceso al ala egipcia del museo.

Arsène volvió a manipular con su ganzúa mientras Sherlock y yo vigilábamos los dos extremos del pasillo. Lupin se volvió hacia nosotros con una mirada entusiasmada que parecía decir: «¡Ya casi está!».

Y sin duda debía de ser así, pero en ese momento el museo estaba en completo silencio y el ruido metálico de la ganzúa en la

cerradura resonaba en el corredor.

Todo sucedió muy deprisa.

—¿Y ahora qué demonios pasa? —se oyó a lo lejos.

Mis amigos y yo nos miramos con los ojos abiertos como platos. Resultaba imposible volver al cuarto del que acabábamos de salir, porque tendríamos que ir precisamente en la dirección de la que provenía el ruido de pisadas.

El más rápido de mente fue Sherlock, que, braceando de manera nerviosa, nos señaló un rincón del hueco bajo la escalera, entre las sombras.

Nos deslizamos en silencio hasta allí debajo y contuvimos la respiración.

El guarda del museo miró a su alrededor con expresión de perplejidad. Cuando sus ojos se volvieron hacia nosotros, mi corazón aceleró furiosamente sus latidos.

Pero no pasó nada.

—¡Agente Hodgkinson! —se limitó a decir el guarda.

Instantes después oímos el pesado ruido de un pestillo descorrido a toda prisa. Entonces vimos abrirse, a lo lejos, la puerta principal y a un funcionario con capotito negro que entraba jadeante.

—¿Qué sucede, mister Shirley? —preguntó el policía.

—He oído ruidos… Lo mejor será que inspeccionemos —le explicó el guarda, y le señaló la puerta que Lupin había intentado forzar.

El policía asintió y empuñó la pistola; mister Shirley sacó un gran manojo de llaves, abrió la puerta y ambos desaparecieron de nuestra vista.

En aquel momento, fui yo la más rápida en tomar la iniciativa. Agarré del brazo a mis amigos e hice que se fijaran en la entrada: la puerta había quedado abierta y sin vigilancia.

Era nuestra oportunidad de huir.

Sherlock me lanzó una mirada irritada. ¡Como la de un chiquillo al que le hubieran arrancado de las manos un juguete resplandeciente!

Comprendía su decepción por no poder ver el sarcófago clave en aquel espectacular caso criminal, pero no me pareció nada en comparación con el riesgo de quedarnos atrapados allí dentro.

Lupin, como yo, no lo dudó y entre los dos arrastramos hasta la salida a nuestro amigo.

Salimos del British Museum cuando la noche caía sobre la ciudad y corrimos a recoger nuestros abrigos. El aire de diciembre era frío y olía a humo de carbón, pero yo me llené los pulmones como si fuera la más deliciosa de las esencias orientales. A fin de cuentas, ¡aquel era el perfume de un gran riesgo sorteado por muy poco!

Capítulo 3

UNA EXTRAÑA CEREMONIA

Tal vez fuera precisamente porque seguía pensando en el peligro evitado, pero estar de vuelta en casa, en Aldford Street, fue un alivio. Pasé por el estudio de mi padre y lo saludé, sonriendo. Una manera de anunciar que mi mal humor se había esfumado.

Un viento frío se había puesto a soplar en las calles de Londres al caer la noche y silbaba al otro lado de las ventanas, apenas un murmullo que recordaba lo muy agradable que podía ser pasar una velada de invierno en casa. Fue exactamente eso lo que hicimos mi padre y yo, mimados con una deliciosa cena de la señorita Fowler, quien, a diferencia de Sherlock, se ponía de excelente humor con la cercanía de la Navidad.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, mi padre estaba ya encerrado en su estudio, absorto en sus papeles y sus negocios.

Yo me dediqué a repasar lecciones de solfeo; era innegable que en los últimos tiempos había descuidado el canto y sabía que a mi padre le gustaba oír mi voz resonando entre las paredes de casa. Quizá porque conjugaba bien con una imagen que le resultaba consoladora, la de una familia serena en la que el padre trabaja y su única hija, con buen juicio, se dedica al canto. O quizá porque, sencillamente, lo ponía de buen humor.

En un cajón de mi habitación encontré un pequeño diapasón de plata que Geneviève me había regalado cuando todavía era niña para que me ayudara a coger la entonación correcta. Era un objeto que había olvidado y que creía haber perdido, y hallarlo allí, entre mis cuadernos, hizo que el corazón me diera un pequeño vuelco.

Había sido Horace quien lo había dejado tan a la vista. Debía de haberlo encontrado en el fondo de algún baúl mientras completaba nuestra mudanza desde París, y una vez más sentí agradecimiento por nuestro mayordomo, que cuidaba de mí con paciencia y discreción, sin imponerme jamás su presencia. O, mejor dicho, casi nunca: había que hacer la excepción de cuando mis dos aventureros amigos y yo corríamos el riesgo de meternos en dificultades

demasiado serias para nuestra edad.

En cualquier caso, en la comida mi padre me pareció de excelente humor; silbó viejas canciones de su juventud y se sentó a la mesa con el periódico bajo el brazo.

No hizo ninguna alusión a mi brusca salida de casa del día anterior, como si nunca hubiera sucedido. Por lo demás, a veces fingir que las cosas son como nosotros queremos que sean es una manera como cualquier otra de hacer que los deseos se hagan realidad.

La señorita Fowler había preparado, por petición expresa de mi padre, salchichas al ajo con patatas. No era un plato refinado que dijéramos, pero mi padre lo adoraba.

Entre bocado y bocado, sonriendo, exclamó:

—¿Sabes lo que estaba pensando, Irene? ¡Que un día de estos me gustaría llevarte a visitar el British Museum!

Por poco no me atraganté con una patata y tuve que taparme la boca con la servilleta. ¿Era posible que, el día de antes, Horace me hubiera seguido y luego le hubiera contado a mi padre nuestra incursión en el museo?

Sabía que no era muy de su estilo, pero de todos modos me volví hacia el mayordomo. Sin embargo, el señor Nelson estaba muy recto en un rincón, con una expresión tan perpleja como la mía.

Mientras, mi padre seguía hablando animadamente, como si no se hubiera dado cuenta de nada.

—¡Cuando era más joven, el British Museum era uno de mis lugares favoritos en esta ciudad! —sentenció—. Esas salas inmensas, el silencio… Tienes la impresión de sumergirte en el pasado. Geneviève odiaba acompañarme en mis peregrinaciones, decía que le daba la sensación de que el polvo se le posaba encima…

Se interrumpió un instante, quizá arrepentido por haber nombrado otra vez a mi madre. Luego se esforzó por continuar con idéntica alegría:

—Nunca te he llevado y sería entretenido e instructivo.

—Es una… idea estupenda —murmuré, intentando parecer tranquila y distante. Añadí—: Pero… ¿cómo es que se te ha ocurrido precisamente ahora?

Mi padre señaló el periódico que había dejado a su lado sobre el mantel de Holanda.

—A decir verdad, por una circunstancia no precisamente edificante, vaya. Parece que el director del museo ha sido…

Me levanté de la silla y fui yo misma a coger el periódico, con lo cual conseguí que la señorita Fowler me mirara mal cuando entró en el comedor para traer el queso a la mesa.

Leopold la despidió con una sonrisa socarrona y me miró.

Le devolví la sonrisa mientras clavaba los ojos en la primera página de *The Times*, dedicada enteramente al asesinato del profesor Hawthorne.

—¡Cielos, es terrible! —exclamé, fingiendo que no sabía nada de toda aquella historia—. ¿Quién querría matar a una persona tan respetable…? ¡Y de ese modo, además!

—No tengo la menor idea —reconoció mi padre, poniéndose serio—. Pero para haber planeado tal puesta en escena, ¡debe de ser un loco! Estoy seguro de que los hombres de Scotland Yard no tardarán mucho en echarle el guante.

Yo no dije nada.

Mis amigos y yo habíamos tenido que vérnoslas con los agentes de Scotland Yard y lo mínimo que pude hacer fue no compartir la confianza de mi padre.

Seguí, pues, leyendo rápidamente la página, esperando que mis ojos toparan con alguna información útil. Y, de hecho, justo al principio de un artículo de fondo sobre la obra del profesor Hawthorne, encontré lo que buscaba: «Las exequias por el director del British Museum se celebrarán hoy a las dieciséis horas en el cementerio de Kensal Green».

El funeral sería aquella misma tarde. Una ocasión única para obtener algún indicio interesante y, sobre todo, para volver a ver a Sherlock y a Arsène.

Como siempre, para reservarme mis horas de libertad, me vi obligada a recurrir a subterfugios y pequeñas mentiras. Nunca dejaba de sentirme levemente culpable por los embustes que le contaba a Leopold, pero el pensamiento de que para mí, como para cualquier chica de buena familia de aquellos tiempos, no había alternativa me hacía sentir justificada, al menos en parte.

Así que aquella tarde me valí de la excusa de la obra benéfica de la señora Glover, un lugar cercano a casa al que había ido con frecuencia el año anterior con Geneviève y al cual afirmaba acudir

aún.

Y era cierto, solo que no tan a menudo como decía. Muchas veces se trataba simplemente de una tapadera para estar con mis amigos.

La noticia del funeral de Hawthorne, en cualquier caso, no me había impresionado solamente a mí. Sherlock me había hecho llegar una nota en la que me citaba en la esquina de Aldford Street con South Audley Street a las tres en punto.

Ya estaba en el umbral cuando Horace se plantó delante de mí a grandes zancadas.

—Señorita Irene, no tendrá intención de meterse de nuevo en apuros, ¿verdad? —preguntó, fijando en los míos sus ojos oscuros y profundos.

—Por supuesto que no, Horace, lo prometo —dije yo con prontitud.

—¿Y me promete también que se mantendrá alejada de ese museo en el que la gente acaba muerta en sarcófagos?

—Tiene mi palabra —respondí sonriente.

Así era, pues tenía intención de llegar lo antes posible al cementerio de Kensal Green y estaba segura de que no iba a poner los pies en el British Museum. ¡Al menos aquella tarde!

Me lancé fuera de casa y corrí a la esquina de la calle, donde un cochero me abrió la puerta de un carruaje y me ayudó a subir.

—Sherlock —dije—, estaba segura de que tú también…

Pero en el coche solo me esperaba la cara sonriente de mi amigo Arsène.

—¿Qué ocurre? —me preguntó divertido—. Casi parece que te disguste verme.

—Nada de eso —respondí—. Solo creía que…

—Sherlock se reunirá con nosotros allí, ha dicho que tenía cosas que hacer —se anticipó mi amigo.

Arsène llevaba puesto su bigote postizo de monsieur Papon y para la ocasión había encontrado en algún sitio un traje negro y un sombrero de copa con una cinta de luto, que tenía en equilibrio sobre las rodillas.

—Al menos no me he equivocado de destino —comenté, señalando el lúgubre sombrero—. Kensal Green, ¿verdad?

—Sí. El cementerio.

Arsène se inclinó hacia delante de repente y me agarró una mano. Yo llevaba unos guantes finos de encaje negro inadecuados para la estación debido a la prisa con que me había cambiado de ropa y tenía los dedos helados. La mano cálida de Lupin se apoyó sobre la mía.

Había pasado demasiado poco tiempo desde que me había puesto aquel mismo vestido para ir al funeral de mi madre y tal vez en aquel gesto de mi amigo hubiera una torpe tentativa de hacerme sentir mejor.

—¡Se ruboriza tan fácilmente, señorita Adler! —bromeó con aquella inimitable sonrisa que daba ganas de abofetearlo.

—Es porque hace frío —repliqué de forma expeditiva, retirando mi mano y apoyándola en el regazo.

El único efecto que aquella ropa de luto tenía sobre mí en aquel momento era, de hecho, el hacerme sentir a disgusto.

Miré por la ventanilla durante el resto del trayecto, sintiendo encima de mí los ojos curiosos de Arsène. No sabía siquiera si tenía ganas de darle un bofetón o un beso y, ante la duda, seguí observando las ajetreadas calles de la ciudad que pasaban a mi lado.

Recordé lo que me había dicho Sherlock solo unas semanas antes, cuando habíamos ayudado a un amigo del señor Nelson a salir de la cárcel: «Si hay alguien que puede hacernos daño a nosotros tres, somos nosotros tres». Desde entonces me preguntaba si se referiría a los besos que nos habíamos dado Arsène y yo.

Pero no, ¿cómo podía saberlo? Ni siquiera una inteligencia superior como la de Holmes podía leer el pensamiento. O al menos eso esperaba yo.

El carruaje se detuvo delante de la entrada monumental del cementerio, interrumpiendo el hilo de mis infructuosos pensamientos. Se trataba de una inmensa construcción de mármol que recordaba los arcos de triunfo de los antiguos emperadores romanos.

No comprendía la razón de aquella ostentación. Era como si las arcadas y las grandes estatuas quisieran hacer majestuoso e imponente algo triste y silencioso como el final de una vida.

Sherlock nos esperaba justo delante de la verja abierta. Era el único de nosotros que no iba vestido de negro y llevaba puesto su

abrigo de siempre.

—Mira quién está aquí —dijo Arsène; saltó del carruaje y, como un perfecto caballero, me tendió una mano para ayudarme a bajar —. ¿Por qué llegas tan tarde?

—Te hago notar que he llegado antes que vosotros —observó Sherlock bromista.

—Quería decir que por qué no has venido en el carruaje con nosotros y por qué no vas vestido de luto —insistió Arsène.

Sherlock se encogió de hombros.

—He tenido que dedicar un poco de mi tiempo a un monumental incordio andante llamado Mycroft.

No añadió nada y, por experiencia, sabía que era inútil intentar obligarlo a revelar algún detalle más. Mycroft era el hermano mayor de Sherlock y la relación entre los dos era… complicada (y es lo menos que se puede decir).

Entramos en el cementerio, pues, yo del brazo de Arsène, que se contoneaba con aquel enorme sombrero de copa en la cabeza. No tardamos mucho en localizar el cortejo fúnebre del profesor Hawthorne.

Era una comitiva dispersa y aterida formada por, como mucho, una decena de personas, en su mayoría ancianas, que seguían al reverendo como los ratones que correteaban detrás del flautista del famoso cuento.

Nos unimos también a la comitiva sin que nadie se dignara mirarnos y llegamos a un rincón del cementerio donde casi todas las viejas lápidas cubiertas de musgo tenían grabado el apellido Hawthorne.

La caja de madera brillante, ornada con flores, ya había sido depositada en la tierra y el reverendo se limitó a declamar una breve oración antes de dar por concluido el enterramiento.

Tras la bendición, el primero en irse fue un hombrecillo achaparrado, con la cabeza rapada y la pajarita negra tan apretada que parecía estar a punto de estrangularlo.

—Ese es el doctor Brock —me susurró Sherlock al oído.

—¿Quién? —le pregunté.

—Nelson Mordecai Brock, arqueólogo de fama internacional y subdirector del British Museum. Era el colaborador más estrecho de Hawthorne.

Si aquel hombre era su brazo derecho, no parecía muy apenado por la desaparición del profesor. Es más, yo me había fijado en que, durante la ceremonia, había estado apoyándose ora en un pie ora en el otro, como si no viera la hora de irse, y se lo referí a mis amigos.

—Sí. Y no parecía el único en tener prisa —asintió Sherlock.

—¿Y os habéis dado cuenta de otra cosa? Nadie lloraba —añadió Lupin.

Aquella frase me llegó a lo más hondo. Era verdad y causaba un extraño efecto. ¿Cuándo se ha visto un funeral en el que nadie derrame una lágrima?

Capítulo 4

DOS VIEJOS CONOCIDOS

Cruzamos la verja para salir del cementerio de Kensal Green en silencio y abatidos. Sherlock porque no había encontrado pistas o nuevos enigmas con que estimular su mente, incapaz de estar ociosa, y Lupin porque los cementerios quizá fueran el único lugar en que se sentía como un pez fuera del agua. En cuanto a mí, no podía evitar acordarme de Geneviève, de la ceremonia de su adiós y de otra, más callada y difícil, con que mi padre Leopold trataba de recordarla cada día.

Propuse, pues, que fuéramos a la Shackleton Coffee House para tomar un chocolate caliente, pero mi amigo Sherlock negó con la cabeza.

Un destello de sus ojos me dio a entender que algo lo acababa de sacar de su mal humor.

—Creo que es mejor ir a ver a Calígula —afirmó.

—Calígula… ¿el peluquero? —le preguntó Lupin sorprendido—. No me parece que necesites ningún corte.

En la cara afilada de Sherlock se dibujó una leve sonrisa.

—Como bien sabes, Calígula no es un simple peluquero. Tú mismo llevas en la cara una de sus obras maestras.

Instintivamente, Lupin se tocó el bigote postizo sobre el labio superior y también yo volví a sonreír. Todavía me acordaba del anterior bigote postizo de mi amigo y de la expresión escandalizada del peluquero Calígula cuando lo vio entrar en su establecimiento.

Por lo demás, no había en todo Londres nadie que pudiera alardear de tener una colección de barbas, bigotes, patillas y pelucas comparable a la del peluquero italiano.

Tal vez porque deseábamos alejarnos de aquel lugar tétrico, aceptamos la propuesta de Sherlock sin protestar. Así que volvimos a montarnos en un carruaje y nos dirigimos a los muelles del Támesis, no lejos de los cuales se encontraba la peluquería de Calígula.

—De todos modos, yo todavía no lo entiendo —dijo al fin

Arsène, haciendo girar entre los dedos el sombrero de copa como un prestidigitador—. ¿Me quieres explicar para qué vamos a ver a Calígula? ¿Acaso te da envidia mi bigote? —dijo para terminar, y se echó a reír.

—La envidia no tiene nada que ver en esto —le respondió Sherlock—. Pero confieso que he pensado en bigotes falsos, o mejor, ¡en una peluca gris para mí y una buena barba para ti, amigo mío!

Yo me iluminé como una luciérnaga en una noche de verano.

—¡Ahora lo entiendo! ¡Los abogados Lazarus y Phineas! —exclamé, mirando a Sherlock a los ojos.

Él me dirigió una de sus infrecuentes sonrisas, que siempre tenían el poder de hacerme sentir especial.

—Magnífica intuición, señorita Adler. ¡Pensaba justamente en los incomparables Lazarus Ulpin y Phineas Sholme! —confirmó.

Como podía deducirse de aquellos estrafalarios apellidos «retocados», Lazarus y Phineas no eran otros que Lupin y Holmes disfrazados de engreídos abogados londinenses. Mis amigos ya habían recurrido a aquellos disfraces tiempo atrás, durante una de nuestras investigaciones más descabelladas (¡pero también más apasionantes!).

—Pero esta vez yo también quiero ir —dejé claro enseguida con graciosa firmeza—. Ni se os ocurra divertiros haciendo el bufón sin mí.

—Puesto que estoy totalmente seguro de que no aceptarás una respuesta negativa… ¿cómo ves lo de ser una diligente secretaria, la amable señorita Marguerite Alder? —sugirió Lupin.

—Trato hecho. Aparte del nombre… Marguerite es muy soso… —repliqué—. No me contentaré con nada por debajo de… ¡Sophronia!

—¿Sophronia? Dios mío… —dijo Sherlock riéndose.

En todo caso, acababa de nacer una nueva yo: la seria miss Sophronia Alder. Sellamos aquel nacimiento con una gran carcajada y retomamos el hilo de nuestra conversación.

—Bien —se congratuló Lupin—. La idea es excitante, pero… ¿qué vamos a hacer exactamente?

Los ojos de Sherlock chispearon en la penumbra del habitáculo.

—Pensándolo bien, había algo interesante en toda esa frialdad que hemos visto en el funeral de Hawthorne. Una situación

realmente insólita… ¡Algo en lo que meter la nariz inmediatamente!

—¿Y los metomentodos resultan ser Lazarus, Phineas y Sophronia? —pregunté.

—Sí, convendría empezar por el profesor Brock y tendremos que movernos en ambientes en los que nuestros personajes se encontrarán a sus anchas —explicó.

Arsène y yo no tuvimos nada que objetar. Al contrario, la idea de aquella pequeña mascarada acabó con todo rastro de tristeza y nos lanzamos con ganas a prepararla.

En la peluquería de Calígula, Lupin y Sherlock se compraron barbas y pelucas de caballero de mediana edad, mientras que yo me dejé aconsejar en la elección de una peluca de mujer de pelo oscuro con solo algunas canas, peinado en un severo moño en lo alto de la cabeza.

Luego fuimos a la caza de ropa, viejos abrigos para ellos y un vestido de mojigata secretaria para mí, de un color marrón oscuro tan tranquilizador como terrible.

Al final nos procuramos cera moldeable, copos de algodón y un surtido de polvos y maquillajes que habría sido la envidia de cualquier gran dama de la alta sociedad.

Todas aquellas adquisiciones singulares fueron pagadas sin inmutarse por Lupin, que todavía tenía reservada parte del dinero fruto de sus últimas correrías parisinas y que se ofreció a guardar en su casa las bolsas con nuestro botín. La idea de no tener que pasar ante los ojos de la señorita Fowler con una bolsa llena de ropa vieja supuso, lo confieso, cierto alivio.

Terminadas las compras, quedamos para el día siguiente después de la comida en el pequeño apartamento de Lupin en Marshall Street, que estaba cerca de la Shackleton Coffee House.

Después de un día tan movido y lleno de determinaciones (y una velada intentando entablar conversación con mi padre, aunque yo seguía dándole vueltas a la enigmática muerte del profesor Hawthorne), casi no pude pegar ojo y, cuando me dormí, tuve otra vez aquel sueño en que corría y una voz me gritaba que huyera.

Esa vez, sin embargo, no era la voz de Lupin, sino la de Sherlock. No variaron, en cambio, los harapos desgarrados que vestía. Así que volvía a sentirme morir de vergüenza y empezaba a correr en dirección opuesta a él, entre grandes árboles de tronco

grueso que se alzaban hacia el cielo tan derechos como soldados en posición de firmes. Aquellos árboles me ocultaban el camino y todo estaba envuelto en una neblina gris, minúsculas gotas que me recubrían la piel como perlas de sudor.

En el sueño, Sherlock me perseguía con pasos enérgicos y ruidosos, pidiéndome a voces que lo esperara.

Al final me detenía y me volvía hacia él, resignándome al hecho de que estaba a punto de alcanzarme. La vergüenza me hacía bajar la mirada, pero Sherlock sostenía un abrigo en sus brazos y me lo ponía sobre los hombros para taparme.

«Eso es. Es para ti, he pensado que tendrías frío», me decía.

Yo me apretaba contra él impulsivamente, agradecida por aquel gesto tan amable.

El sueño acababa en ese punto y, al despertarme, estaba sudando y agitada, y mucho más confundida que antes.

El día siguiente pasé una aburridísima mañana en compañía de la señora Symonds y los grandilocuentes versos de Alexander Pope, el tema de estudio que tocaba.

Mi padre estaba en su oficina de la City, así que comí deprisa y no tardé en prepararme para ir a casa de la señorita Langtry a tomar mi clase de canto.

Tal era mi ansia por despachar aquel compromiso para correr luego con mis amigos que obligué a Horace a llevarme antes de lo previsto.

El señor Nelson no protestó, ni siquiera cuando le informé de que volvería por mi cuenta después de las cinco.

—Su devoción por la música es admirable, señorita Adler —respondió Horace sarcástico, mientras el carruaje nos llevaba a casa de la señorita Langtry—. Solamente le ruego que… ¡no se ponga a prueba con partituras demasiado arriesgadas!

No se me escaparon los sobreentendidos en las palabras del señor Nelson.

—Tranquilo, Horace, no desentonaré en las notas —le prometí, siguiéndole el juego.

Intercambiamos una mirada de entendimiento y ambos sonreímos. Desde que Sherlock, Lupin y yo habíamos conseguido ayudar a su amigo en dificultades, la confianza y la complicidad de Horace habían aumentado y era algo de lo que yo me enorgullecía.

—¡Hasta luego! —exclamé cuando el carruaje se detuvo. Y, sin esperar ni un segundo, salté al suelo y fui a casa de la señorita Langtry.

Canté bien, como solía sucederme cuando tenía otras cosas en la cabeza y no me preocupaba demasiado de mi voz.

A la hora precisa del final de la clase, me levanté del asiento junto al piano de pared, le di las gracias a la señorita Langtry, me despedí de ella con una inclinación y salí a todo correr.

Otro corto trayecto en coche de caballos por las calles de Londres y llegué por fin al apartamento de Lupin.

Cuando llamé a la puerta, una voz ronca y grave, de anciano, respondió desde dentro. Me llevé luego cierta sorpresa al descubrir que aquella voz pertenecía a mi amigo Arsène.

—Es culpa de Sherlock —me explicó—. Ha vuelto a preparar ese brebaje suyo a base de quién sabe qué, que irrita la garganta. La voz es perfecta, pero la boca me pica tanto que me cuesta hablar.

—¡En vez de quejarte, podrías venir a echar una mano! —gritó Sherlock desde el cuarto de baño, también con voz de empedernido fumador de pipa—. Necesito ayuda con el maquillaje.

Lupin sonrió y me ofreció el brazo, del que me cogí con entusiasmo.

—¡Ven, Irene, vamos a ayudar al pobre señor Phineas!

No teníamos demasiado tiempo y nos dimos prisa para completar nuestros disfraces en media hora. No obstante, cuando nos miramos por turnos en el pequeño espejo de la casa de Lupin no pudimos más que estar satisfechos.

Sherlock era el vivo retrato de un abogado de segunda categoría, con el pelo cano un tanto desgreñado y un par de patillas que le bajaban hasta la barbilla, mientras que Lupin era su socio, un hombre entrado en años con imponente barba castaña.

Yo, por mi parte, me había convertido en una señorita de cuarenta años con unas cuantas arrugas sabiamente dibujadas en torno a los ojos y el aspecto modesto de quien ya no espera mucho de la vida.

—Un disfraz perfecto —comentó Sherlock, que me miraba con sus penetrantes ojos—. Al que todavía le falta un pequeño detalle…

Rebuscó en los bolsillos de su abrigo y, para mi enorme sorpresa, sacó un sencillo anillo dorado, que me entregó de manera

bastante expeditiva.

Yo estaba tan sorprendida que tardé unos segundos en comprender lo que hacía mi amigo: me estaba dando un anillo. Era, además, una alianza de casada.

—Uh, uh, uh… —se burló de nosotros Lupin—. Mejor será que os deje solos… O tal vez queráis que baje a buscar a un cura para la ceremonia.

Bromeaba, era obvio, pero yo me pregunté si en su voz transfigurada por la poción de Holmes no había realmente un deje de fastidio, o puede que de celos. Pero era una pregunta inútil y la borré de mi mente.

Sherlock, por su parte, se apresuró a demostrar que tenía una explicación impecablemente racional para su gesto.

—Nuestra ayudante, la atenta Sophronia Alder, sin duda está casada —aclaró—. Así, la secretaria del profesor Block no encontrará sospechoso que la acompañen dos hombres, aunque sea por trabajo, y como casi seguro que también está casada, será más propensa a hacer confidencias.

Un pequeño concentrado de lógica irrefutable, como era de esperar en Sherlock. Yo, en cambio, pese a sentirme tonta, no pude evitar abochornarme al ponerme el anillo. Lo hice muy deprisa, pues, y esquivando con los ojos a mis amigos. Luego me metí la mano en el bolsillo del abrigo con el gesto furtivo de quien tiene algo que esconder.

En el carruaje, mientras rodábamos hacia la dirección del estudio de Brock, que Sherlock había obtenido gracias a sus amigos periodistas de Fleet Street, pusimos a punto nuestro plan. La idea de Holmes era que nos recibiera el profesor, para lo cual nos inventamos una historia relativa al testamento del desaparecido profesor Hawthorne.

Mientras él y Lupin se reunían con el arqueólogo en su despacho, yo me quedaría fuera para intentar sonsacarle alguna indiscreción a la secretaria de Brock.

—No es que sea eso que los periódicos llamarían «el plan del siglo», ¿verdad? ¡Pero por alguna parte hay que empezar, amigos míos! —concluyó Lupin cuando el coche de caballos llegó a su destino.

Me tranquilizó el constatar que mi amigo ya se había metido

completamente en el papel del pomposo abogado Ulpin.

La secretaria del profesor Brock resultó ser una mujer más o menos de mi edad, es decir, de la edad de la inexistente Sophronia Alder.

Cuando llamamos a la puerta, fue ella quien nos recibió y nos invitó a acomodarnos en una pequeña antecámara, en la que se encontraba también su escritorio.

—¿El testamento de mister Hawthorne? —comentó después de que Sherlock le explicara la razón de la visita—. Voy a ver si el profesor puede recibirlos…

Y torció el gesto, como si encontrara desagradable el asunto.

Mientras esperábamos, aproveché para observar la antecámara. Era bastante oscura, sin ventanas, por lo que en la mesa de la secretaría brillaba una pequeña lámpara de aceite.

En las paredes había colgadas varias estampas y aguafuertes que representaban monumentos egipcios, pirámides y obeliscos, y hombres en excavaciones de países lejanos.

Tras unos minutos de espera, Brock pidió a mis amigos que entraran y yo, como teníamos previsto, me quedé fuera y fingí que me aburría y me impacientaba un poco.

—¿Recién casada? —me preguntó la secretaria a los pocos minutos, con una amplia sonrisa.

Me percaté de que me había ruborizado hasta el punto de que tenía la cara ardiendo.

—¿Por qué…? —murmuré—. ¿Se nota mucho?

—Ah, sí, querida, ciertas cosas saltan a la vista —me contestó la mujer—. Por ejemplo, lo he sabido porque no deja de girar la alianza con el pulgar.

Yo sonreí y me mordí un labio, porque ni siquiera me había dado cuenta de aquel gesto.

La secretaria, por suerte, tomó mi silenciosa sonrisa por una invitación a pegar la hebra. Dijo que se llamaba Mabel y se puso a hablarme de su marido, de su hijo Thomas, y de un montón de detalles cotidianos.

Yo la escuché un rato, tratando de parecer interesada, luego suspiré y dejé escapar una frase pensada para cambiar de tema:

—Espero que los abogados Ulpin y Sholme arreglen con rapidez este trámite. ¡Hoy tengo mucho que hacer!

La secretaria suspiró también, como para expresar que comprendía muy bien las complicaciones de nuestro trabajo de oficinistas.

—Puede apostar, querida, a que tardan unos minutos como máximo. ¡Hawthorne no habrá citado ni remotamente al profesor en su testamento!

—Ah, ¿de veras?

Mabel se inclinó sobre el escritorio y, tras lanzar una mirada furtiva a la puerta del despacho, me susurró:

—Que esto quede entre nosotras, pero esos dos no se llevaban muy bien, y creo que mi jefe no tiene ningún deseo de oír hablar más de Hawthorne. Ahora que se ha ido a un lugar mejor, ¡que descanse en paz!

Agucé el oído, pero procuré disimular mi entusiasmo con un lacónico:

—Así pues, trabajaban juntos pero no eran amigos.

—¡En absoluto! —soltó Mabel—. Es más, si me permite una confidencia, en el museo nadie apreciaba a Hawthorne. Yo solo lo vi un par de veces y tenía unos modales… No debería hablar mal de quien ya no está, pero hacía como si no me conociera, ¡como si ni siquiera existiese! Y el pobre Brock tenía que sufrir todas sus destemplanzas y malicias. Figúrese, una vez Hawthorne incluso le birló un artículo, un artículo en el que el profesor había trabajado durante meses, y lo publicó con su nombre. Obviamente, mi jefe se puso hecho una furia, pero para entonces el artículo ya se había presentado y no había nada que hacer.

Asentí, divirtiéndome con lo poco inclinadas que son a guardar secretos las secretarias, pese a llamárselas así. Tal vez no fuera válido para todas, pero sin duda era el caso de la querida Mabel.

—¡Qué acción tan innoble! —comenté yo para alimentar la conversación.

En cosa de pocos minutos, la diligente secretaria me refirió una infinidad de acciones prepotentes que Hawthorne había perpetrado, según parecía, contra todos los empleados del museo. Parecía imposible que un solo hombre hubiese podido obstaculizar tantas carreras y ponerse a mal con tantas personas.

Yo me sentía bastante aturdida por aquel aluvión de palabras y agotada en mi intento de grabarme en la mente toda aquella

información que luego debía referir a mis amigos.

Por suerte, mi suplicio duró realmente poco, como había previsto Mabel. De pronto, la puerta del despacho de Brock volvió a abrirse y Sherlock y Lupin salieron a buen paso, despidiéndose apresuradamente del profesor, que contestó desde dentro con unas pocas palabras secas y diría incluso que descorteses.

Cuando nos montamos en el coche de caballos, Sherlock me pareció decepcionado por el resultado de la visita.

Lupin, en cambio, se quitó la barba postiza y se rio sarcásticamente.

—Solo hemos descubierto una cosa, pero muy clara: ¡Hawthorne y ese Brock no se podían ni ver! Y tú, Irene, ¿has dado con algo?

—Más o menos —contesté—. Hemos venido aquí porque buscábamos un sospechoso… Bueno, ¡pues ha bastado con escuchar a la señora Mabel unos minutos para que tengamos demasiados!

Capítulo 5

ALGO ASÍ COMO UN RETO

Por mucho que deseara independencia y libertad y sintiera la necesidad de tomar decisiones en mi vida y de poder elegir, había límites que reconocía y respetaba. Eran los límites del cariño por mi padre, del respeto por Horace Nelson y también del recuerdo de Geneviève, la mujer que había sido una madre para mí más que mi verdadera madre y que había dado su vida para proteger la mía.

Al día siguiente me desperté temprano y me obligué a hacer la montaña de deberes y lecturas que me había mandado la severa señora Symonds. Y aunque mi mente y mi imaginación tendían a alzar el vuelo como las gaviotas desde los muelles del puerto y vagar entre el parloteo de la señora Mabel y fantasiosas hipótesis sobre la muerte del profesor Hawthorne, hice de resistir delante de los libros hasta la hora de la comida una cuestión de honor.

La Navidad se acercaba y, como el año anterior, me había comprometido con la obra benéfica de la señora Glover a coser unas muñecas de trapo para dárselas a las niñas más desfavorecidas de Londres. El año anterior lo había hecho en compañía de mi madre Geneviève, una de las pocas actividades con ella que recordaba con nostalgia, así que no tuve valor para negarme a contribuir de nuevo. Trabajé de firme con aguja e hilo hasta las cuatro de la tarde y solo entonces, aprovechando la ausencia de mi padre, aún en su oficina, pensé que me había merecido un breve paseo y una taza de cacao caliente.

Disfruté, pues, de la atmósfera chispeante de la Navidad en las calles de la ciudad, caminando con paso decidido, y no tardé ni un cuarto de hora en llegar a la Shackleton Coffee House.

Cuando entré en el café, en la mesa de siempre estaba Sherlock, que no tomaba su habitual chocolate caliente.

—¿Qué estás bebiendo? —le pregunté sin perder tiempo en saludos, demostrándole así a mi amigo que había aprendido su pequeña lección de malos modales.

—Té negro —me contestó—. Sin azúcar.

—¡Inaudito! —me burlé de él—. Una bebida de huraño aristócrata rural. ¿A qué viene ese repentino cambio de gusto? Pensaba que adorabas el chocolate.

Sherlock alzó los ojos del librito que leía (mi mente registró involuntariamente que se trataba de un libro sobre excavaciones arqueológicas en Egipto) y me explicó:

—Últimamente están usando una mezcla de cacao más dulce que de costumbre. Y puesto que en esta época del año todo es tan horrendamente edulcorado, necesitaba algo amargo. Razones de equilibrio.

En boca de otra persona, un comentario así me habría hecho sonreír por lo absurdo. Pero, dicho por Holmes, sonaba totalmente sensato.

—¿Y dónde está Arsène? —pregunté a continuación, más que nada para cambiar de tema.

—Ah, está haciendo la maleta. Se marcha mañana por la mañana.

Fue una respuesta tan inesperada que por poco no resbalé y caí sobre la butaca contigua a la de Holmes.

—¡¿Que se marcha?! —repetí, levantando la voz.

Sherlock se encogió de hombros y volvió a la lectura de su libro sobre Egipto.

—Eh, señor Holmes, que estoy hablando con usted. ¿Qué es eso de que Arsène se marcha?

—Es un asunto de una simplicidad aplastante, Irene. Esta tarde, Arsène ha venido a mi casa y me ha dicho que tiene asuntos urgentes que resolver y que se marcha mañana por la mañana a las ocho.

—¿Qué clase de asuntos urgentes?

—De la clase que no le he pedido que me revele —comentó Sherlock con una sonrisita mordaz.

—¿Y adónde va? —le pregunté con el corazón en un puño—. ¿Vuelve a Francia con su padre?

Me sentía más nerviosa de lo que hubiera debido. Mi amigo Lupin siempre había sido imprevisible, acostumbrado a partidas imprevistas y a regresos más imprevistos aún. Y, sin embargo, me hería que pudiera desaparecer así, sin advertirme siquiera, sin decirme adiós.

¿Es que para él contaba tan poco que se dignaba avisar a Sherlock y no se le ocurría ni dejarme una nota?

—No deberías preocuparte tanto, Irene. Arsène es así. Además, ha dicho que estará de vuelta dentro de pocos días.

No soportaba el calmado desapego de Sherlock, como si no le importara saber adónde iba nuestro mejor amigo, y precisamente cuando acabábamos de zambullirnos de cabeza en una de nuestras investigaciones… El hallazgo del profesor Hawthorne en un antiguo sarcófago egipcio, por macabro que fuera, despertaba indudablemente mi gusto por los misterios. Pero la suerte de mi amigo Lupin me parecía muchísimo más importante y lo cierto era que, poco tiempo antes, en París, Lupin había frecuentado círculos poco recomendables y había acabado teniendo problemas con la policía. ¿El viaje tendría algo que ver con aquellos hechos? ¿O acaso había por medio algún otro lío no del todo legal? Lo que me parecía claro es que Arsène tenía un gran talento para meterse en problemas. Y que quizá necesitara ayuda.

—¿Sabes al menos en qué dirección va? —intenté informarme, plantándome delante de Sherlock con los brazos en jarras, en una pose que esperaba pareciera bastante amenazadora.

Sherlock me miró y parpadeó como si le costara trabajo salir de las ruinas egipcias de su libro, que en aquel momento parecían para él la única realidad digna de atención.

—No tengo ni la menor idea —confesó—. Me ha dicho que saldrá de la estación de Waterloo y que debía estar en ella a las ocho como muy tarde. Teniendo en cuenta la costumbre de Arsène de coger los trenes en el último segundo, creo que solo hay que mirar las salidas inmediatamente siguientes a esa hora. Y eso nos da el expreso a Weston-super-Mare de las 8.02 y el tren a Plymouth de las 8.04 —dijo para concluir, arqueando las cejas. Luego levantó el libro para que yo leyera el título: *Nuevos estudios sobre la civilización del antiguo Egipto*, del profesor Gideon Hawthorne—. El director del British Museum era uno de los máximos expertos europeos en egiptología y he pensado que era oportuno documentarme un poco. ¿Sabías que, cuando momificaban un cuerpo, los sacerdotes egipcios extraían el cerebro por la nariz? Utilizaban unos instrumentos de hierro que…

Asqueada, le impedí que terminara la frase:

—Sherlock Holmes, hay veces en que deberías dejar de comportarte como… como… ¡Sherlock Holmes! —lo ataqué con la cara encarnada.

—¿Qué quieres decir?

—¡Quiero decir que eres insoportable, que nuestro mejor amigo probablemente se ha metido en algún lío y que eso es mucho más importante que tus estúpidos sacerdotes egipcios!

Sherlock abrió mucho los ojos e intentó replicar. Tanto su cara como su silencio me hicieron comprender que mi dardo había dado en el blanco.

Pero era lo que yo quería en aquel momento. Estaba enfadada. Di media vuelta de sopetón, salí del café cerrándome bien el abrigo y caminé sin parar hasta llegar a casa.

Aquel segundo paseo a ritmo endiablado me produjo una gran ampolla y lancé un mudo reproche a los elegantes botines de señorita que estaba obligada a calzar, tan estrechos e incómodos en comparación con los zapatos de hombre.

Después de que la señorita Fowler me aplicara en la ampolla un ungüento hecho por un primo suyo de Surrey, milagroso según decía, me fui a mi cuarto. En mi ánimo ya había formulado la intención de hacer algo con respecto a aquel improvisado y sospechoso viaje de Lupin.

Sí, pero ¿qué exactamente? Me tiré sobre la cama y me puse a pensar. Ni hablar de ir a casa de Lupin; si había decidido ignorarme y ocultarme sus citas y asuntos secretos, no le daría la satisfacción de llamar a su puerta.

Resoplé. ¿Quería ayudar a mi amigo o vengarme por haberme dejado fuera de sus vicisitudes? Aparté de mí aquella duda molesta y pensé de nuevo. Estaba el hecho de que Lupin pudiera necesitar ayuda y, de todas formas, sentía dentro de mí la creciente curiosidad de descubrir su destino. Sherlock había mencionado dos trenes, ninguno de los cuales iba a Dover, la pequeña ciudad de la que zarpaban los transbordadores para Francia. Así pues, el razonamiento de Holmes era correcto, Arsène no regresaba a casa; además, había prometido que regresaría unos días después. Entonces, ¿adónde se dirigía? No tenía ni idea, pero estaba decidida a averiguarlo. Era verdad que procuraba respetar ciertos límites, pero igual de verdad era que siempre latía en mí, y muy fuerte, el

impulso de saltarme otros. Y como se me había metido en la cabeza seguirle la pista a Arsène, me dispuse, con la mayor resolución, a despejar el camino de todas las dificultades con que pudiera toparse mi plan.

Por la noche avisé a mi padre de que el día siguiente me ausentaría. Le mencioné la asociación benéfica y mi trabajo con las muñecas de trapo, expliqué que allí necesitaban ayuda todo el día y que tal vez hasta me quedara a dormir en casa de lady Hewitt, otra de las benefactoras, que tenía una hija de mi edad. Leopold aprobaba siempre con convicción todo lo que, a sus ojos, contribuía a mi «vida social» y no tuvo nada que objetar. Obtuve, pues, su permiso y le di un gran beso en la mejilla. Para mí fue una manera de pedir perdón por aquella pequeña mentira. Al señor Nelson le dio instrucciones para que me acompañara a casa de lady Hewitt y se ocupara de mi vuelta a casa a su debido tiempo. Era normal. Para salirme con la mía en mi improvisado seguimiento de Lupin debería vérmelas también con él. Pero ya pensaría en ello al día siguiente.

Antes de acostarme, cogí de debajo de la cama mi maleta más pequeña y metí dentro ropa para cambiarme, luego rebusqué en un cajón y junté un poco de dinero, que necesitaría para el billete de tren y, a lo mejor, para alojarme en un hotel por la noche en caso de que aquel alocado de Arsène se dirigiera a alguna ciudad demasiado lejana para regresar a Londres en el mismo día.

¿Era una locura? Casi seguro que sí. Pero ya había tomado la decisión. La sola idea de lo que me esperaba hacía que me estremeciera de impaciencia, y el corazón me latía tan fuerte que me costaba respirar. Espiaría a mi amigo Arsène, subiría a un tren con destino a quién sabía dónde y, sobre todo, demostraría que no era un adorno que se puede ignorar tranquilamente. La verdad es que no veía la hora de que llegara el día siguiente.

No pude pegar ojo hasta muy entrada la noche, pensando una y otra vez en lo que estaba a punto de hacer, y la consecuencia fue que, cuando me desperté, era más tarde de lo previsto.

No podía creer que mi plan, cuidadosamente ingeniado, se fuera a arruinar por una razón tan banal, pero lo cierto es que tenía que darme prisa o no tendría ninguna posibilidad de encontrar a Arsène y seguirlo a escondidas.

Decidí saltarme el desayuno y me vestí deprisa, garabateé una

nota de despedida para mi padre y salí corriendo a la calle con la maleta golpeándome los faldones del abrigo.

Delante de casa, el señor Nelson había parado ya un carruaje y me esperaba para acompañarme, con una expresión indescifrable en su rostro. Respiré hondo y lo miré a los ojos. Había llegado el momento de vérmelas con él…

—¡A la estación de Waterloo! —le dije al cochero, sin dudarlo más.

Horace me miró y fingió sorpresa.

—Estación de Waterloo… ¡qué lugar más raro para un grupo de damas que se reúnen para coser muñecas destinadas a las niñas pobres de la ciudad!

—De acuerdo, Horace. Supongo que ha llegado el momento de decir la verdad… —empecé a contar tras coger aire otra vez—. Nada de muñecas de trapo, se trata de mi amigo Arsène, al que quiero tener vigilado, porque temo que va a meterse en apuros. ¿Contento?

—«Contento» no es la palabra apropiada, señorita Adler, pero entiendo las razones de la amistad —me respondió con seriedad el mayordomo.

—Lo sé bien, Horace… ¿Puedo confiar, por tanto, en que dirá una pequeña mentira para tapar mi viaje en tren? —le pregunté.

—¡Ah! ¡Eso ni pensarlo, señorita Irene! De todos modos, me agradará mucho acompañarla en su «excursión», como la llama usted —rebatió secamente el señor Nelson.

Abrí y cerré la boca, muda. No sabía si alegrarme ante la idea de tener a mi lado a nuestro fiel mayordomo o si, por el contrario, debía sentirme decepcionada porque todos mis sueños de escapada aventurera y solitaria se hubieran ido al traste antes incluso de partir. Creo que sentía ambas cosas un poco, pero al final prevaleció el alivio de poder contar con una ayuda tan preciosa como la de Horace.

En todo caso, el coche se detuvo entonces y puso fin a nuestra conversación. El mayordomo le pagó la carrera al cochero, cogió mi maleta y me ayudó a bajar del carruaje.

Tras subir un tramo de escalera, nos encontramos inmersos en el confuso, inmenso trajín de la estación de Waterloo.

Según Sherlock, los trenes en que había que fijarse eran el de

Weston-super-Mare de las 8.02 y el que partía para Plymouth a las 8.04. Tuvimos suerte, los dos trenes partían, respectivamente, de los andenes número 10 y 12 y eso significaba que podía vigilarse el acceso a los dos escondidos en un mismo sitio.

Fue exactamente lo que hicimos. El señor Nelson, una figura que, desde luego, no pasaba inadvertida, se escondió junto a un quiosco de prensa, mientras que yo, con un sombrero calado hasta los ojos y el rostro tapado con un *foulard*, me aposté a la entrada del andén número 11.

Más que la suerte, nos ayudó una de las excéntricas prendas de vestir de mi amigo Arsène, un vistoso y largo abrigo color tórtola que no hizo muy difícil el divisarlo.

Mientras el gran reloj del vestíbulo de la estación marcaba las 7.59, Lupin se dirigió con paso decidido al andén 12.

Plymouth, por tanto.

Yo le hice una seña a Horace y, manteniéndonos cautamente a distancia, seguimos a mi amigo.

A Lupin le bastaron unos instantes para entablar conversación con una señora y una chiquilla de la buena sociedad que, sin ninguna duda, debían de ser una madre y una hija a punto de partir en el mismo tren.

Ya había tenido varias ocasiones de presenciar la increíble fascinación que ejercía Lupin en las madres, incluso mi seria Geneviève había quedado encantada una vez por su innato y elegante descaro. Pese a ello, verle hacer el tonto con aquellas dos me provocó un repentino ataque de rabia.

Yo había montado aquella media locura y no había dormido en toda una noche… ¡y él se pavoneaba con dos desconocidas!

El jefe de estación, por suerte, se llevó el silbato a la boca y la locomotora a su espalda expulsó pequeñas nubes de vapor que borraron aquellos pensamientos. Horace y yo esperamos a que Arsène se subiera al tren y luego fuimos a acomodarnos en un compartimento no lejos del suyo.

El tren partió enseguida y yo me quedé mirando Londres, que desfilaba por la ventanilla y pronto fue reemplazada por los árboles y los prados de la campiña inglesa.

Después de un par de horas de viaje con constantes salidas al pasillo para vigilar a Arsène, el tren llegó al mar, que en aquel día

de invierno era gris e imponente como un bloque de mármol, y siguió rodando por la línea costera. Nos dirigíamos a Plymouth, pero no tuvimos que llegar tan lejos. A la hora de comer, el tren se detuvo en Southampton, luego se puso en marcha de nuevo y volvió a parar poco más tarde, en Bournemouth, en la comarca de Dorset.

Se trataba de una pequeña ciudad ceñida a la costa y de la que, para ser sincera, nunca había oído hablar. Por eso, me asombró mucho cuando me asomé a la ventanilla y vi que Lupin había bajado del tren y se alejaba a buen paso hacia la salida de la estación.

—¡Rápido, Horace, vamos! —exclamé.

Saltamos del tren justo a tiempo y seguimos a mi amigo por las calles de la ciudad.

Bournemouth daba la impresión de ser un tranquilo lugar marítimo en el que las caras pálidas y delgadas de los veraneantes londinenses en busca de aire sano se mezclaban con las rugosas y curtidas de los pescadores y marineros.

Siempre a distancia para que no me descubriera, vi que Lupin se paraba varias veces para hablar con los viandantes. Debía de pedirles información, porque los otros braceaban y le señalaban una calle, y Arsène les daba entonces las gracias y continuaba.

De ese modo llegamos al puerto. Una hilera de viejos edificios atacados por la sal daba a una larga serie de muelles a los que estaban amarrados tanto elegantes balandros deportivos como embarcaciones de mayor tamaño que transportaban hasta Inglaterra mercancías provenientes del continente europeo.

Me quedé observando por un instante aquellas velas hinchadas por el viento y los pendones de proa, que parecían hablar de aventuras en tierras lejanas. Horace me tocó educadamente el hombro y dijo:

—Señorita, me temo que su amigo ha desaparecido.

—¿Cómo que desaparecido? —exclamé yo, volviéndome de improviso.

Sin embargo, Horace tenía razón; Lupin iba por delante de nosotros hasta un instante antes y ahora ya no estaba allí, se había desvanecido como los cúmulos de espuma en los arrecifes.

Eché a correr hacia los depósitos alineados al otro lado del puerto mientras el señor Nelson jadeaba detrás de mí. ¡Arsène tenía

que estar allí, eso seguro, no podía haberse esfumado!

Había numerosos estibadores que transportaban sacos y cajas de madera entre los muelles y los depósitos, pero ninguno tenía la figura esbelta de mi amigo.

—¿Y qué hacemos ahora? —le pregunté a Horace, con las manos apoyadas en las rodillas para recobrar el aliento.

—Si no encuentras lo que buscas en tierra —dijo la voz de alguien que se estaba divirtiendo—, ¡deberías mirar al cielo!

Aquel bribón diplomado de Lupin había trepado al tejado de uno de los depósitos y ahora me miraba desde la cornisa con una ancha sonrisa propia del gato de Cheshire.

Me hizo un gesto de saludo con la mano y luego se colgó del canalón, balanceó las piernas, se dejó caer sobre un montón de cajas apiladas, dio una voltereta y aterrizó justo delante de mí; remató su acrobacia con una pequeña reverencia.

—¿Y bien? —dijo Arsène, mirándome derecho a los ojos—. ¿Se puede saber qué haces aquí? Si no supiera que Horace y tú sois amigos míos, casi diría que me estabais siguiendo como se hace con los malhechores…

Aquella observación hiriente dio en el clavo. Me ruboricé y bajé los ojos. Luego respiré a pleno pulmón el aire salobre y decidí contarle la verdad.

—La culpa es tuya, Arsène. ¡Con esta marcha improvisada, casi a escondidas, has hecho que tuviera extraños pensamientos!

—Ah, ¿y qué pensamientos son esos, si eres tan amable?

—Por ejemplo, que tus viejos problemas parisinos te persigan, o bien que vayas a meterte en nuevos problemas y…

Mi nerviosa explicación fue interrumpida por una andanada de silbidos agudísimos que me laceraron los oídos. Al cabo de un instante me di cuenta de que se trataba de silbatos, silbatos tocados con todo el aire de los pulmones. Y se estaban acercando. ¡Los problemas!

Los estibadores del puerto eran hombres de abrigos oscuros, rostros atravesados por cicatrices y gorras bien caladas en la frente. En cuanto oyeron el sonido de los silbatos, dejaron caer al suelo lo que transportaban y empezaron a correr en todas direcciones mientras gritaban:

—¡Vámonos! ¡Vámonos!

Lupin miró a su alrededor y luego me cogió de la mano.

—¡Venid, lo mejor es escurrir el bulto! —exclamó—. Creo que la policía está haciendo una redada.

—¿Una redada? —farfullé—. ¿Para qué?

—Supongo que los señores que huyen son contrabandistas —comentó—. O algo por el estilo. Y si no nos largamos, nos arriesgamos a terminar involucrados —terminó de decir Arsène, más divertido que alarmado por la situación.

Los silbatos, entretanto, se oían cada vez más cerca.

Echamos a correr.

Capítulo 6

EL LOCUAZ SEÑOR CAVENDISH

Lo que hasta un momento antes me había parecido un puerto turístico de aspecto adormilado se transformó enseguida en un pandemónium.

Una carreta cargada de toneles estuvo a punto de arrollarnos mientras su dueño huía a toda velocidad hacia el centro de la ciudad y solo gracias a la pronta reacción de Horace, que me agarró por la cintura y tiró de mí hacia atrás en el último instante, no fui arrojada al adoquinado.

Todos gritaban, corrían, se empujaban. Yo agarraba de la mano a Arsène y seguía a Horace, que se abría camino entre la multitud como la proa de un navío de guerra y nos guiaba fuera del jaleo.

Acabamos en una callejuela desierta apretada entre dos hileras de casuchas maltrechas. El señor Nelson se encaminó con paso seguro hacia el cartel ondulante de una taberna y nos empujó adentro.

El ruido de los silbatos cesó de golpe, como si la puerta inestable del local le hubiera prohibido el paso, y por fin pudimos tomar aire.

Nos habíamos metido en una tasca que apestaba a humo y a tripas de pescado. El suelo, de tierra apisonada, estaba cuatro o cinco escalones por debajo de la calle y a las mesas se sentaban algunos marineros con las solapas del abrigo alzadas hasta las orejas.

A nuestra entrada nos dirigieron una mirada de refilón y luego volvieron a chupar sus pipas y a pensar en sus cosas.

Horace nos empujó a una mesa situada en un rincón, donde podríamos hablar sin que nos molestaran y, sobre todo, sin que fuéramos demasiado visibles desde la entrada en caso de que la policía pasara por allí. No habíamos hecho nada malo, pero era mejor ser prudente.

—Voy al mostrador a pedir algo, siempre que sea posible hacerlo en esta ratonera —masculló Horace. Luego dejó en el suelo mi maleta, que en aquella taberna de lobos de mar parecía un

juguete que hubiera terminado allí por equivocación.

En cuanto el mayordomo se alejó, yo me incliné hacia delante y agarré a Arsène por la muñeca.

—Veamos —dije, y la voz que me salió de la boca fue una especie de susurro ahogado—. ¿Se puede saber qué has venido a hacer aquí tú solo? Apuesto a que es algo que tiene que ver con la redada de la policía… ¿Es así?

Arsène me sonrió insolentemente, me miró a los ojos, comprendió que en aquel momento no aguantaría una de sus bufonerías y se puso serio en el acto.

—Bueno… —murmuró—, en fin, tú vives con tu padre, en una bonita casa y todo lo demás, y también Sherlock tiene una familia. Monsieur Papon, en cambio, debe buscarse la vida un poco, su cuchitril en Marshall Street cuesta dinero y luego está la comida, los gastos imprevistos…

Miré a mi amigo con el ceño fruncido.

—Así pues, ¿has venido en busca de dinero? Pero ¿no tenías reservado un capitalito?

—Dices bien, amiga mía, tenía. Ya se ha ido, terminado… ¡Pluf! —respondió Lupin, con un gesto de prestidigitador que acabara de hacer desaparecer algo.

—Conque es eso… —dije yo—. Perdona que te lo diga, Arsène, pero jamás había visto a nadie gastar con la rapidez con que lo haces tú.

Él asintió con una sonrisa y encogiéndose de hombros, como diciendo: «Qué quieres que le haga, es como me gusta vivir».

Ahora me sentía más calmada. Los silbatos de la policía habían enmudecido y en el fondo lo único que hacía era charlar con mi amigo Arsène sentada a la mesa de una taberna de pescadores.

—Está bien —dije—. Dinero. ¿Y qué sucede aquí, en Bournemouth? ¿Crece en los arrecifes, como las ostras?

—¡Ojalá! En realidad, estoy aquí por… un trabajo —farfulló Lupin.

Con una mirada le pedí que me diera más detalles.

—En Londres conocí a ciertos tipos, marchantes de arte, que se dedican a las… importaciones. Compran las obras en el extranjero y luego las revenden en Inglaterra. Hoy tenía que llegar un cargamento importante de la India y necesitaban a alguien que se

hiciera cargo de las cajas y las llevara a Londres…

Suspiré. No me resultaba difícil imaginar cómo eran los «conocidos» de mi amigo Arsène. Aquellos «marchantes de arte» eran sin duda peristas y el cargamento que arribaba a Bournemouth era seguramente mercancía de contrabando.

Cogí aire y me disponía a confirmar mis sospechas cuando me frenó un marinero que estaba sentado a una mesa vecina y que dijo en voz alta:

—Si tuviera una amiga tan linda como esta señorita, la llevaría a dar un paseo por los jardines del paseo marítimo, ¡desde luego no a los depósitos del puerto durante una redada policial!

El hombre llevaba un gorro de lana azul encajado hasta más abajo de las orejas y de él asomaba un mechón de pelo rubio. La suya era la cara congestionada del bebedor empedernido y apretaba entre los dientes una pipa de espuma.

Había hablado con un acento extraño, del norte de Europa. Quizá fuera holandés o danés y lamenté que mi amigo Sherlock no estuviese allí con nosotros, porque seguro que habría reconocido su procedencia al instante.

—¿Puedo preguntarle cómo se llama, señor? —le preguntó Horace, que apareció en aquel momento con una bandeja y tres tazas de té.

—¡Cavendish! —contestó el marinero con una risa maliciosa—. Llámenme señor Cavendish.

Arsène se rio con socarronería.

—Si no me equivoco, ese nombre, más que suyo, es el de su tabaco de pipa…

Cavendish le guiñó un ojo y, mientras Horace nos servía el té con los movimientos precisos del perfecto mayordomo que era, el marinero cogió su jarra medio vacía y pasó a nuestra mesa. Luego le habló a Lupin con la misma sonrisa maliciosa de antes:

—Me pareces un muchacho capacitado, chaval, pero tienes que aprender a ser prudente. Y hoy las personas prudentes se habrían quedado en casa.

Sonaba como una advertencia.

—¿De veras? —le pregunté sin pensar—. ¿Y por qué?

—Debido a lo que sucedió ayer en Ámsterdam —explicó Cavendish—. Lo sé bien porque ayer me encontraba yo allí

precisamente y conseguí zarpar por los pelos. Mientras navegaba hasta aquí, la policía holandesa debe de haber avisado a la inglesa con ese invento infernal del telégrafo que emplean ahora, de ahí la redada de la que habéis escapado por muy poco. Pero yo esta vez no he caído: nada más arribar, he descargado la mercancía deprisa, a personas de confianza, y he venido aquí a beber…

Y completó la frase con una gran carcajada.

—Todo eso es muy interesante, señor Cavendish —dije yo—, pero ¿qué sucedió en Ámsterdam? ¿Por qué ese acoso de la policía a los… marchantes de arte?

El hombre me miró, sopesándome para decidir si yo merecía o no sus confidencias.

Pero, en el curso de las aventuras vividas con mis amigos en aquellos últimos meses, había aprendido algo: el talento de Sherlock radicaba en la observación y la capacidad de raciocinio, el de Lupin en la agilidad y la destreza… y el mío era de una clase más sutil, consistía en saberme ganar la confianza de las personas.

En efecto, Cavendish, tras unos instantes, decidió seguir hablando. Se encorvó sobre la mesa y nos miró como si fuera a revelar secretos de valor incalculable.

—¿El nombre de cierta Liselore Ottemans les dice algo? —graznó.

Horace, Arsène y yo intercambiamos tales miradas que bastaron para que el señor Cavendish comprendiera que no lo habíamos oído antes.

El marinero se rio con ganas y vació su jarra.

—¡Ah, menos mal! Estoy en buena compañía entonces… —prosiguió—. Porque, ¿saben?, ni siquiera yo sé quién era la pobre mujer. Pero, por lo que decía el segundo de a bordo de mi barco, era una mujer importante… Una que sabía de lo suyo, en resumen. Enseñaba en la Universidad de Ámsterdam y era una gran estudiosa del antiguo Egipto… ¡o de alguna rareza así! El hecho es que la han matado, pobrecilla.

De pronto me sentí sumergida en la atmósfera rara de un sueño. ¿Realmente había oído salir de la boca de aquel marinero las palabras «antiguo Egipto»?

Inmediatamente me vino a la cabeza la imagen de Sherlock en la Shackleton Coffee House con un libro sobre el antiguo Egipto en las

manos. En aquel momento, preocupada por Lupin como estaba, no le había prestado demasiada atención… Pero, si la memoria no me fallaba, ¿acaso no había dicho Sherlock que el profesor Hawthorne era un gran egiptólogo? Aquello me pareció extraño, singular, igual que los detalles de ciertos sueños.

Por supuesto, en aquellos años casi todas las semanas los periódicos daban noticias sobre las excavaciones más recientes y las piezas que desde Egipto eran entregadas a los museos europeos, y la sección egipcia del British Museum era la más visitada de la institución.

Pero que dos profesores de fama internacional fueran encontrados muertos con solo unos días de diferencia era a todas luces demasiado para que se pudiera creer en una coincidencia.

También Arsène y Horace debían de haber pensado más o menos lo mismo, porque vi que se ponían rígidos en sus sillas y entornaban los ojos como hacen las personas al reflexionar intensamente.

—¿Y cómo ha muerto la tal Ottemans? —preguntó entonces mi amigo Lupin.

—Oh, eso no me lo dijo con precisión el segundo de a bordo —respondió Cavendish tranquilo—. Pero sé por qué tiene que ver con todo este alboroto en el puerto…

Casi como un primer actor que intentara mantener interesados a los espectadores, el señor Cavendish se calló y fue al mostrador a que le sirvieran otra cerveza. Cuando se hubo refrescado bien la garganta, siguió con su monólogo.

—A la tal Ottemans, por lo que parece, la mataron en su despacho y el asesino sustrajo objetos que ella había hallado allí, en Egipto, ¡y que valen un ojo de la cara! Es por eso por lo que la policía vuelve del revés como si fueran calcetines todos los puertos en los que saben que se hacen ciertos «comercios» con Ámsterdam. ¡Y hasta un honrado comerciante como un servidor corre el riesgo de pasar un mal rato!

Cavendish pronunció aquella última frase con una voz que temblaba de fingida indignación y a continuación se echó a reír. Lo hizo con tantas ganas que fue imposible no unirse a sus carcajadas.

Yo también me reí, aunque las extrañas coincidencias de aquel día en que todo parecía reconducir al antiguo Egipto me habían producido cierta inquietud. Todavía no sabía que las sombras de

aquella misma inquietud estaban destinadas a alargarse siniestramente en los días sucesivos.

Capítulo 7

UN SUPLICIO Y UN MISTERIO

Horace y yo regresamos a Londres justo a tiempo para la cena. Arsène no vino con nosotros, sino que prefirió quedarse en Bournemouth para llevar a término sus poco precisos negocios.

No hace falta decir que aquello me irritó; bastaba con echar una ojeada a las calles desiertas de la ciudad o curiosear por los muelles del puerto tomados por la policía para darse cuenta de que cualquier «negocio» en marcha se habría anulado o, como poco, aplazado a un futuro impredecible. Había tratado de todas las maneras posibles de convencer a mi amigo de que lo olvidara y regresara con nosotros…

—Lo siento, Irene —me había dicho él con la expresión de un aventurero recién salido de las páginas de un folletín—, pero le he dado mi palabra a alguien y tengo intención de cumplirla.

—¿Y no crees que ese alguien habrá huido de la policía a todo correr en vista del carácter de su… tráfico? —había replicado yo.

—Puede ser —había observado Lupin—. O puede ser que esté en cualquier pensioncita esperando a que pase la tormenta. Que es lo que voy a hacer yo.

Así que, pese a mi insistencia, no hubo nada que hacer. En el viaje en tren de vuelta a casa no dejé de rumiar sobre el comportamiento de mis dos amigos. ¿Acaso no era cierto que, de manera distinta (e incluso opuesta), ambos tenían el don de sacarme de quicio? Aquel pensamiento fue mitigado enseguida por otro: si Arsène y Sherlock conseguían tener aquel efecto sobre mí, ¿no era porque los consideraba a ambos increíblemente importantes para mí? Eso era lo que sucedía y me dije que era normal; ¡tener amigos extraordinarios significa también hacer esfuerzos extraordinarios!

En todo caso, mientras pensaba y repensaba en Arsène se me ocurrió una idea que quizá pudiera funcionar, así que durante la cena levanté la cabeza del plato de repente y le pregunté a mi padre:

—Papá, ¿crees… que podrías encontrarle trabajo a un amigo mío?

Una de las cosas que apreciaba en Leopold era que nunca se reía de mis peticiones, ni siquiera de las más inauditas. Por el contrario, me clavaba aquella mirada suya tan seria y mesurada, reflexionaba y luego me daba la respuesta. Que en este caso fue:

—Depende.

—Ah, ¿y de qué?

—Bueno, de quién sea tu amigo —me explicó mi padre—. De cuántos años tenga, de su formación, de sus aptitudes…

«¡Oh, cielos!», pensé. ¿Qué «aptitudes» podía mencionar en Lupin? ¿Acrobacias circenses y robo con fractura?

Mi padre esbozó una leve sonrisa y me guiñó un ojo.

—Pero si, como creo, tu amigo en busca de trabajo es cierto Sherlock… o cierto Arsène, te prometo que haré lo posible por echarle una mano.

Al oír aquellas palabras, me levanté de mi silla, corrí hasta mi padre y le di un gran beso en la mejilla.

El señor Nelson y yo habíamos hecho un trato: él no le hablaría a nadie de nuestro viaje a Bournemouth ni de las discutibles peripecias de mi amigo Arsène, que temía no serían apreciadas por un futuro jefe, y a cambio yo dejaría durante un tiempo de decir mentiras y de aventurarme en pequeñas «excursiones» secretas.

—Ya no es ninguna niña, señorita Irene —me reprendió Horace, que en el fondo aún tenía la esperanza de que un día me convirtiera en una mujercita juiciosa—. Está casi en edad de casarse y es hora de que se comporte como una joven dama. Lo cual significa también aceptar deberes y responsabilidades.

¡Yo, en edad de casarme! Si Horace no hubiera estado tan serio, probablemente me habría echado a reír… Cuando Geneviève vivía aún, había luchado mucho por hacerme aprender las cosas que convienen a las señoritas respetables y a menudo me había hablado de lo importante que era encontrar un buen partido.

Pero ahora, a mis ojos, la idea de casarme parecía tan absurda como la de unirme a una chusma de piratas en la lejana Sumatra. Y además… ¿con quién habría podido casarme, en vista de que los únicos chicos que conocía se llamaban Sherlock Holmes y Arsène Lupin, dos sujetos tan lejanos de cualquier cosa parecida a un «buen

partido»?

De todos modos, un trato es un trato, así que al día siguiente olvidé todo propósito aventurero, me encerré en mi cuarto y saqué del escritorio los deberes de historia y de literatura inglesa. Tenía la impresión de que habían pasado siglos desde la última vez que había estudiado con verdadera aplicación, y tratar de mantener la concentración fue como un pequeño suplicio.

Conseguí, no obstante, hacer todo lo que la señora Symonds me había mandado y por la tarde tuve la suficiente fuerza de voluntad para resistir la tentación de hacer una visita rápida a la Shackleton Coffee House. «¡Si esos dos tontos quieren verte, que se tomen ellos las molestias!», me había dicho a mí misma para reforzar mi decisión.

También decidí, en todo caso, dedicarme a una actividad más agradable y me sumergí en la lectura de *Los miserables*, del gran Victor Hugo. El libro cuenta una historia complicadísima y llena de aventuras, con presos que se evaden, posaderos crueles y chiquillos huérfanos que viven en una estatua con forma de elefante en la plaza de la Bastilla, en París.

En solo un instante, las páginas me transportaron de nuevo a mi amada Francia y fue como si viera con mis propios ojos el puente de Austerlitz bajo el cual Arsène y yo habíamos estado una vez admirando la estatua de san Cristóbal, o el patio entre rue Barbette y rue du Temple en el cual Sherlock había peleado por mí en un combate de boxeo con un hombre el doble de alto que él.

De repente, cuando ya había oscurecido, me sacó de mis fantasías un ruido en la ventana. Momentos después vi las caras de Arsène y Sherlock, rojas por el frío, que se aplastaban contra el cristal.

Me entraron ganas de reír. ¡Evidentemente, aquellos dos querían verme y no eran pocas las molestias que se habían tomado para hacerlo!

Me levanté de sopetón, fui a abrir y mis amigos entraron con precipitación en la habitación arrebujados en sus abrigos.

—¿Qué es de ti, Irene? —dijo Arsène, como si nuestro encuentro en Bournemouth nunca hubiera ocurrido—. Como no te hemos visto en el café, hemos decidido venir a buscarte…

Me encargué yo de refrescarle la memoria a Arsène.

—Pero ¿tú no deberías estar todavía en Bournemouth? —le pregunté con sequedad.

—Qué va —contestó él, que se sentó en la cama con el aire más angelical del mundo—. Tenías razón tú, realmente había demasiados pies planos rondando, así que mi contacto me mandó el recado de que había que postergar el asunto.

Vi que Sherlock tenía los labios curvados en una sonrisa y los ojos le brillaban, y sabía que eso solo podía significar una cosa: debía de haber novedades respecto al asesinato de Hawthorne. Desde luego, no podía negar que sentía curiosidad, pero antes de cualquier otra cosa deseaba poner a Arsène al corriente de la idea que había tenido el día anterior.

Sin embargo, cuando le conté que mi padre estaba dispuesto a recibirlo para hablar de trabajo, su reacción fue algo distinta de la que yo esperaba.

—Ah —dijo solamente—. Bueno…, estupendo. Gracias. A lo mejor uno de estos días…

—¿Cómo que uno de estos días? —protesté—. ¡No sé si lo has entendido, pero mi padre está dispuesto a ofrecerte trabajo!

—Sí, es algo magnífico, de veras… —murmuró Lupin, mientras que su cara expresaba más apuro que entusiasmo.

Exasperada, me volví hacia Sherlock para buscar su apoyo, pero lo vi con la mirada fija y tamborileando con los dedos sobre la cómoda, absorto en una de sus elucubraciones. Volví entonces a mirar a Arsène y le clavé una mirada tan penetrante que casi se sobresaltó.

Y se echó a reír.

—Ah, ¿y ahora qué pasa? Pensaré en eso del trabajo, tranquila, te lo prometo —me aseguró. Pero la sonrisita de sus labios parecía exactamente la de alguien que preferiría mezclarse durante toda su vida con contrabandistas y revolucionarios a encontrar un verdadero trabajo. ¿Acaso como yo misma, que seguía involucrándome en arriesgadas aventuras con mis amigos en vez de aplicarme en convertirme en una juiciosa señorita capaz de atraer a un buen partido?

Suspiré. Demasiadas cosas en que pensar. El futuro, el mío y el de mis amigos, me parecía una imagen borrosa y yo me sentía como un pintor con demasiados colores en la paleta, incapaz de dar forma

a aquella imagen. Así que me pareció que lo mejor en ese momento era pensar en algo completamente distinto.

—Bien —corté en seco—. Entonces buena suerte, Arsène. Pero si habéis escalado hasta aquí, es que tendréis algo que decirme, ¿no?

—¡Puedes jurarlo! —respondió Holmes, que se tumbó en la cama con la espalda apoyada en el cabecero y las manos entrelazadas detrás de la nuca—. Hay novedades como poco suculentas, Irene.

Acerqué una silla, me senté y animé a Sherlock a seguir hablando.

—Mientras algunos sujetos conocidos míos se regalaban un viajecito a la pintoresca costa de Dorset… —empezó a decir burlón —, en Ámsterdam sucedía algo siniestro e increíblemente fascinante a la vez…

—¡El asesinato de la profesora Ottemans! —exclamé. Y añadí convencida de desconcertarlo—: Estudiosa del antiguo Egipto, igual que el profesor Hawthorne… Y eso demuestra que los «viajecitos a Dorset» también pueden reservar útiles sorpresas.

Pero Sherlock solo hizo una mueca burlona.

—Sí, Arsène me ha contado vuestra instructiva conversación con un marinero holandés. Lamentablemente, vuestro precioso informador no estaba al corriente del detalle más interesante, que en cambio viene escrito en negro sobre blanco en el *Evening Mail* de hoy.

—¡No te lo vas a creer! —intervino Lupin, impaciente—. La profesora Ottemans fue encontrada con un colgante entre los dedos… ¡Un colgante con un símbolo egipcio llamado «el ojo de Horus»!

Me puse en pie como el autómata de un teatro mecánico.

—¡Horus! ¡La misma divinidad representada en el sarcófago en que encontraron a Hawthorne!

Sherlock se sentó y cruzó sus largas piernas.

—Eh, ¿qué te decía? Algo siniestro e increíblemente fascinante a la vez —comentó.

No solo estuve de acuerdo con Holmes, sino que aquel detalle resonó en mi mente de una manera muy particular, porque aquella misma tarde, delante de los libros de historia, la verdad es que no había estado holgazaneando… Digamos que había aprovechado

para repasar algunas nociones sobre el antiguo Egipto.

Corrí, pues, a coger de mi escritorio un cuaderno de tapas azules y lo abrí por la página en que había dibujado a tinta china el símbolo del ojo de Horus, copiándolo de uno de los libros de mi padre. En realidad era muy parecido a un ojo normal visto frontalmente, con una línea encima a modo de ceja y adornado en la parte inferior con dos líneas curvas que semejaban una lágrima o dos trazos de maquillaje.

—Aquí está —dije—. El ojo se llama así por el dios egipcio Horus, pero es conocido también como «ojo de Ra» o *udyat*. Según los antiguos, era un símbolo que protegía de los espíritus malvados.

—Exacto —añadió Sherlock—. Y por eso el periodista inglés que escribe la noticia ha pensado en rellenar su artículo con la historia de una maldición…

—¿Qué maldición? —le pregunté yo.

Sherlock se levantó para buscar en los bolsillos de su abrigo y sacó una copia del *Evening Mail*, que abrió sobre la cama y alisó con sus largos dedos para que Lupin y yo pudiéramos ver.

—Como decía Irene, tanto el profesor Hawthorne como la profesora Ottemans eran egiptólogos —consideró Sherlock—. Además, ambos habían hecho varias expediciones a Egipto para hallar restos arqueológicos. Y ahí entra la absurda teoría de la maldición: según el fantasioso cronista, una de esas expediciones profanó un lugar de culto consagrado al dios Horus y, para vengarse, el espíritu de la divinidad vaga ahora por Europa y mata a todos aquellos que interrumpieron su sueño milenario.

Cuando Sherlock dejó de hablar, en la habitación se hizo un silencio tan cortante como una cuchilla y me di cuenta de que se me había puesto la piel de gallina.

—¿Tú crees que…?

—Que son puras memeces, naturalmente —atajó Holmes—. Punto primero, el dios Horus no existe. Segundo, las maldiciones existen aún menos. Tercero…

—¡Pues yo lo que digo es que no sabemos ni jota de esto! —lo interrumpió Lupin—. En fin, ¿por qué no? Una vez, en el circo de mi padre, conocí a un mago que…

—Querrás decir un ilusionista —puntualizó Sherlock—. O un prestidigitador. No un verdadero mago.

—¡No, aquel era un verdadero mago! Y me dijo que…

—Yo no creo que…

Yo suspiré con impaciencia.

—¡Basta los dos! ¿Os parece momento de discutir? Con maldición o sin ella, nos encontramos ante un verdadero misterio.

Sherlock se puso en pie.

—Exacto. Y esa es la cuestión: la historia de la maldición transforma este misterio en una bufonada. Es muy típico de los periodistas, que escribirían lo que fuera con tal de vender un ejemplar más. Y prefieren inventar a recabar información que…

Mi amigo se calló abruptamente y empezó a pasear por la habitación con la cabeza gacha y moviendo un poco los labios, como si rumiara algo para sí. Yo me volví hacia Arsène, que se encogió de hombros como diciendo: «Ya sabes, Irene…, él es así».

De repente, Sherlock se enderezó, me dedicó una sonrisa radiante y exclamó:

—¡Disculpadme, pero tengo que irme!

Y con esas palabras, enfiló la ventana y desapareció en la húmeda noche londinense sin decir más.

Capítulo 8

UN PLÁCIDO MAR INVERNAL

Arsène vino a mi casa también a la mañana siguiente, pero esa vez entró por la puerta principal y, al cruzar el umbral, me dirigió apenas una mirada, acompañada de una sonrisa visiblemente cohibida.

Yo, en cambio, lo observé largo y tendido con aprobación. Lupin se había puesto sus mejores galas, un traje de aspecto muy serio, pero combinado con una corbata de un espléndido carmesí y una flor del mismo color en el ojal.

Iba peinado, en orden, con los zapatos brillantes. Y sin bigote postizo, como le había pedido cortésmente que hiciera.

Horace lo recibió con una sonrisa divertida.

—Qué placer verlo, señorito Lupin. Por aquí, por favor.

Y lo condujo al estudio de mi padre Leopold. Yo me quedé en la puerta, retorciéndome las manos debido a la inquietud.

La noche anterior, después de la repentina despedida de Sherlock, había dedicado una hora por lo menos a convencer a Lupin de que la conversación de trabajo con mi padre era para él una gran oportunidad.

Le había hablado de corazón, porque lo pensaba de verdad, y al final Lupin, aunque protestando, había aceptado presentarse. ¡Qué contenta me puse! No obstante, sabía que estaba corriendo un gran riesgo: en el fondo, mi padre nunca había prometido que le daría un trabajo a Arsène, sino solo que hablaría con él. Y si por casualidad las cosas no marchaban bien, me arriesgaba a desilusionar a uno de mis mejores amigos y haber hecho todo aquello para nada.

Me acerqué en silencio a la escalera con la intención de pegarme a la puerta a hurtadillas. Me conté a mí misma que en absoluto quería espiar a Lupin y a mi padre. Confiaba, si acaso, en captar algún retazo de conversación al pasar por casualidad por delante de una puerta cerrada, como a veces ocurre.

Lástima que Horace, mucho más real que mis intentos de engañarme a mí misma, estuviese con los brazos cruzados delante

de la puerta cerrada del estudio. En cuanto me vio asomar, me fulminó con la mirada y yo me batí rápidamente en retirada y me refugié en la sala de música.

El coloquio entre Arsène y mi padre duró una media hora y nunca treinta minutos me parecieron tan largos. Hacia el final, sin embargo, oí las inconfundibles carcajadas de mi padre e imaginé que todo había ido bien. Me encontraba sentada en la banqueta del piano, así que apoyé las manos sobre el marfil frío del teclado, cerré los ojos y dejé escapar un gran suspiro de alivio.

Oí a Leopold acompañar a Arsène hasta la puerta y despedirse de él de modo caluroso.

Yo dudé. Quería ver a mi amigo, pero si aparecía en aquel momento daría la impresión de haber estado allí todo el rato con las orejas bien abiertas para escuchar lo que estaba ocurriendo. Lo cual era cierto, ¡solo que me molestaba dejarlo ver de una manera tan torpe! Así que me quedé junto al piano y me conformé con el sonido alegre de las voces que sonaron en la puerta unos instantes más aún.

Cuando por fin se cerró la puerta, fue Leopold quien me llamó:

—¡Irene!

—¿Sí, papá? —dije yo, y salí corriendo de la sala de música.

—Supongo que te complacerá saber que la entrevista con el señor Lupin ha ido muy bien. Me parece un chico muy capacitado y creo que podré hacer algo por él.

Yo sonreí y, con unos pocos pasos de puntillas, llegué hasta él y lo abracé impulsivamente.

—¡Gracias, papá! —exclamé.

—Oh, no hay de qué —dijo él, riendo—. Pero si me abrazas por tan poco, ¿qué dirás al oír la sorpresa que te reservo?

Yo me retraje y miré a mi padre un tanto perpleja.

—¿Una sorpresa? —repetí.

—¡Sí, pequeña mía! He decidido que vayamos a la costa… A Hastings, para ser preciso, a pocas horas de Londres. ¡Una localidad maravillosa, según dicen! Y aunque diciembre, ciertamente, no es el mes ideal para veranear, estoy seguro de que nos divertiremos. Seremos huéspedes de un socio mío en los negocios que acaba de abrir un hotel construido justo sobre el acantilado.

—Oh, papá —murmuré sorprendida—. Es… es… fantástico…

En realidad, me contrariaba dejar Londres. Me habría gustado escuchar por boca del propio Lupin sus impresiones sobre el encuentro con mi padre y, sobre todo, saber si aquel lunático de Sherlock había descubierto algo nuevo sobre los inquietantes delitos que para entonces la prensa había etiquetado como «la maldición de Horus».

Pero tenía bien claro, de todas formas, que Leopold acababa de hacerme un gran favor, la enésima demostración de su generosidad, y en aquel momento me pareció mi deber demostrarle gratitud.

—Es una idea maravillosa, papá —dije, y me apreté de nuevo a él.

—¡Bien, pequeña mía! En efecto, hace mucho tiempo que no salimos juntos de Londres, un poco de aire limpio nos hará bien.

Yo sonreí y volé con el pensamiento a mi recientísimo viaje a Bournemouth, sobre el cual mantuve la boca cosida.

Una hora más tarde estábamos listos para partir, otra vez desde la estación de Waterloo, con la diferencia de que viajaríamos en primera clase, en un compartimento que mi padre había reservado para nosotros.

Horace había preparado el equipaje con su habitual rapidez y eficacia y Leopold, de excelente humor, insistió en llevar él su maleta. Había decidido, de hecho, que haríamos el viaje sin servidumbre y yo lo consideré una magnífica idea.

Al entrar en la estación me pareció que Leopold saltaba más que caminaba. Miraba en torno suyo con la mirada de asombro de un niño y reía por cualquier nimiedad.

Yo estaba contenta de verlo tan sereno después de tanto tiempo y decidí que daría lo mejor de mí para hacer aquel pequeño viaje juntos lo más alegre posible.

Cuando me acomodé en mi elegante asiento forrado de terciopelo escarlata, experimenté, no obstante, una sensación desagradable, como si un mosquito me hubiese picado en el nacimiento del cuello. Esa sensación extraña que se tiene cuando nos parece que alguien nos espía o incluso que solo nos observa. Obviamente, era imposible, dado que me encontraba en un compartimento reservado, así que me dije que era una tonta e intenté apartar aquella impresión desagradable.

Y, charlando ante el té y las pastas que nos sirvieron nada más

arrancar, no fue difícil hacerlo.

De todos modos, cuando bajamos en la estación de Hastings (con el tren expreso, un pequeño viaje de solo tres horas), la extraña sensación se repitió.

Nerviosa, en el vestíbulo de la pequeña estación me volví y miré a mi alrededor. Pero a la única persona a la que vi fue un mozo que acudía presuroso a los andenes.

Resoplé y procurando recuperar la sonrisa le di la mano a mi padre. Juntos nos detuvimos ante un coche de caballos parado fuera de la estación y, tras un breve trayecto, llegamos a nuestro hotel, el Bertram, que resultó ser un lugar muy refinado. Aunque era invierno y en consecuencia las habitaciones estaban vacías en su mayoría, el hotel Bertram resplandecía gracias a su avanzadísima instalación de lámparas de gas, y la fachada sostenida por pequeñas columnas estaba tan cerca del mar que casi podían sentirse en la piel las salpicaduras.

En la oscuridad de la tarde, el mar era una inmensa superficie negra que se agitaba bajo una capa de nubes bajas.

También el comedor daba a la playa, pero por suerte estaba protegido por una amplia cristalera en la que se reflejaban las velas que iluminaban las mesas.

Mi padre y yo cenamos solos en una sala semidesierta, en la cual reinaba una atmósfera distendida y agradable. Nos sirvieron unos lenguados exquisitos dorados con mantequilla y patatas duquesa. Una cena deliciosa.

Mi padre parecía feliz y no paró de hablar en toda la velada, siempre con mucho brío, en una conversación sobre los temas más dispares.

Por suerte, mis nervios volvieron a distenderse y pude disfrutar tranquila de aquella noche, de las luces tenues, de la vista del mar.

Al término de la cena acompañé a mi padre al *fumoir* y me quedé a su lado mientras se fumaba un puro. Había un piano de media cola y aproveché para cantarle algo. Las notas se perdían en los pasillos vacíos del hotel.

Fue una velada larga y placentera, que todavía hoy recuerdo con gusto cuando mi pensamiento rememora al señor Adler.

El final de aquel día, sin embargo, lo viví bajo el signo de sentimientos bastante diferentes. Cuando, tras darle las buenas

noches a mi padre, me retiré a mi habitación y encendí la luz, di un respingo del susto.

Alguien había dejado un sobre en el espejo de mi lavabo. Y en el sobre, dibujado en tinta azul, había un gran ojo de Horus.

Capítulo 9

UNA CARTA DE ÁMSTERDAM

Mi respiración era entrecortada, como si una mano invisible me estuviera apretando la garganta, y el corazón me latía alocadamente. ¿Cómo era posible? ¿Qué podía significar aquella carta? Me costaba demasiado respirar para poder pensar de manera lúcida, así que agarré el sobre con manos temblorosas, lo abrí, saqué la hoja que contenía y…

—¡El muy canalla! —mascullé entre dientes.

Me había bastado un vistazo a la letra para saber que la carta estaba escrita por Arsène. Me dejé caer a plomo en la silla de la *console* y me puse a leer: «*¡Buenas noches, Irene! ¿Verdad que no es agradable descubrir que te han seguido a escondidas? Cuando tu padre me habló de vuestro viaje, no resistí la idea de gastarte esta broma. Me pareció también la mejor manera de hacerte entender cómo me sentí en Bournemouth. De todos modos, por lo que a mí respecta estamos en paz. Y en vista de que últimamente te preocupas por mí, quizá un poco demasiado, quiero tranquilizarte: he vuelto a Londres con el último tren de la tarde. ¿Nos vemos mañana en la Shackleton? Espero que sí, y no te lo tomes demasiado a mal. Un beso, Arsène*».

—¡Canalla! —repetí al llegar al final de la carta.

Pero, al verme en el espejo, me sorprendí sonriendo. En el fondo, ¿no era precisamente eso lo que hacía a mis amigos Sherlock y Arsène tan indispensables para mí? ¿No era el hecho de que siempre fueran capaces de sorprenderme, borrando todo rastro de aburrimiento en mi vida, cuando me encontraba con ellos? También en aquella ocasión, en vez de decirme de un modo corriente que estaba molesto, quizá en un rincón de la Shackleton Coffee House, Lupin había preferido una pequeña y teatral revancha. Mi amigo había hecho que se me erizara cada vello del cuerpo, pero ya lo había perdonado y, es más, me dije que debería encontrar un modo de responderle que estuviese a la altura.

El susto había pasado, pues, pero no por eso me dormí enseguida. Me quedé pensando en mis dos increíbles amigos. Arsène acababa de confirmarme, sin contemplaciones, la clase de tipo extraordinario que era. En cuanto a Sherlock, me lo imaginaba a la luz de una vela, inmerso en vetustos volúmenes sobre el antiguo Egipto, decidido a descubrir, antes que nadie, los oscuros secretos que rodeaban los dos delitos conectados por el enigmático símbolo de Horus.

Por fin, propiciado por el sonido cadencioso de las olas, llegó el sueño.

Fue un sueño profundo y sin fantasías y a la mañana siguiente me encontré con mi padre para desayunar en la gran galería del comedor, iluminada por un tímido pero agradable sol invernal.

Mi pensamiento volvía sin cesar a Londres, a mis amigos y a las muertes de Gideon Hawthorne y Liselore Ottemans, pero, no queriendo negarle a mi padre unas últimas horas de distracción, pasé la mañana paseando con él a la orilla del mar, notando su felicidad mientras hablaba de sus viajes y sus tan felices años de juventud.

Cuando, después de la comida, viajamos de vuelta a Londres, mi padre se durmió muy pronto y yo pude sumergirme otra vez en las páginas de *Los miserables*. Me pareció el libro más formidable que jamás había leído y pasaba cada página sin aliento debido a la emoción y a la curiosidad por saber qué más podía suceder.

Llegamos a casa lo bastante pronto para que yo pudiera darme el paseo hasta la Shackleton Coffee House. Horace Nelson, complacido por el efecto que aquel breve viaje había tenido en el estado de ánimo de mi padre, me acompañó de mejor grado que de costumbre.

—Esta vez se ha ganado con creces una hora de libertad, señorita Adler —me dijo, con una inclinación, al dejarme a la puerta del café.

Aquel día, la Shackleton estaba más concurrida que otros, pues muchos clientes habían entrado en busca de una bebida caliente después de una tarde de paseo al hiriente aire de diciembre.

Pese a aquella pequeña multitud de clientes ocasionales, pude divisar a mis amigos sentados a la mesa de siempre, y estaba tan ansiosa de llegar hasta ellos que casi eché a correr.

—¡Irene! —me recibió Lupin. Luego, lanzándome una mirada cargada de complicidad, añadió—: ¿Qué tal tu viaje a Hastings?

—Oh… —contesté yo—. Un viajecito en familia. Todo tranquilo a excepción de un pequeño detalle…

Vi que Arsène abría unos ojos como platos e intuí lo que estaba pensando. Era evidente que no había puesto a Sherlock al tanto sobre nuestro juego de persecuciones y ahora, convencido de que yo estaba a punto de hablar, estaba desconcertado y no sabía cómo reaccionar. Como pequeña venganza, me pareció más que suficiente.

—¡El lenguado estaba fuera de lo común! —terminé de decir—. El mejor que he comido nunca.

Lupin se echó a reír con la cabeza hacia atrás. Supuse que era su modo de alabar a una amiga que sabe responder a una broma con otra.

Sherlock, por su parte, no pareció hacer caso a aquella extraña carcajada. Bebió un sorbo de cacao (que, había notado con placer, había sustituido al té negro, señal de un humor mejor) y dijo con una sonrisita:

—Mientras tú te dedicabas a las alegrías del paladar, yo me he dedicado a un intercambio epistolar.

—Eres el intelectual de la banda… ¡Es lo tuyo! —bromeó Arsène.

—Puede… —dijo Holmes, apoyándose en el respaldo de cuero agrietado—. En todo caso, ¿os acordáis del otro día, cuando estábamos en casa de Irene? Hablábamos de los periodistas que malgastan su tiempo inventando absurdas historias en vez de documentarse y escribir algo serio.

Lupin y yo asentimos.

—Bueno, he pensado que, llegados a este punto, lo mejor era que fuésemos nosotros los que buscáramos la información que necesitábamos. Así que he escrito al doctor Leijdeboom, el más estrecho colaborador de la desaparecida profesora Ottemans. He invertido la paga por el último enigma que entregué al *Globe* en un largo telegrama en el que me presentaba como un periodista inglés. Le he contado a Leijdeboom que estaba escandalizado por todas las patrañas que mis colegas se estaban inventando a cuenta de su mentora y le he pedido alguna información seria y correcta que

proporcionar al público. Obviamente, Leijdeboom se ha alegrado muchísimo de poder colaborar y precisamente hoy, por correo, me ha llegado su carta. Casi veintiuna páginas mecanografiadas y repletas de detalles.

El camarero llegó con el chocolate que había pedido, le di las gracias y bebí un buen sorbo antes de comentar:

—¡Caray, veintiuna páginas! ¿Una lectura interesante?

—¡En absoluto! —bufó Sherlock—. En su mayor parte, detalles aburridos y absurdas polémicas entre académicos por este o aquel descubrimiento irrelevante. Pero, entre mil minucias inútiles, he dado con una buena información: el profesor Hawthorne y la profesora Ottemans se conocían. No solo eso, sino que ambos participaron en una expedición a Karnak, en Egipto.

Arsène chasqueó los dedos con expresión satisfecha.

—¿Ambos en la misma expedición a Egipto? ¡Un punto a favor de los que hablan de la oscura maldición de Horus, por tanto!

—Eso es bastante opinable —rebatió Sherlock—. Aunque en cierto sentido aquella expedición fue realmente desafortunada. De hecho, en el viaje tomó parte también un tal Underwood, un joven de buena familia, destinado a una brillante carrera como arqueólogo…

—Debe de ser porque lo ignoro todo acerca de la arqueología, pero nunca he oído hablar de él —confesé francamente.

—No es culpa tuya —siguió diciendo Holmes—. Underwood regresó de la expedición muy castigado y, según algunos, completamente loco. La propia Ottemans, por lo que parece, solía decir que era como si el viento del desierto le hubiese entrado en el alma y hubiese barrido todo lo bueno que había en su mente.

Capítulo 10

LOS RECUERDOS DEL LINCE

Después del último sorbo de chocolate, habíamos estado de acuerdo en concluir que aquella lejana y desafortunada expedición a Karnak debía de ser lo que, de algún modo, ligaba los siniestros sinos de Hawthorne y Ottemans.

Yo tenía cita a las nueve del día siguiente con la señorita Langtry para otra clase de canto, luego tenía que ir a la obra de caridad de la señorita Glover, esta vez en serio, para entregarle las famosas muñecas de trapo bordadas. Por ello, y contando con la buena disposición de Horace hacia mí, tenía la excusa perfecta para salir de casa por la mañana temprano y, despachados aquellos compromisos, dedicarme todo el día a indagaciones con mis amigos.

Con ellos había quedado frente a la estación de
King's
Cross a las once y media.

Conseguí llegar justo a tiempo. Nos saludamos y desde allí, bajo un cielo gris invernal, caminamos a toda velocidad por la acera hasta la British Library, un edificio imponente que con su luz metálica tenía algo de vagamente angustioso.

Hechos los trámites burocráticos (y habiendo mentido sin pudor sobre nuestra edad al funcionario que nos había atendido), nos adentramos en la vasta hemeroteca, una sala estrecha y larga con estanterías oscuras hasta el techo. En ella se conservaban todos los diarios de Inglaterra desde principios del siglo XVIII.

En su carta a Sherlock, el doctor Leijdeboom mencionaba el año de la famosa expedición «maldita», así que teníamos un punto de partida para nuestra investigación en los archivos, 1852.

No fue, pues, una búsqueda demasiado difícil. Aquellos eran los años en los que la «fiebre egipcia» cundía en la opinión pública y *The Times* había dedicado gran espacio a la expedición de Hawthorne.

Encontramos, en particular, una serie de artículos firmados por cierto Roger Leggett que relataban (no sin ironía) cómo a los

vástagos de algunas importantes familias inglesas se les había metido en la cabeza el viajar a Egipto subvencionados con el dinero de papá en busca de fama y gloria.

—¿Familias importantes? —pregunté yo, levantando por un instante la cabeza de uno de los diarios.

—Los Hawthorne están emparentados con nobles de segunda categoría —explicó Holmes—. Y los Underwood poseen un número considerable de acciones de la Compañía de las Indias Orientales.

En sus artículos, Leggett contaba que un grupo de jóvenes y ambiciosos arqueólogos planeaba llegar a Karnak y, desde allí, continuar por el desierto en busca de un valle que según fuentes antiguas estaba salpicado de templos y monumentos cuyo recuerdo se había perdido.

A partir de marzo de 1852, los artículos de *The Times* sobre el tema aparecían muy seguidos, casi uno por semana, aunque sin revelar detalles que llamaran nuestra atención. Después, más o menos al año, cuando la desgraciada expedición debía de haber llegado a su destino, el tema fue liquidado con una breve nota y condenado al silencio.

—Lo más probable —supuso Lupin—, teniendo en cuenta la clase de familias involucradas, es que llegara de arriba la orden de enterrar la cuestión. Y puesto que se trataba de una noticia de segundo plano, el diario aceptó la petición.

—Sí… —asentí yo. Me levanté de la silla en la que llevaba sentada demasiado rato y estiré los brazos—. ¿Y ahora qué hacemos?

Sherlock nos regaló una sonrisa afilada.

—Hemos acabado en aguas turbias, pero ¡siempre podemos echarle el guante al pez que coletea en el fondo del estanque! —dijo bastante misterioso.

Las miradas perplejas de Arsène y mía le arrancaron una carcajada.

—Venga —dijo al fin, poniéndose en pie de pronto—. ¡Vamos a Fleet Street!

Daba la casualidad de que nuestro amigo Holmes, bajo el pomposo *nom de plume* de «Príncipe del Enigma», cada semana facilitaba al diario londinense *Globe* una ardua adivinanza que resolver y que, con el paso de las semanas, se había hecho muy

popular entre los lectores. Así, Sherlock había hecho algunos conocidos en Fleet Street, el caótico santuario de la prensa londinense. El éxito de su pequeña sección de «enigmística» hacía que, pese a su escasa edad, mi amigo fuera tratado con consideración.

Aquella tarde, el jefe de redacción del *Globe*, el señor Crotchley, un hombrecillo rechoncho de ojos claros extremamente vivaces, encontró tiempo para recibirnos.

Después de unos saludos reducidos a su mínima expresión, Sherlock fue enseguida al grano:

—Señor Crotchley, me preguntaba si conoce a Roger Leggett, un periodista de viejo cuño que trabajaba para *The Times* hace tiempo y que creo está ya retirado, porque hace al menos tres años que no leo un artículo suyo…

Yo lo observé incrédula. ¿De verdad Sherlock Holmes recordaba los nombres de todos los periodistas que cada día escribían para *The Times*?

Una pregunta tonta, ¡pues claro que los recordaba! Ya había obtenido pruebas incluso más patentes de su prodigiosa memoria.

—¡Ah, el Lince! —asintió Crotchley—. Por supuesto.

Nuestras miradas interrogativas le dieron a entender que necesitábamos una explicación.

—Es el apodo que se ganó gracias a una vista no precisamente aguda —nos explicó el jefe de redacción—. De todos modos, cierto, no lo veo desde hace tiempo, pero en el pasado siempre nos juntábamos en el pub. Un buen periodista, en mi opinión —añadió.

—¿Y cree que hay alguna manera de conseguir su dirección? —le preguntó Sherlock.

—Una manera sencillísima, muchacho. Ve allí y busca al viejo Rafferty. Eran buenos amigos, estoy seguro de que se han mantenido en contacto.

Afortunadamente para nosotros, el señor Crotchley tenía razón y aquel tal Rafferty, el periodista más veterano de la redacción del *Globe*, nos escribió las señas de su amigo en un pedazo de papel.

Roger Leggett vivía en East Dulwich, en la periferia sur de la ciudad, y en coche de caballos podríamos llegar en media hora.

Estábamos tan impacientes por hablar con el Lince que decidimos comer por el camino y la comida consistió en una bolsa

de *scones* comprada a toda prisa en una panadería.

Era casi Navidad, pero el cielo se había despejado, ahora era de un azul reluciente y yo tenía un día libre de compromisos para dedicarlo a una de nuestras investigaciones. Me di cuenta, mientras subía de un salto al carruaje, de que me sentía feliz.

El trayecto duró, en efecto, poco más de media hora y cuando llegamos a nuestro destino, una calle llamada Chesterfield Grove, nos encontramos en un barrio de reciente construcción formado por muchas casitas bajas de ladrillo de aspecto humilde, ordenadamente alineadas a los lados de las calles.

La casa en cuya puerta leímos una placa que decía R. K. LEGGETT era idéntica en todo a las demás de la calle.

Lupin no perdió tiempo y dio cuatro golpes enérgicos.

—¿Quién es? —preguntó una voz ronca desde dentro.

—Somos…, ejem…, aspirantes a periodistas, señor. Es usted el Roger Leggett que escribía en *The Times*, ¿ver dad? Queríamos… hacerle unas preguntas —contestó Arsène.

La puerta de la vivienda se abrió un palmo, por el que se escapó una vaharada de humo de tabaco fuerte. Luego vi un ojo legañoso que detrás de una gruesa lente nos espiaba por el hueco.

—Parecéis un poco jóvenes para ser periodistas —dijo el hombre, que sin duda debía de ser el Lince.

—Por eso nos hemos presentado como aspirantes a serlo —puntualicé yo—. Estamos haciendo algunas investigaciones sobre las expediciones arqueológicas en Egipto…

—Más en concreto, sobre la expedición del profesor Hawthorne a Karnak —intervino mi amigo Sherlock.

El ojo legañoso pasó de mí a mi amigo. Después, el Lince tosió.

—Hawthorne, ¿eh? El viejo grajo la ha palmado al fin, vosotros habéis indagado y habéis pensado que puede haber una conexión con el homicidio de Ottemans. Muy muy astuto —celebró el viejo periodista. Y, antes de estallar en roncas carcajadas, añadió—: ¡O por lo menos más inteligente que lo que están haciendo casi todos los periodistas de Inglaterra!

Inmediatamente después, la puerta se abrió del todo.

—Entrad, chavales.

Roger Leggett debía de tener unos sesenta años, pero, como se suele decir, había envejecido mal. Era poco más alto que yo y tenía

evidentemente exceso de peso, la piel brillante y una barba hirsuta de tres días por lo menos. Llevaba una camisa que no pasaba por la lavandería desde hacía demasiado tiempo y en su nariz se apoyaban unas gafas de cristales gruesos y montura de plata.

—Sentaos —farfulló—. Pero no tengo nada que ofreceros… Deberéis contentaros con un vaso de agua, porque se me ha terminado el té. Yo no lo bebo, a causa del corazón, y, aparte de vivir solo, tampoco es que tenga muchas visitas en estos tiempos.

—No importa, gracias —dije yo con una sonrisa—. Nos basta con escuchar, si puede dedicarnos algún tiempo.

El Lince sonrió. Una sonrisa socarrona y nada antipática.

—¡Dispongo de todo el tiempo que quiera, señorita! Un viejo periodista como yo siempre ayuda a los jóvenes. Aunque no sé qué podéis sacar de aquellas historias —me respondió.

La sala de estar de la casa de Leggett era bastante espaciosa, pero estaba casi a oscuras y en todo caso resultaba asfixiante por la enorme cantidad de cosas que había amontonadas en ella: carpetas con periódicos por el suelo y apiladas en columnas inestables hasta el techo, recortes de diario pegados a las paredes o enmarcados y olvidados en el suelo, una librería abarrotada hasta lo inverosímil, un viejo sofá con libros abandonados encima y un gran gato tumbado en una butaca, tan quieto que parecía parte del mobiliario.

Después de mirar a nuestro alrededor un poco, mis amigos y yo decidimos sentarnos en las viejas sillas que encontramos dispersas por la habitación.

El Lince, en cambio, se sentó en la butaca sin que al gato pareciera molestarle lo más mínimo.

—Bien —dijo el periodista—, hablabais de la expedición Hawthorne… Cierto, ha pasado bastante tiempo, pero la recuerdo muy bien.

—Y a nosotros nos complacería oír todo lo que quiera contarnos, señor Leggett —le aseguró Sherlock.

El Lince se puso más cómodo, carraspeó y comenzó su relato:

—Aquella expedición fue una de las historias más interesantes que sucedieron en mi quizá hasta demasiado larga carrera. ¡Y pensar que al principio desconfié profundamente de ella!

Mis amigos y yo nos miramos con cara intrigada, lo que valió como invitación para que el Lince siguiera contándonos más.

—Todos sabían que el padre de Hawthorne era buen amigo de Foulkes, el director de *The Times* en aquella época, y la idea de seguir la expedición parecía más un favor a un amigo que una verdadera historia digna de ser publicada. Tanto más cuanto que yo no tendría que participar en la expedición, sino solo recibir los apuntes de viaje que el propio Hawthorne me haría llegar y hacer cada vez un extracto con algo de mordiente, si entendéis lo que quiero decir…

Asentimos los tres.

—Pero… de Foulkes puede decirse todo salvo que no supiera dirigir un periódico. Así que me dio libertad para escribir a mi manera sobre el asunto y poco a poco me fui convenciendo de que la cosa funcionaba… Quiero decir como historia, porque como expedición arqueológica, chicos, ¡creedme que realmente estuvo perseguida por la mala suerte!

En ese punto, el señor Leggett hizo una pausa, rebuscó en el bolsillo de la bata y sacó una pequeña pipa y un saquito de piel con tabaco. La cargó en un instante, se la metió en la boca y la encendió con una cerilla. Poco después, densas espirales de humo azulado nos envolvían a mis amigos y a mí, al igual que las palabras del viejo periodista.

—Bien… —prosiguió—. Todo comenzó porque el joven Hawthorne, que por entonces era un arqueólogo que hacía sus primeros pinitos, pensó en organizar un viaje de excavación a Egipto, estaba convencido de poder encontrar en las cercanías de Karnak templos que la arena había sepultado y comprometió en la empresa a otros jóvenes estudiosos que se encontraban en Oxford con él: Liselore Ottemans, que murió el otro día, Elijah Underwood y Nigel Rountree.

—¿Rountree? ¿El magnate del tabaco, el de los cigarrillos Pharaoh's Delight? —le preguntó Sherlock, adelantando el torso.

A mi vez, yo fruncí el ceño. ¿Acaso no había oído ya aquel nombre? Pero, como no conocía la marca de cigarrillos mencionada por mi amigo, me quedé perpleja.

—Nigel es su hijo —dijo el Lince con una sonrisita—. Mientras que Joseph es el que empapela Londres con carteles publicitarios con el dibujo de una esfinge que fuma… Bien, pues era

precisamente en aquellos años cuando Rountree empezaba a hacer dinero con el comercio de tabaco y gracias a él la idea de aquella expedición pudo hacerse realidad. Total, que aquellos retoños del Londres de clase alta se fueron a Egipto. Pero, una vez allí, se dieron cuenta de que el desierto era distinto a como se lo habían imaginado. Primero fue la cuestión de los víveres: los lugareños estafaron a Hawthorne vendiéndole cajas y cajas de comida estropeada y cuando los arqueólogos llegaron al campamento base vieron que solo tenían consigo alimentos podridos y debieron regresar a Karnak, con lo que perdieron al menos un mes. Después, los tanques de agua perdían y corrieron el peligro de morir todos de sed; por último se abatió sobre ellos una de las tormentas de arena más tremendas que se habían visto jamás en aquel rincón del desierto.

El Lince se pasó la pipa de una comisura a otra de la boca.

—Fue entonces cuando la historia se hizo más interesante, gracias a un golpe de efecto que me pareció digno de una novela. Cuando todo parecía perdido, ¡Hawthorne y sus compañeros descubrieron que aquella espantosa tormenta de arena había sacado a la luz algunas piedras de un templo! Así que se pusieron a excavar y encontraron estatuillas funerarias, collares y otros objetos de valor extraordinario. La expedición en conjunto parecía a punto de terminar en la gloria y en cambio… Alguien, tal vez uno de los porteadores o los obreros, prendió fuego a las tiendas del campamento y estalló un incendio horrible, en el que encontró la muerte un joven estudiante que se había sumado a la expedición. En ese punto, nuestros arqueólogos regresaron a Inglaterra después de salvar únicamente las piezas más importantes, que en todo caso fueron más que suficientes para impulsar las brillantes carreras de Hawthorne y Ottemans. A los demás miembros de la expedición, por el contrario, no les fue igual de bien…

—¿Qué quiere decir? —le pregunté.

—Ya he hablado del pobre estudiante. Rountree, por su parte, sufrió quemaduras tan graves en el incendio que quedó desfigurado y con un pulmón seriamente dañado. Abandonó entonces los estudios y se fue a trabajar con su padre. Underwood…

En ese momento, el Lince se dio unos golpecitos en la sien con la punta del dedo.

—Debía de ser un tipo muy sensible y su mente no resistió una experiencia tan dura. Cuando volvió a Londres, todos tuvieron claro que había perdido el juicio. Empezó a regalar sus bienes por ahí, se dice que iba por la ciudad tirando guineas de oro desde la ventanilla del carruaje. Un día sacó a la calle jarrones valiosos, libros antiguos y joyas, y los dejó ahí para que quien los quisiera se los llevara. La familia, como podéis imaginar, no se puso muy contenta… Primero, los parientes hicieron que lo tratara un médico alemán de moda en aquellos años, pero sin el menor resultado. Luego lo recluyeron en una de sus mansiones campestres, vigilado de cerca por la servidumbre para que no pudiera causar más perjuicio.

—Y todo eso nunca lo contó *The Times*, imagino —comentó Sherlock.

El Lince meneó levemente la cabeza.

—No, claro. A mucha gente importante no le agradaba que se hicieran públicos los aspectos trágicos de aquel asunto. La expedición, además, había terminado y Foulkes, un hombre práctico, me encargó un último artículo. La cosa terminó allí y yo mismo no había vuelto a pensar en ella hasta ahora, al leer lo de Hawthorne y Ottemans. A cambio, esta mañana me he puesto a hojear y…

El anciano periodista se levantó entonces y fue a rebuscar entre los papeles dejados en una mesita de un rincón de la sala. Sacó una carpeta con la tapa manchada y amarillenta y se la entregó solemnemente a Sherlock.

—Aquí está —dijo—. Mis apuntes sobre la expedición Hawthorne de 1852… Mejor que esté en vuestro poder que en el del polvo, ¿no creéis?

Capítulo 11

EL OJO DE HORUS

Salimos de casa del Lince poco después de las cuatro de la tarde. Como el barrio en que nos encontrábamos no era ni de los más ricos ni de los más frecuentados de Londres, los carruajes no abundaban. Sherlock, Lupin y yo nos resignamos, por tanto, a una caminata por calles anónimas, todas iguales.

Se había levantado un viento molesto e inesperado que soplaba contra nosotros cargado de una llovizna fina y punzante. Noté con gratitud que mis amigos caminaban solo medio paso por delante de mí, muy cerca el uno del otro, para intentar protegerme haciendo de barrera con sus cuerpos. En aquel momento me parecieron ya dos hombres, dos adultos.

Por un momento me sumí en mis pensamientos, tratando de imaginar qué nos reservaría el futuro a los tres. Fue la risa de Sherlock la que me devolvió a la realidad. Lupin le estaba contando viejas historias del ambiente del circo.

—Por lo que parece, alguien había sustituido el maquillaje de escena de la mujer bala por un mejunje a base de miel y durante su número el oso amaestrado se le acercó, la abrazó y empezó a lamerle toda la cara…

Sherlock interrumpió la anécdota con una risotada y yo meneé la cabeza, divertida. Parecía como si ellos dos se hubieran puesto de acuerdo para mofarse de mis impresiones de aquel momento; tal vez fuera verdad que mis dos amigos se estaban haciendo hombres, pero de momento aún eran unos chicos descarados, imprevisibles y un poco bobos, como todos los chicos. Uní mi risa a la suya y deseé que todo aquello no cambiara nunca.

Mientras un coche de caballos nos devolvía por fin al centro de la ciudad, decidimos que era el momento de estudiar nuestros movimientos siguientes.

—Antes de pronunciarme, tendré que echar un vistazo a los apuntes del Lince —declaró Sherlock, tamborileando con los dedos sobre la carpetita mugrienta con notas que nos había dado el

periodista.

—Usted estudie si quiere sus legajos, profesor Holmes —le tomó el pelo Arsène—. A mí, en todo caso, me parece que todo está bastante claro. Nuestro culpable es ese pobrecillo de Underwood o bien el otro, Rountree. Quiero decir… La expedición a Egipto estaba formada por cuatro arqueólogos, ¿no? Dos salieron con brillantes carreras en el bolsillo, los otros, en cambio, salieron gravemente quemados o locos. ¡Hay motivos de sobra para que tuvieran deseos de venganza!

—Hum… Si sigue así, no va a sacar buenas notas, señor Lupin —replicó Sherlock, siguiendo la broma—. A menos que pueda explicarme una venganza consumada casi veinte años después de los hechos. Sin contar, además, con que también se puede razonar de forma opuesta a la suya —añadió.

—¿Qué quieres decir? —me inmiscuí yo.

—Es fácil. Que, aunque aceptemos que la expedición a Karnak sea el vínculo entre los dos delitos, por cuanto sabemos hasta ahora nada dice que uno de ellos, Underwood o Rountree, sea el asesino pero sí que ambos pueden ser… ¡las próximas víctimas!

—Ah… ¡en eso no había pensado! —exclamó Lupin.

Yo también me había quedado sorprendida. Una jugada clásica de Holmes: darle la vuelta al cuadro que contemplabas y hacerte notar cosas que no habías visto aunque las tenías delante de las narices.

Entonces me vino a la cabeza otra cosa.

—De todos modos, no es verdad que el único vínculo entre los delitos sea la expedición —observé—. Porque, obviamente, también está Horus. La divinidad cuyo símbolo se encuentra tanto en el sarcófago en el que fue encontrado Hawthorne como en el colgante hallado entre los dedos de Ottemans. Tal vez detrás no esté esa maldición de la que habla la prensa, pero la relación existe, ¿no?

—Así es, Irene —asintió Sherlock—. En efecto, la referencia a Horus, por alguna razón, le importa al asesino, a sus ojos tiene algún significado. En el caso de Hawthorne es especialmente evidente: es cierto que el sarcófago de Horus se encuentra en una sala aislada del museo, pero nuestro, o nuestra, culpable corrió no obstante un gran riesgo al llevar el cuerpo del director hasta allá arriba.

—Tiene lógica —asintió Arsène, rascándose la barbilla—. Ahora solo tenemos que encontrar el modo de que nuestra investigación encuentre su propia lógica y descubramos quién es el asesino.

Suspiré y descorrí la cortinilla del carruaje para atisbar las calles de Londres que pasaban a mi lado. Arsène tenía razón y, por primera vez, me di cuenta de que estábamos sobre la pista de un verdadero asesino. Una persona peligrosa que había demostrado tener medios suficientes para poder golpear sin problemas tanto en Inglaterra como en Holanda con un intervalo de pocos días.

Les había prometido a mi padre y a Horace que no me metería en apuros, pero ¿cómo era posible, a la luz de las nuevas consideraciones?

Mi madre adoptiva, Geneviève, había muerto porque había subestimado a un peligroso criminal y su sed de venganza, y me dije a mí misma que no cometería el mismo error otra vez.

—Entonces, ¿cómo procederemos? —preguntó Arsène, que, como siempre, estaba deseando pasar a la acción.

—Tratemos de dar con las direcciones de Underwood y de Rountree y vayamos a hacerles una visita —respondió Sherlock, encogiéndose de hombros—. Si el culpable es de verdad uno de los dos y nosotros jugamos bien nuestras cartas, ¡podremos pillarlo!

—¿Y si las jugamos mal? —intervine yo—. Si de verdad uno de los dos es nuestro asesino, ¡correremos un grave peligro!

Arsène me agarró una mano y me la estrechó con fuerza. No sabía si me estaba tomando el pelo por mi exceso de prudencia o si, en cambio, quería decirme que de alguna manera comprendía mi preocupación.

—Probablemente tienes razón… Y tú ¿qué propones, Irene? —me preguntó.

En aquel momento, por suerte, mi memoria vino en mi ayuda.

—¡Rountree! —exclamé.

—Si esa es la solución del caso, será mejor que nos lo expliques —bromeó Holmes.

—No es la solución, pero al menos es nuestro próximo movimiento —repliqué—. Cuando oí ese nombre, tuve la impresión de que me era familiar, pero se me escapaba el porqué… Ahora me acuerdo: se lo oí mencionar a mi padre varias veces cuando hablaba de sus veladas en el St. Ives Club. ¿Entendéis? —dije—. ¡Mi padre

frecuenta el mismo club que Rountree! Se trata del viejo Rountree, el padre de nuestro sospechoso, por lo que recuerdo, pero también podría ser un buen modo de recabar información sobre la familia y el hijo.

—Excelente —aprobó Sherlock—. Tú puedes sondear el terreno en esa dirección; en tanto, Arsène y yo intentaremos procurarnos la dirección de Underwood.

Poco después, el carruaje se detuvo frente a mi casa en Aldford Street. Me despedí de mis amigos, radiante. ¡Podía contribuir a la investigación sin hacer otra cosa que cenar con mi padre!

La cocinera, la señorita Fowler, era una mujer de otros tiempos y no era raro que nuestras opiniones divergieran. Pese a ello, no se me escapaba el hecho de que ella sentía verdadera veneración por Leopold y trataba de todas las maneras posibles de tenerlo contento.

Aquella noche, por ejemplo, las dos chuletas de cerdo con guarnición de cebolletas al madeira y su *Christmas cake* hicieron las delicias de mi padre. Y así, un poco por mérito de la magnífica cena y un poco porque en los días siguientes tendría que marcharse de nuevo en viaje de trabajo a Sheffield, Leopold se entretuvo para charlar incluso de mejor gana que de costumbre.

Hablamos afablemente de los temas más variados y después intenté llevar la conversación a lo que me interesaba.

—¿Sabes, papá? Hoy, cuando iba a casa de la señorita Langtry para la clase, he visto una pared empapelada con unos carteles publicitarios realmente graciosos, estaba representada una esfinge… ¡fumando un cigarrillo!

Mi padre se echó a reír.

—¡Yo también los he visto, Irene! ¡Son obra de ese viejo zorro de Joseph Rountree!

—Ah, ya me parecía… —asentí yo, recogiendo del plato un trozo de almendra con aire distraído—. ¿No es ese el amigo tuyo del que me has hablado a menudo?

—¡Claro, el viejo Rountree, un negociante sin igual! Y lo demuestra el hecho de que, entre cientos de carteles pegados en las calles de Londres, nosotros estemos hablando ahora del suyo. Figúrate que una vez…

Mi padre se dejó llevar con gusto por los recuerdos y me contó algunas cómicas anécdotas de su amigo.

Mientras tanto, yo me devanaba los sesos para encontrar la manera de orientar la conversión hacia el hijo, pero al final no fue necesario.

Al acabar una de las anécdotas, Leopold suspiró.

—Y pensar que también él ha tenido su dosis de amargura en la vida —observó luego.

—Ah, ¿de veras?

—Sí, por desgracia. Su hijo…

—¿Qué le sucedió a su hijo? —lo acucié yo, esperando que me contara la historia de la expedición, del incendio, del ojo perdido…

—Ay, murió —dijo mi padre en cambio.

Yo, cogida por sorpresa, di un pequeño respingo, pero afortunadamente mi padre interpretó la mía como la simple reacción de una muchacha impresionable.

—Lo sé… es terrible —asintió Leopold—. Un hombre desgraciado ese Nigel Rountree. Ya había sufrido un grave percance en su juventud, en el cual quedó desfigurado. Pero se había recuperado, llevaba una vida retirada aunque sin problemas. Y un día, en una batida de caza, se cayó del caballo y no se pudo hacer nada.

—Y… ¿cuándo… cuándo ocurrió? —balbucí.

—Hace dos… o tres años. ¡Aún era joven el pobrecillo! —comentó mi padre, meneando la cabeza con pesar.

Nuestra cena concluyó con aquella nota triste. Le di a mi padre las buenas noches y le deseé buen viaje; después me retiré a mi cuarto.

Tras ponerme el camisón y meterme bajo las mantas, no pude evitar empezar a rumiar. Así pues, Nigel Rountree salía de escena. Eso no nos dejaba más que a Elijah Underwood, que había enloquecido muchos años antes, en aquella desventurada expedición. Sentí un escalofrío en la espalda. Una venganza inexplicable, a distancia de casi veinte años, pensé, ¿acaso no era una idea que podía concebir una mente atormentada por el demonio de la locura?

Capítulo 12

LA SOMBRA DE LA LOCURA

Al día siguiente, el cierre navideño de los colegios concedió a Sherlock un poco de libertad, al igual que la marcha de mi padre me la concedió a mí. En cuanto a Lupin, la libertad era tal vez la única cosa de la cual nunca andaba corto.

Antes de salir de casa, renové con Horace nuestro pacto habitual: él permitiría que me encontrara con mis amigos y que empleara el tiempo como quisiera a cambio de la promesa solemne de mantenerme apartada del peligro.

—Su padre la quiere con locura y yo soy responsable de su seguridad cuando él no está —me recordó con una expresión muy seria—. Quiero fiarme de usted y de sus amigos, pero antes de cometer una tontería, piense en lo que acabo de decirle, señorita Irene. ¿Entendido?

—Eso haré —respondí yo, y puse mi mano sobre la de Horace.

Después salí corriendo, esperando en mi corazón que pudiera cumplir aquella promesa.

Cuando llegué a la Shackleton Coffee House (a aquellas alturas, nuestro «cuartel general» a todos los efectos), encontré a Sherlock paseando nerviosamente por delante de la puerta.

En cuanto me vio al otro lado de la calle, vino corriendo hacia mí. Su mirada era radiante.

—¡Albemarle Court! —exclamó.

—¿Te decepciono si te respondo con un banal «Buenos días, Sherlock»? —bromeé yo.

—En efecto, ¡es un buen día, Irene! —asintió Holmes, divirtiéndose—. Y lo es porque hace poco he descubierto, leyendo los apuntes del Lince, dónde tiene a Elijah Underwood su familia.

—¿En ese Albe-no-sé-qué-más con que me has saludado antes?

—Albemarle Court, exacto. Una propiedad cerca del pueblo de Whittlesford, no lejos de Cambridge. Podríamos estar allí dentro de un par de horas con solo que…

—¡Arsène! —exclamé al ver aparecer a mi amigo por la esquina

de la calle.

—¡Arsène, precisamente! —exclamó Sherlock con alegría.

Lupin llegó hasta nosotros. Llevaba puesto su adorado bigote de monsieur Papon, pero su expresión era más bien de abatimiento.

—Una mañana infructuosa para el gran Papon —nos dijo—. Los dos tipos de Fleet Street que me dijiste no sabían nada de Underwood…

—¡Grandioso! —comentó Sherlock, que nos tomó a ambos del brazo y nos empujó hasta un carruaje.

—Creo que aquí se me escapa algo… —dijo entonces Lupin estupefacto.

—¡Se te escapa que he descubierto dónde se encuentra ese hombre, amigo mío! En una vieja mansión campestre llamada Albemarle Court. Así que démonos prisa… ¡A la estación de King's Cross! —le gritó al cochero, que esperaba a los clientes sentado en el pescante.

Aquel progreso animó a Arsène, que con un gesto improvisado me agarró por la cintura, me alzó en el aire y me depositó suavemente en el asiento del carruaje.

—¡Bien! ¡Era precisamente lo que me apetecía, una excursión! —dijo riéndose—. ¿Y del otro, el tal Rountree, sabemos algo? ¿Se encuentra también en algún plácido lugar de la campiña?

Mis labios hicieron una mueca.

—A decir verdad… —Y les conté a mis amigos lo que había descubierto acerca de Nigel Rountree.

Cuando terminé de hablar, Sherlock, Lupin y yo nos quedamos en silencio, intercambiando miradas cargadas de significado. Ninguno de nosotros lo dijo en voz alta, pero, teniendo en cuenta lo que sabíamos, con Rountree fuera de juego, una pesada sombra de culpabilidad caía ahora sobre Elijah Underwood. Por lo que en realidad aquella «excursión», como la había definido Lupin, quizá fuera la visita a un asesino.

No era precisamente lo que le había prometido al señor Nelson, pero aparté de inmediato ese pensamiento de mi cabeza diciéndome que todo era aún demasiado incierto para sacar conclusiones.

Una vez llegados a King's Cross, Sherlock decidió dilapidar lo que le quedaba del dinero ganado como Príncipe del Enigma y

comprar los tres billetes a Whittlesfield, que se encontraba en la línea entre Londres y Cambridge.

El viaje duró poco más de una hora y mientras atravesábamos la campiña de Cambridgeshire tratamos de aclarar nuestras ideas.

Lo que me asombraba era que un hombre como ese Underwood, por lo que sabíamos una especie de recluso, hubiese viajado a Ámsterdam para cometer un delito.

—En realidad, de este tipo no se sabe nada desde hace años —objetó Lupin—. Y, en consecuencia, tampoco sabemos qué clase de vida lleva.

Sherlock asintió.

—De todas formas, nuestra visita será instructiva. Y si no encontramos a Underwood en Albemarle Court, bueno… ¡esa quizá sea la mejor razón para sospechar de él! —observó, dirigiéndonos una mirada penetrante a Lupin y a mí.

Eran muchas las conjeturas, muchas las posibilidades, y el pensar que pronto descubriríamos nuevas piezas de aquel rompecabezas llenaba el aire de una vibrante electricidad que a menudo nos había acompañado en nuestras aventuras.

Cuando bajamos en Whittlesford, nos encontramos en una minúscula estación inmersa en la neblina. Preguntamos por Albemarle Court y nos dijeron que estaba demasiado lejos para ir a pie. Después de internarnos un poco en la campiña desolada, conseguimos que nos llevara en su carro un campesino que iba camino precisamente de aquel lugar.

Estuvimos hundidos en el heno durante un buen rato, hasta que el campesino tiró de las riendas y nos señaló un sendero de tierra flanqueado por dos filas de olmos centenarios.

—A partir de aquí debéis seguir a pie —nos dijo.

Saltamos abajo, le dimos las gracias y nos encaminamos entre las adustas siluetas de los árboles deshojados. Veinte minutos de marcha después tuvimos a la vista Albemarle Court, un edificio de piedra amarillenta al lado de un bosquecillo de robles.

El jardín delantero de la casa, descuidado, tenía una fuente en desuso y estaba lleno de estatuas rotas y cubiertas de musgo. El conjunto transmitía una sensación de tristeza y abandono.

—Diantres —dijo en voz baja Lupin—. Si Underwood vive aquí, no me extraña que se haya vuelto loco.

—Sí —admití yo—. Este lugar da de verdad escalofríos.

—Es solo una vieja casa un tanto destartalada —repuso Sherlock, caminando indiferente hacia la entrada de Albemarle Court.

Lupin y yo lo seguimos sin dejar de mirar alrededor.

Holmes, por su parte, parecía impermeable a la atmósfera de aquel tétrico lugar y saltó hasta el viejo portón para dar tres golpes fuertes. No lo bastante fuertes, sin embargo, pues nadie vino a abrir. Fue necesario llamar un buen rato para que apareciera un criado en la puerta. Era un anciano con una librea arrugada que hacía pensar que se trataba de un guardián y un enfermero más que de un verdadero mayordomo de una casa que nunca recibía visitas.

Esa última circunstancia la confirmaba el rostro bastante sorprendido del hombre.

—¿Qué… qué desean? Si es para beneficencia, por desgracia aquí… —empezó a decir.

—No, señor, no es por ninguna obra de caridad —lo interrumpió Holmes—. Estamos aquí para hablar con el señor Underwood.

El estupor en la cara del hombre aumentó.

—No veo qué pueden querer tres chiquillos de… ¡En todo caso, ni pensarlo! El señor Underwood está muy enfermo y no recibe visitas. ¡Lo siento, que tengan buen día! —nos despachó.

Hizo ademán de cerrar la puerta, pero Sherlock la bloqueó con un rápido paso adelante.

—¡Un momento! —protestó mi amigo.

—¡Se lo ruego, señor, es de verdad muy importante! —me sumé a él.

—Les he dicho que el señor Underwood es una persona enferma y no puede recibir a nadie —replicó bruscamente el viejo criado.

Y aquella vez, empujando con el hombro, nos cerró la puerta en las narices.

Volvimos a tocar, chillamos, juramos que era cuestión de vida o muerte, pero no hubo nada que hacer. La puerta de Albemarle Court permaneció cerrada.

Miramos desolados en torno nuestro. Habían construido recientemente una alta tapia para aislar del exterior la casa y una parte del gran jardín. Vi a Lupin examinando el obstáculo, con la clara intención de saber si podía saltarse. Entonces oí un sonido

muy peculiar, parecido a un débil silbido o un bisbiseo. Primero pensé que se trataba de algún pájaro raro o un insecto. Después, el sonido se transformó en palabras.

—Eh, vosotros… Os digo a vosotros…

También Sherlock lo había oído y se volvió hacia mí con los ojos como platos. Llamamos a Lupin con un gesto y nos acercamos al punto del que provenía la voz. En la tupida hiedra que recubría el muro externo de la casa descubrimos, con gran estupor, un hueco. Había una puerta de hierro forjado, entre cuyos barrotes vimos tomar forma, como en un sueño, un rostro humano.

Un rostro que me impresionó sobremanera; consumido y delicado, parecía el de un niño que hubiera envejecido sin hacerse adulto.

—¿El señor Underwood? ¿Elijah Underwood? —susurró Lupin.

—Sí —confirmó él—. ¿Y vosotros? ¿Quiénes sois vosotros?

Yo estaba tan estupefacta que no encontraba las palabras. En aquel momento, lo único que me parecía claro era que aquel hombre no podía ser nuestro culpable.

Sherlock, por suerte, reaccionó con más presteza.

—Somos estudiantes de arqueología, profesor Underwood —dijo.

—¡Oh, la arqueología! —dijo él como cantando—. Nunca me interesó de verdad, ¿sabéis?

—Ah, pues yo creía que usted hasta tomó parte en expediciones a Egipto…

—¡Sí, sí, de acuerdo! —soltó él, enardeciéndose instantáneamente—. Pero nunca me importaron nada las malditas piedras. ¡Nada! Las palabras, eso es lo que me interesa. Las lenguas, los códigos… ¡En las palabras se ve la mente del ser humano, no en las piedras!

—Entiendo. Así pues, usted estudiaba los jeroglíficos.

—Oh, sí, y con éxito. Pero no solo los jeroglíficos egipcios, también la escritura cuneiforme hitita, la sumeria, el acadio… ¡Unas lenguas, todas ellas, en las que brilla la belleza del pensamiento humano! —se enfervorizó el profesor Underwood.

Justo en aquel momento, una bandada de cornejas alzó el vuelo en un campo cercano y el hombre alzó la mirada para observarlas. Cuando sus ojos se posaron de nuevo en nosotros al otro lado de los

barrotes y la hiedra, Underwood pareció casi sorprendido de vernos, como si la conversación de poco antes no hubiera tenido lugar.

Su cara se distendió en una ancha sonrisa.

—¡Buenos días! Pero vosotros… ¿quiénes sois? Supongo que habéis venido por alguna razón importante… ¿El viejo Berenson no os ha dicho que no podéis estar aquí?

—No, señor, Berenson nos ha dicho que a usted le agradaría recordar a su pobre colega, el profesor Hawthorne —mintió Lupin.

Al oír Underwood aquel nombre, sus ojos se encendieron con una luz violenta y se inflamó de rabia y miedo.

—¡¿Hawthorne?! ¿Por qué habláis de Hawthorne? ¡¿Por qué?! Quizá vosotros… quizá… Oh, Dios mío…

Underwood se agarró entonces a los barrotes de hierro forjado y nos miró con los ojos desencajados.

—¡Vosotros sois los mensajeros de Claymore! ¡Él es quien os ha mandado! Pues claro… —dijo, presa de la mayor agitación.

También los ojos de Sherlock se iluminaron.

—¿Claymore? ¿Quién es ese Claymore? —preguntó, acercándose al profesor—. ¿No querrá decir acaso… Horus?

Underwood soltó una carcajada escalofriante.

—¡Horus! Una ocurrencia muy graciosa la tuya… Creéis que estoy loco, ¿verdad? Pero yo leo el periódico que el viejo Berenson compra en el pueblo… Lo leo todos los días, de la primera hasta la última letra, así que lo sé todo… ¡todo! Sé que Claymore ha vuelto… ¡Ha vuelto para traer la muerte! Y vosotros estáis aquí para leerme mi sentencia, ¿es así? O a lo mejor…

Underwood se calló de golpe y abarcó con los ojos el bosque. Unos ojos llenos de terror.

—No… Tal vez él ya esté aquí… Tengo que ir a prepararme. Él ha vuelto… Y ahora yo tengo que explicarle todo… Explicarle que yo no tengo culpa…

Aquellos fueron sus últimos gritos confusos antes de irse corriendo.

—No, profesor… ¡Espere! ¡Solo queremos hablar con usted! —le pidió Sherlock, y se agarró a los barrotes de la verja.

Sin embargo, Underwood se marchó corriendo.

—Probemos a rodear este muro, ¡quizá haya algún modo de

entrar en el jardín y hablar un poco más con él! —sugirió Lupin.

Holmes echó un vistazo a la entrada y luego se volvió hacia mí.

—Probemos —dijo—. Tú, Irene, quédate aquí. Si el criado sale debido al jaleo, ¡entretenlo de algún modo!

No tuve tiempo de protestar. Aquellos dos se fueron a toda prisa pegados al muro, dejándome plantada en aquel lugar siniestro.

Yo, con los ojos fijos en la puerta, deseé que el viejo mayordomo no hubiera oído nada y luego empecé a pensar en la bronca que les echaría a mis amigos cuando volvieran.

Quizá porque tenía ya demasiadas cosas en la cabeza, al oír un ruido de ramitas secas tronchándose a mi espalda, me volví automáticamente, sin pensar.

El corazón me dio un vuelco tan violento que parecía querer salírseme del pecho. En la penumbra de bosque vi un ojo verde clavado en mí.

Un grito salió de mis labios.

—¡Irene! —exclamaron Sherlock y Arsène al unísono detrás de mí.

Me volví hacia ellos. Gracias al cielo, estaban allí, su tentativa de encontrar aún a Underwood debía de haber fracasado. Sin poder articular palabra, alargué el brazo y señalé el bosque.

Pero, al volverme de nuevo, el ojo había desaparecido.

—Yo… yo os juro… —balbucí.

En ese instante, la puerta de Albemarle Court se abrió y vimos aparecer al viejo Berenson con un anticuado fusil en las manos.

—¡Ya basta! ¡Marchaos o si no…! —gritó el mayordomo, con la cara roja de rabia.

Mis amigos y yo no necesitamos oír más. Segundos más tarde corríamos ya a toda velocidad por el camino, dejando el siniestro edificio a nuestra espalda.

Capítulo 13

EL MENSAJE DE LA ESFINGE

«Sugestión» fue la palabra más pronunciada en nuestro viaje de regreso a Londres. Mis amigos me habían escuchado con comprensión y amabilidad cuando les hablé de aquel espantoso ojo que había visto aparecer en la penumbra del bosque que rodeaba Albemarle Court.

Su hipótesis era que se había tratado de un zorro o cualquier otro animal. Yo había precisado que había visto un ojo humano. Y fue en ese punto de nuestra conversación cuando la palabra «sugestión» empezó a abundar en las frases. La aprensión del momento, el lugar, que desde el principio me había parecido tan lúgubre, la aparición inquietante de Elijah Underwood, toda aquella verborrea de los periódicos sobre el ojo de Horus y su maldición…

Con aquellos elementos, mis amigos me ofrecieron una teoría perfectamente plausible de lo que había ocurrido y a mí, al repensarlo, me parecía todo tan loco y frenético que no tuve fuerzas para negar que tuvieran razón.

Lo cierto es que aquella sugestión tuvo mi mente bajo su dominio varias horas. Aquel maldito ojo verde se me aparecía delante cada vez que cerraba los míos y renovaba el miedo que había sentido.

No cogí el sueño, pues, hasta casi el amanecer y cuando Horace llamó a la puerta de mi cuarto, pasadas ya las diez, me sorprendió dormida todavía.

—¿Qué ocurre, Horace? —le pregunté, con la mente ofuscada.

El mayordomo se asomó discretamente a la puerta.

—Siento molestarla, señorita Adler, pero han venido los señoritos Holmes y Lupin… e insisten en que se trata de algo urgente. Espero no haber hecho mal al…

—¡Nada de eso, Horace! —me apresuré a decirle mientras saltaba de la cama—. Ha hecho muy bien. Dígales que estaré con ellos dentro de cinco minutos y pregúntele a la señorita Fowler si puede preparar té fuerte y galletas, gracias.

Cumplí mi palabra. Vertí agua fría de la jarra en la palangana y hundí la cara en ella; luego me vestí con lo primero que se me puso a tiro en el armario y bajé corriendo al piso de abajo.

En cuanto entré en el salón de casa, Sherlock vino a mi encuentro.

—¡Lo tenemos! —anunció. Noté que en sus ojos brillaba una luz especial, la de las grandes ocasiones. Luego, aireando un ejemplar de *The Times*, añadió—: Una mano ignota está a punto de escribir el acto final de este drama, Irene.

En aquel momento, la señorita Fowler nos trajo una tetera humeante y una bandeja con tres tazas y galletas de mantequilla. Le di las gracias y miré a mi amigo a los ojos.

—Parece que tienes algo importante que decirme, Sherlock, pero ¿te molestaría decírmelo sentados, mientras nos bebemos una? —dije, señalando las tazas de porcelana.

Lupin se rio al oír aquello y se repanchingó en un sillón; Holmes y yo lo imitamos inmediatamente después. Serví el té, Sherlock se metió en la boca una galleta y dejó el periódico sobre la mesita.

Estaba abierto por una página concreta, la de los anuncios de los lectores, una larga ristra de mensajes amorosos, anuncios de venta de muebles viejos y otros trastos y ofertas de varias clases. Y luego había un anuncio que me señaló Sherlock y que había marcado con tres redondeles en tinta azul.

El mensaje, de una sola línea, decía: «HCJCIC C HMYBCIKAEM MI GC STHLC YM E. - CLAYMORE».

Los ojos se me salieron de las órbitas y dejé la taza con un movimiento brusco.

—¡Claymore! Pero es…

—¡El nombre que le oímos al pirado de Underwood! —se me adelantó Lupin.

—Así que piensas que… —balbucí dirigiéndome a Sherlock.

—Pienso, ante todo, que te debemos disculpas, Irene —me dijo él para mi sorpresa. Y precisó—: Disculpas por no haber creído que hubieses visto de verdad a alguien en el bosque. Ahora estoy convencido de que no éramos los únicos que merodeaban por Albemarle Court ayer por la tarde —concluyó, indicando el periódico con un ademán de la cabeza.

—¿Crees que el ojo que vi es el de… ese tal Claymore? —le

pregunté desconcertada.

—También a mí me ha parecido raro cuando Sherlock me lo ha dicho —comentó Lupin tras darle un mordisco a una galleta—. Pero luego me he acordado de que Underwood nos dijo que quería prepararse para hablar con ese Claymore, para darle explicaciones…

—Es verdad, yo también lo oí —asentí.

—Por tanto, no tienes más que sumar dos más dos: Claymore oyó lo que oímos nosotros y, al igual que nosotros, fue testigo del temperamento del mayordomo Berenson. Sin duda oyó también a Elijah Underwood cuando nos dijo que lee el periódico todos los días, entero, y sabe que cuando un inglés habla del «periódico» se refiere a *The Times*. Junta todas estas cosas y obtendrás un resultado obvio: nuestro Claymore, para ponerse en contacto con Underwood, se ha valido…

—¡De un anuncio en *The Times*! —completé yo.

—Exacto —confirmó Sherlock, que se metió en la boca otra galleta.

La explicación de Holmes encajaba, pero, pese a ello, aquella historia me parecía incluso más que antes un embrollo de enigmas.

—Sí, pero veamos… ¡¿Quién demonios es ese Claymore?! —solté de un modo nada apropiado en una señorita respetable.

Holmes se rio socarrón.

—Tengo que reconocer que no tengo la menor idea. Es un nombre que no había oído nunca y que no aparece en los apuntes del Lince. Por suerte, solo se trata de un detalle secundario.

—¿Qué? —me maravillé—. ¿Ese Claymore es con mucha probabilidad nuestro asesino y tú dices que no importa saber quién es?

—Digo que no tiene importancia saber o no cosas sobre él, porque pronto lo veremos en persona —precisó Holmes, disfrutando con mi expresión estupefacta.

—No pongas esa cara —intervino Lupin—. Nuestro profesor Holmes está diciendo simplemente que ha descifrado esa diablura de anuncio.

—He tardado un poco, pero al final lo he logrado —confirmó Sherlock.

Meneé la cabeza sin poder creérmelo.

Conocía la habilidad de mi amigo Sherlock para aquellas cosas, pero me parecía imposible que hubiese encontrado un significado en aquella retahíla de letras dispuestas al tuntún.

Holmes sacó entonces del bolsillo de la chaqueta una libreta y un trozo de lápiz y empezó a escribir algo. Era, sencillamente, el alfabeto: ABCDEFGHIJKLMNÑOPQRSTUVWXYZ.

—Para hacer secreto un mensaje solo existen, en esencia, dos técnicas —empezó a explicar Sherlock—. Se pueden desordenar las letras, como en los anagramas… o bien se pueden sustituir por otras distintas. La clave en que está escrito este mensaje pertenece a la segunda categoría y es muy antigua, se dice incluso que la inventó Julio César. Consiste en sustituir todo el alfabeto por otro, desordenado a capricho. Por ejemplo, puedo decidir que la I sea una A, la R una P, la E una O, la N una Y…

Mientras hablaba, Sherlock escribió en su libreta: APOYO.

—De ese modo, quien lee piensa que se encuentra delante de una palabra normal, mientras que en realidad es un término en clave que significa…

—Irene —murmuré yo.

Sonreí, contenta por haber captado cómo funcionaba el sistema.

—Para descifrar la clave, sin embargo, hace falta saber de qué forma se ha sustituido el alfabeto, ¿verdad? —observó Lupin por su parte.

—Eso mismo, amigo mío —asintió Sherlock—. En criptografía se dice que para descifrar un código es necesaria la clave… Y la clave, en este caso, es bastante evidente. —Debió de percatarse entonces de nuestras miradas perplejas, porque se apresuró a explicar—: Se trata de la única palabra no cifrada en el mensaje, es decir, la firma.

—¿La clave es «Claymore», por tanto? —deduje.

Sherlock asintió y escribió en su libreta otro alfabeto, distinto del anterior: CLAYMOREBDFGHIJKNÑPQSTUVWXZ.

—Se pone la clave al principio y luego se sigue con las letras que faltan en orden alfabético. Es un código sencillo, pero bastante eficaz: la C sustituye a la A, la L a la B y así sucesivamente.

Emocionada, cogí la página de *The Times* y volví a leer el mensaje cifrado: «HCJCIC C HMYBCIKAEM MI GC STHLC YM E».

Según el nuevo alfabeto de Sherlock, la C pasaba a ser A, etcétera, así que el mensaje decía que

«m… a… ñ… a…»

.

Al principio el jueguecito me divirtió, pero pronto me alegró que Holmes me enseñara el mensaje ya descifrado en otra hoja de su cuaderno. «Mañana a medianoche en la tumba de H. - Claymore», leí.

Alzando los ojos de la libreta, observé la cara de Sherlock. Parecía resplandecer desde dentro como una linterna china, tenía la impresión de poder ver, literalmente, su felicidad y la pura satisfacción intelectual que sentía por haber resuelto el enigma.

Como había ocurrido otras muchas veces, no pude por menos que sentir admiración por su formidable mente.

—«H» es, sin duda, la inicial de Hawthorne, supongo —intervino entonces Lupin.

Sherlock asintió y añadió:

—Bien, ¿estamos todos de acuerdo? ¡Estad listos mañana por la noche! ¡Tenemos que conocer por fin a ese enigmático señor Claymore!

En ese momento se me pasó por la cabeza la idea de que podíamos llevar el mensaje descifrado por Sherlock a Scotland Yard y explicarles su importancia. Pero no fue más que un instante. Ya habíamos sufrido la humillante experiencia de ser puestos de patitas en la calle después de que nos consideraran tres chiquillos tontos con demasiada fantasía. Tendríamos que correr riesgos considerables otra vez, pues, para llevar la investigación hasta el final. Pero mis amigos Arsène y Sherlock estarían siempre a mi lado.

Antes de despedirnos hablamos sobre lo que hacer y yo me empeñé no poco en que fuéramos bien preparados a aquel peligroso encuentro.

Al final, el resultado me pareció satisfactorio: Sherlock llevaría consigo la pistola de su hermano Mycroft y la tendría cargada y lista en caso de necesidad. Además, nos esconderíamos bien y en ningún caso intervendríamos, sino que nos limitaríamos a observar la escena y el posible encuentro entre Underwood y el asesino.

Por último, convencí a Sherlock y a Arsène de que le contáramos todo al señor Nelson. Sabía que el mayordomo aceptaría unirse a la incursión, aunque solo fuera para protegerme.

De hecho, Horace aceptó. Después de expresar con absoluta sinceridad sus comprensibles reparos, claro, pero aceptó.

Y así, a la noche siguiente, tras un día dedicado a estudiar y practicar el canto (¡como si así pudiera «merecerme» la correría nocturna que tenía planeada!), Horace me anunció que un vehículo nos esperaba. Pasamos a recoger a mis amigos, que habían cenado en casa de Arsène, y fuimos de nuevo al cementerio de Kensal Green.

Por precaución, habíamos decidido llegar con antelación al lugar, a las once, pero de todos modos era ya plena noche y las verjas cerradas y oscuras del cementerio habrían hecho desistir a cualquiera de introducirse en él.

—Esta es la última oportunidad de dar media vuelta y regresar a casa, como haría toda persona razonable —dijo Horace con expresión grave.

Estoy convencida de que el mayordomo sabía muy bien lo poco razonables que éramos nosotros tres…, pero la respuesta que Lupin le dio aclaró el concepto otra vez:

—Lo lamento, señor Nelson, pero, llegados a este punto, no podemos dar marcha atrás… ¡tenemos que pillar al asesino!

Y, para hacerlo, había que escalar la altísima tapia que cercaba el cementerio.

Como siempre que se trataba de acrobacias, aquella parte del plan le tocó a Arsène Lupin.

Mi amigo, que para la ocasión se había vestido de oscuro con un viejo gabán de trabajo que no estorbaba sus movimientos, se quitó los zapatos y empezó a cerrar y a abrir los dedos del pie al aire frío de la noche. Luego, cuando estuvo listo, Sherlock le pasó una cuerda, que él se puso en bandolera.

—Hasta dentro de poco, amigos —susurró, con una sonrisa de estar divirtiéndose propia de un perfecto irresponsable.

Y, sin añadir más, se pegó a la pared como una lagartija. Encontrando asideros para nosotros invisibles en los bordes de los ladrillos, empezó a subir muy deprisa. En la parte superior, la tapia estaba reforzada con una doble hilera de pinchos, pero Lupin se deslizó entre ellos con la gracia de un bailarín, se paró de pie en lo más alto y nos hizo el signo de la victoria con los dedos. Luego nos tiró la cuerda.

Sherlock trepó el primero, luego me tocó a mí, e inmediatamente detrás Horace, como haciéndome de sostén en caso de que perdiera el agarre.

Para aquella aventura me había puesto un cómodo traje de *tweed*, pero la cuerda resbalaba y llegar hasta arriba fue más difícil de lo previsto.

Bajamos gracias a otra cuerda que Lupin había tendido entre la tapia y un árbol del cementerio y pocos minutos después caminábamos ya en la oscuridad, entre tumbas silenciosas que parecían reprocharnos aquella intrusión que perturbaba un larguísimo sueño.

De los momentos pasados en el cementerio de Kensal Green recuerdo el miedo, los respingos a cada ratón que corría por la hierba y a cada ave nocturna que lanzaba al aire su lúgubre canto.

Y recuerdo a mis mejores amigos: a Sherlock callado, agazapado en la oscuridad, y a Arsène, en cambio, susurrándome al oído bromas bobas para hacerme reír y aliviar un poco la inquietud.

Bancos de bruma azulada, mientras, habían empezado a flotar sobre las veredas y las filas irregulares de lápidas iluminadas por la luz de la luna.

Mis amigos y yo nos habíamos apostado a cierta distancia de la tumba de Hawthorne, detrás de una gran capilla privada coronada con un deteriorado ángel de mármol que parecía querer alzar el vuelo hacia aquella luna espectral.

Había visto a Sherlock coger la pistola del abrigo y amartillarla. Horace había notado su movimiento y había hecho un único gesto para apoderarse del arma, pero él también la tuvo lista para disparar, con el dedo apoyado en el gatillo.

Permanecimos así, en espera; marcaba el tiempo el tictac apagado del reloj de bolsillo de Sherlock. Se hicieron las once y media, luego las doce menos cuarto y, cuando el reloj marcó la medianoche, estaba tan nerviosa que bastó que una brizna de hierba me rozara el tobillo para que me sobresaltara y a punto estuve de ponerme a gritar como una niña.

Pero la medianoche pasó y no vino nadie.

Decidimos esperar más, con las piernas que nos dolían ya por la inmovilidad forzosa y los minutos haciéndosenos tan largos como horas. Sherlock, petrificado, no podía despegar los ojos de las

manillas.

No llegó nadie.

Al fin, cuando ya era casi la una y media, Horace me tocó en el hombro y me dijo:

—Regresemos, señorita Irene.

Tenía razón; lo que tendría que haber ocurrido aquella noche no ocurrió y probablemente ya no ocurriría.

Nos alejamos de Kensal Green a toda prisa. Horace había pagado a un cochero para que nos esperara, así que montamos en el carruaje y nos dirigimos a Aldford Street.

Después de un trayecto silencioso, delante de mi casa nos despedimos dándonos las buenas noches. Todos menos Sherlock, tan absorto en sus pensamientos que parecía incapaz de articular incluso una sílaba.

Al día siguiente me desperté más tarde de lo habitual y, cuando llegué al comedor para el desayuno, encontré ya un ejemplar de *The Times* sobre la mesa, cerca de la jarra de porcelana con la leche.

Un título en el faldón inferior, en la primera página, atrajo inmediatamente mi atención: «DESAPARECIDO EL HIJO DE RICHARD UNDERWOOD». Justo debajo, el artículo contaba: «*El profesor Elijah Underwood, desde hacía tiempo retirado en el campo por problemas de salud, desapareció en la mañana de ayer durante su paseo de costumbre. Pese a la búsqueda y a la colaboración del mayordomo que lo cuidaba desde hacía años, por ahora no se ha encontrado rastro del profesor*».

Capítulo 14

UNA EXCURSIÓN (NO MUY) CULTURAL

Todavía hoy, al recordarlo, no puedo ni imaginar lo que tuvo que costarle. Me refiero a mi amigo Sherlock y a lo que debió de luchar contra su propio orgullo para pedirle ayuda a su hermano Mycroft. Yo siempre había intuido, de hecho, que el solo nombre de aquel hermano mayor, brillante y destinado a una espléndida carrera en los campos de la política y la diplomacia, era suficiente para sacar de sus casillas a mi amigo. Bromitas, encogimiento de hombros y pequeñas muecas de impaciencia eran las reacciones normales de Sherlock cuando se hablaba de Mycroft.

En cualquier caso, tratándose de los hermanos Holmes, el plan fue sin duda bien estudiado: Mycroft fingió que me invitaba oficialmente a una pequeña fiesta en Oxford para celebrar la obtención de un doctorado en el prestigioso Brasenose College. Con más sagacidad aún, Mycroft Holmes fingió que me había invitado hacía mucho tiempo, pero, como había mandado la invitación a unas señas equivocadas, se había visto obligado a notificarme de nuevo la invitación tan cerca de la fecha de la fiesta. Así podríamos dedicarnos a indagar en el archivo del *college*, indagación que, según Sherlock, sería decisiva para la resolución del misterio de los delitos de Horus.

Mi padre, de vuelta de su viaje de trabajo, me concedió permiso de buen grado. La idea de que tuviera ocasión de respirar la atmósfera de los mejores *colleges* de Oxford, quedando fascinada quizá por el ambiente elitista de la ciudad universitaria, no le desagradaba nada.

—Irene —me susurró antes de abrir su abrazo—, cuando vuelvas quisiera hablarte de una cuestión importante…

Noté un matiz dubitativo en su cara y le pregunté:

—¿Qué sucede, papá? ¿Hay algo que te preocupa?

—No, no, al contrario. Pienso que… en fin, que es una buena noticia. Es más, estoy seguro —terminó de decir con convicción.

Le besé y le prometí que a mi vuelta sería toda oídos.

Después de lo cual corrí a la calle, donde el carruaje con Mycroft y mis amigos esperaba ya para llevarnos a la estación Victoria.

Desde la escalerita de delante de la entrada de casa, el señor Nelson, perfectamente al tanto del propósito real de aquel breve viaje, estaba dejando las cosas claras con el hermano de Holmes.

Vi que se acercaba a Mycroft y por un momento pensé que quería agarrarlo por las solapas del abrigo. La mole imponente del mayordomo parecía aún más amenazadora que de costumbre en comparación con la del hermano mayor de Sherlock Holmes, alto y delgaducho.

—Señor Holmes, dejo en sus manos a la señorita Irene —le dijo Horace con respetuosa firmeza—. Le ruego que no permita que se ponga en peligro, por voluntad propia o de sus amigos. Últimamente le ocurre demasiado a menudo —dijo para acabar, lanzándome una mirada que valió más que mil consejos.

—Cuidaré de que ninguno se meta en líos, no lo dude —lo tranquilizó Mycroft con el tono de un actor obligado a decir los diálogos de una obra que no aprecia—. Y traeré a los tres chicos de vuelta a Londres mañana por la mañana.

En aquel momento puede observar a Mycroft. Cierta semejanza con Sherlock sí había, pero lo que más me impresionaba eran las diferencias. Diferencias que, no obstante, me sería difícil describir como no sea así: si Sherlock era un mar tormentoso, Mycroft era un plácido lago de aguas en calma. En sus ojos, como en los de su hermano, había el sutil brillo de la inteligencia, pero era como si en Mycroft Holmes aquella inteligencia implicara solamente un aburrido distanciamiento respecto a un mundo que a él debía de parecerle obvio y previsible.

Oxford estaba a poco más de dos horas de tren de Londres y durante el viaje no hablamos gran cosa, entre otras razones porque la gélida presencia de Mycroft (que parecía habernos tomado en consigna como si fuéramos simples maletas) desanimaba a mostrar toda forma de alegría. Estuvimos, más que nada, contemplando el atardecer que se adueñaba de la campiña inglesa, en la que las sombras se iban haciendo cada vez más largas hasta transformarse, sencillamente, en oscuridad.

Al llegar a la estación de Oxford fuimos rápidamente hasta un coche de caballos y atravesamos la pequeña ciudad; viendo pasar

por la ventanilla sus antiguos edificios de piedra, me pareció casi un lugar mágico en el que el tiempo transcurriera de una manera más lenta y misteriosa.

Por indicación de Mycroft, el carruaje se detuvo delante de un pub con un letrero descolorido en el que se leía su nombre, THE BEAR.

—Me parece una buena idea tomar un bocado aquí —nos aclaró el hermano de Sherlock después de bostezar—. Así luego podré dejaros a vuestros… deleites.

Estaba claro que para Mycroft nosotros no éramos más que un incordio y que prefería pasar su tiempo de otra manera. Me pregunté, pues, por qué había aceptado ayudarnos en nuestras indagaciones.

El pub estaba atestado de profesores y estudiantes con capas negras y uniformes de sus respectivos *colleges*. Había ruido de conversaciones solapadas, risas y discusiones encendidas, y mientras alcanzábamos la mesa de un rincón (como si Mycroft quisiera escondernos todo lo posible), oí sin querer retazos de conversaciones sobre matemáticas, astronomía o literatura latina.

Engullimos deprisa un plato de salchichas y un vaso de sidra y salimos. Sin decir una palabra, Mycroft nos guio por las calles ahora silenciosas de Oxford hasta llegar a un majestuoso edificio rematado con una gran cúpula.

—Esta es la entrada principal del viejo Brasenose —anunció Mycroft—. Desafortunadamente, a esta hora ya está cerrado y, en teoría, nadie está autorizado a entrar o a salir. Hay, no obstante, una entrada secundaria, si puede denominarse así, que los estudiantes llaman «el pasaje del viejo Jerome».

Después de aquellas palabras, Mycroft echó a andar de nuevo y mis amigos y yo lo seguimos. Nos alejamos del camino y, a la luz de la luna, bordeamos la tapia del *college* hasta donde terminaba. Torcimos por un sendero paralelo a una iglesia rodeada por un pequeño cementerio. Nos movimos entre las lápidas hasta llegar a una que estaba casi adosada a la tapia del Brasenose College. La luz lunar era lo bastante intensa para que pudiéramos leer en la piedra el nombre Jerome Cottingley. Junto a la tumba del señor Cottingley crecía un gran roble, justo al lado del muro que separaba el cementerio del jardín del *college*, de tal manera que las ramas del

árbol sobrepasaban la tapia y caían en la otra parte, cerca del tejado de un ala del edificio.

—Aquí está —anunció Mycroft—. Sherlock me ha dicho que todos sois duchos en el arte de la escalada. De todos modos, se trata de una escalada muy fácil, yo mismo la he hecho varias veces. Solo hay que subirse al árbol, desde él llegar al tejado, recorrerlo entero y saltar a una escalerita de piedra. Os encontraréis en los dormitorios de los estudiantes. Desde ahí…

—Desde ahí seguiremos el mapa que nos has dibujado, gracias —atajó Sherlock.

—Muy bien —asintió Mycroft—. Solo tres cosas más: primera, si os dejáis atrapar, yo diré, evidentemente, que no sabía que estuvieseis en Oxford y que todo ha sido idea vuestra; segunda, con este alegre paseo nocturno de sabor medieval, Sherlock, tú y yo estamos en paz; y tercera, buena suerte, sea lo que sea lo que buscáis ahí dentro.

Con esas palabras, Mycroft sacó del abrigo una gran llave de hierro y se la dio a Sherlock, que se la guardó con rapidez.

—Muy bien, entonces buena velada y hasta luego —se despidió Mycroft, que, tras hacerme una pequeña reverencia, dio media vuelta y se alejó a paso tranquilo entre las lápidas del pequeño cementerio.

No teníamos tiempo que perder, así que Lupin se puso inmediatamente a estudiar el «pasaje de Jerome».

—Mycroft tiene razón. Es un juego de niños, ¡fijaos! —Se subió a una piedra que sobresalía del muro y dio un salto para agarrar una rama del roble. Desde ella se izó con facilidad al árbol y trepó hasta la gran rama que pasaba sobre el muro y terminaba en el jardín del Brasenose College.

Sherlock y yo no ejecutamos la escalada con idéntica agilidad, pero nos las arreglamos y, siguiendo el camino que nos había indicado Mycroft, nos deslizamos hasta el tejado de pizarra del edificio, gozando por un instante de una mágica vista de los antiguos *colleges* de Oxford, azules e inamovibles bajo la luz de la luna. Salimos así a un caminito de piedra que comunicaba dos alas del edificio y llegamos frente a una pequeña puerta.

—Bien, ya estamos aquí —se felicitó Lupin, susurrando en la oscuridad. Y añadió dirigiéndose a Sherlock—: Pero ¿no crees que

ahora deberías explicarnos mejor qué hacemos en este sitio?

—Es sencillo. El Brasenose College es un lugar crucial en toda esta historia: el profesor Hawthorne, Ottemans, Rountree y Underwood estudiaron aquí y aquí dieron los primeros pasos de su carrera académica con su viaje a Karnak. Y no solo eso, puesto que, según lo que escribió el Lince en sus apuntes, si bien el dinero llegaba del viejo Rountree, la expedición estaba administrada de forma oficial precisamente por este *college*.

—¡Ah! —dijo Arsène—. Entonces piensas encontrar aquí dentro un montón de papelajos interesantes…

Sherlock sacó la llave del abrigo.

—Exacto, y esta llave abre los archivos del *college*, con todos los registros de los últimos veinte años.

No resistí más y le pregunté:

—Pero ¿cómo diablos lo has hecho para convencer a Mycroft de…?

—Mi hermano estudia aquí —me cortó Sherlock—. Y me debía un favor. ¿Recordáis que, en el funeral de Hawthorne, no os acompañé en el carruaje porque tenía algo que hacer? Mycroft me había pedido que le descifrase unos telegramas en clave que contenían información reservada sobre no sé quién diantres de embajador o viceministro… Por supuesto, podría haberlo hecho él, pero eran demasiados, así que me pidió que le echara una mano. Los favores siempre hay que devolverlos y por eso… aquí estamos.

Ahora estaba todo claro y solo nos quedaba colarnos en los dormitorios. Tuvimos que escondernos deprisa en las sombras de un estrecho pasillo para dejar pasar a unos estudiantes que volvían de la biblioteca con libros bajo el brazo.

Esperamos a que se alejaran y avanzamos de nuevo a pasitos cortos, atentos a cualquier ruido, prefiriendo las sombras y la oscuridad a la luz floja de las lámparas de gas. El mapa que Sherlock llevaba consigo nos guio hasta uno de los claustros del *college*.

Mi amigo Arsène forzó la puerta de madera maciza del gran edificio que albergaba la administración y entonces nos sentimos seguros, porque allí dentro todo estaba oscuro y silencioso.

Sherlock encendió la pequeña linterna de petróleo que llevaba en uno de los bolsillos del abrigo y juntos alcanzamos por fin los

sótanos del edificio. Los archivos.

Se trataba de un espacio inmenso y polvoriento en que las paredes parecían hechas de papel, carpetas y carpetas que contenían cartillas de notas, apuntes, registros, balances, libros mayores. Todo estaba ordenado por años y meses, así que fue fácil localizar lo que estábamos buscando: el registro donde el administrador del *college* había anotado los gastos relativos a la expedición a Karnak dirigida por el profesor Hawthorne.

A la luz de la linterna, nos concentramos en largos elencos, fechas, columnas de cifras y listados del equipamiento.

—¡Eh, mirad esto! —dijo al rato Arsène.

Nos señaló un documento cuyo encabezamiento decía: «PARTICIPANTES EN LA EXPEDICIÓN».

Bajo los nombres que a aquellas alturas conocíamos bien, leímos uno totalmente nuevo: Michael Sword.

—¿Y quién será este? —preguntó Arsène—. No lo he oído nunca.

—Ni yo —murmuró Sherlock—. Tampoco aparece en los apuntes del Lince. Por lo que dice aquí, era un «investigador ayudante», o sea, un estudiante de arqueología que ayudaba a Hawthorne.

Nos observamos los tres en la penumbra. En alguna parte, un ratón corría sobre las piedras frías del suelo y producía un ruido agudo y algo siniestro.

Y estaba, además, aquel recién llegado, Michael Sword. Indudablemente, una importante pista que seguir.

Corrí a buscar en los archivos que contenían la información sobre los estudiantes y tardé por lo menos una hora en dar con el expediente de Michael Sword.

En la época de la expedición a Karnak tenía veintiún años, sacaba notas excelentes en todas las asignaturas y una carta personal de recomendación en la que Hawthorne lo elogiaba y decía que era uno de sus mejores estudiantes y una promesa para el futuro de la arqueología.

Sherlock se puso a hojear el expediente con su afilada nariz casi tocando las líneas de tinta desvaída.

—Interesante —comentó—. Según parece, este Sword era huérfano. Había nacido en 1831 en Dundee, en Escocia, en una

familia muy humilde, perdió a ambos progenitores cuando era pequeño en una explosión en una mina de carbón. Había entrado en el *college* con una beca, ningún familiar. Y, sobre todo, leed esto…

Holmes alargó una mano y señaló dos líneas al final de la página. Eran del año 1853 y decían: «*El señor Michael Sword, en rebeldía, en la fecha de hoy es sometido a un procedimiento de expulsión por no haber completado los exámenes prescritos en su curso y exigidos por la beca de la que es beneficiario*».

—Expulsado en rebeldía —murmuré—. Significa que Sword no estaba presente cuando le notificaron que ya no era estudiante del *college*.

—Pero ¿por qué expulsar a uno de los mejores estudiantes? —preguntó Arsène.

—1853 fue el año en que Hawthorne y los demás volvieron de la expedición a Karnak —observó Sherlock.

Seguimos buscando más rastros de Michael Sword en los registros de clase, rastros que fueran posteriores a 1853 o que al menos pudieran explicar su desaparición. Pero no hubo nada que hacer: su nombre no aparecía en ninguno de los registros posteriores, ni siquiera una alusión; era como si simplemente se hubiera esfumado en el aire.

En aquel momento, en mi mente centelleó un recuerdo.

—Eh —susurré—, ¿os acordáis de lo que nos contó el Lince? No dio ningún nombre, pero nos dijo que en la expedición iba también un estudiante que murió en el desierto. Solo puede ser este Michael Sword, ¿no creéis?

Mi suposición flotó entre nosotros con la forma curva de un signo de interrogación. O de un gancho listo para aferrarnos.

Capítulo 15

UNA ESPECIE DE ILUMINACIÓN

Salimos de las oficinas del Brasenose College poco más tarde de las dos de la madrugada. Rehicimos en sentido inverso el «pasaje de Jerome» y nos adentramos velozmente en la oscuridad para recorrer las calles desiertas de la ciudad. Una capa de nubes se había concentrado en el cielo y tapaba la luna, y del norte soplaba un viento fuerte que anunciaba nieve.

Caminamos a buen ritmo durante veinte minutos y llegamos a una casita en una calle tranquila. Sherlock nos condujo hasta el jardín de atrás, donde encendió y apagó tres veces su pequeña linterna de petróleo, claramente una señal acordada con su hermano.

En efecto, un par de minutos después vimos abrirse la puertecita en la parte trasera de la casa. Por ella salió la figura de Mycroft con un libro en las manos. El mayor de los hermanos Holmes se acercó con un dedo sobre los labios para indicarnos que no hiciéramos ruido.

Nosotros lo seguimos de puntillas hasta la puerta y después a su habitación.

—Os agradecería que guardarais silencio. Creo que a la casera, la señora Pimms, no le gustaría esta invasión nocturna —susurró Mycroft con su habitual manera acompasada—. Por lo demás, tenéis poco más de cuatro horas para dormir… A las 7.09 tenemos que estar en el expreso de Londres. Buenas noches.

No puedo decir que aquel anuncio me resultara muy simpático, pero estaba agotada y el poder acurrucarme en un sofá y descansar un poco era todo lo que pedía. En favor del hermano mayor de Sherlock hay que decir que había puesto en la chimenea un gran tronco y la tibieza de la habitación hizo que me adormilara al cabo de unos minutos.

El despertar al alba no fue agradable, pero la idea de que también aquella correría a Oxford llegara a su final sin que nada se hubiera torcido me reconfortó lo bastante para que olvidara el

cansancio.

A las órdenes de un Mycroft con un ojo siempre puesto en su reloj de bolsillo, llegamos a la estación ferroviaria con una antelación prudente. El tren de las 7.09 salió a su hora y, como a la ida, nos encerramos en un compartimento y vimos pasar la campiña inglesa por la ventanilla.

Aquella vez, no obstante, estábamos tan anonadados por la sensación de que la historia de los delitos de Horus estaba volviéndose crecientemente una maraña de misterios entrelazados los unos con los otros que, sin prestar atención a Mycroft y su libro, dimos rienda suelta a nuestras reflexiones.

—No sé vosotros, pero, cuando pruebo a juntar todas las piezas de este asunto, primero me da dolor de cabeza y luego no acierto a sacar nada en claro —confesó Lupin.

Yo suspiré. No pensaba de una manera muy distinta a la suya.

—Parece un drama mal escrito —comenté— en el que no paran de aparecer personajes nuevos que no tienen ningún papel en la historia… Primero el misterioso Claymore y ahora Michael Sword.

Al oír mis palabras, Mycroft frunció el ceño un instante y levantó los ojos de su libro, pero después de menear levemente la cabeza se sumergió de nuevo en la lectura.

—Quizá Claymore solo existe en la mente enajenada de Underwood —sugirió entonces Lupin.

—¿Y el mensaje en *The Times* firmado por él? —objeté.

—Podría muy bien haberlo escrito él mismo. ¡No olvidemos que a ese pobrecillo le faltan unos cuantos tornillos! —replicó Arsène.

Me apoyé contra el cristal helado de mi lado. Teniendo en cuenta la cita fallida en Kensal Green, aquella hipótesis no había que descartarla.

—En cuanto a Michael Sword, al menos con él no hay ningún misterio. El pobre murió muy joven en aquella maldita expedición —consideré.

—Ya… —intervino Sherlock—. No hay duda de que Sword era el estudiante del que hablaba el Lince.

Resultaba claro, sin embargo, que algo le rondaba por la cabeza a Sherlock al respecto. Lo vi cerrar los ojos y reflexionar intensamente.

—No lo sé… —siguió diciendo luego—. He tenido la impresión

de que en el archivo del Brasenose habían sustraído mucha información sobre Sword, como si quisieran reducir al mínimo los rastros de su existencia. Para resolver el misterio tendremos que averiguar qué sucedió de verdad en aquella fatídica expedición a Karnak… Pero solo hay una persona que nos puede informar, Elijah Underwood.

—¡Pues estamos listos, un chiflado que solo el cielo sabrá dónde se ha metido! —dijo Arsène con un suspiro.

Sherlock se dio entonces una palmada en el muslo.

—¡Maldición! —imprecó—. Lo que me vuelve loco de esta historia son las piezas que no coinciden… Claymore, mencionado por Underwood y luego reaparecido en la firma de ese anuncio, pero sin que esté relacionado con nada más. ¡Y luego está Horus! Los delitos de Hawthorne y Ottemans fueron firmados con el símbolo que representa a esa divinidad egipcia, pero, una vez más, ¡no hay forma de relacionar a Horus ni con la expedición ni con ninguno de sus protagonistas!

Después de hacer de viva voz aquellas consideraciones llenas de frustración, Sherlock se encerró en un sombrío silencio.

Nunca, a lo largo de todas las intrincadas investigaciones que habíamos afrontado juntos, lo había visto tan rabioso y atormentado.

Para bien de Mycroft y de la lectura de su libro, en adelante nuestro compartimento estuvo en silencio.

Gracias a la salida matutina que nos había impuesto Mycroft, llegamos a Londres bastante temprano y yo puse el pie en casa justo a la hora del desayuno, cuando la señorita Fowler estaba sirviéndole a mi padre huevos con tocino y tomates fritos.

Me paré en la puerta solo un instante para hacerles a mis amigos un gesto de adiós apresurado y prometerles que nos veríamos por la tarde en la Shackleton Coffee House.

—¿La señorita se ha divertido en Oxford? —me preguntó Horace con una sonrisita impenetrable mientras me ayudaba a quitarme el abrigo—. Tiene aspecto de cansada…

—He dormido muy bien, gracias —murmuré—. Solo que no mucho. La fiesta terminó pronto, pero yo estaba tan emocionada que no me quedé dormida hasta muy tarde —respondí, imaginando una frase cualquiera de las que habría dicho una señorita como es

debido en aquellas circunstancias.

En el comedor, mi padre me sonrió y dejó de leer su querido *The Times* para hablar un poco conmigo. Me preguntó si Oxford me había parecido tan hermoso como decía todo el mundo y charlamos de esto y de lo otro, como a menudo nos gustaba hacer en la mesa. Mientras hablábamos, me había puesto a hojear distraídamente el periódico y, más por casualidad que por intención propia, me detuve en la página de los anuncios. Como si quisiera imitar a Sherlock, leí aquellos breves mensajes entre amantes o compañeros de trabajo, las ofertas de venta de objetos curiosos, los tristes avisos de negocios arruinados o de fallecimientos repentinos. La página de los anuncios de *The Times* era, en efecto, una mina de información, curiosidades y pequeños enigmas, y mientras mi padre continuaba hablándome (no sé siquiera de qué) mis ojos pasaban de un renglón a otro sin leer de verdad.

Después, atraída por algo insólito, paré y por un momento tragué el té pensando que quizá lo poco que había dormido me estaba jugando una mala pasada.

—¿Me escuchas, Irene? —me preguntó mi padre.

No respondí.

Abajo, casi al final de la página, aparecía este mensaje:

> «SMMPSQ PMFCL MY C122 KPMHTI GMY KSIMHCSPCNC GM KZMNHM KYKS MYIKY BGGC PMAMYPCSC GC QKIKHMPSIKAIM KYCQCN GM QCPSC PCDMY MY YCYBITSPKNK CABIT CG QM CSQM MSQBIBU KI X MPMNQM MS MEAKI CPSK CG KPMN YCYPMU CG C CNCAQM MBYCI MTÑ MSQCJMQIM MH TS KRBHC MHCGG KNHMBS KPSK IM MTÑ GC BGM. - CLAYMORE».

La última palabra brilló ante mis ojos como si estuviera escrita con fuego. Claymore. ¡Aquel nombre volvía a aparecer, pues! ¿Era Claymore nuestro asesino? ¿O solo era un nombre tras el cual se ocultaba el profesor Underwood? ¿O era otra distinta la solución de aquella interminable charada, que era lo que para entonces me parecía ya el misterio de Horus? No lo sabía, pero sabía que descifrar aquel mensaje era de vital importancia.

Sentí una pequeña punzada. Era el sentimiento de culpa, pues pensaba que Leopold quizá mereciera una hija más sincera y devota, pero en aquel momento no podía hacer nada para mejorar las cosas. Sabía que mi padre deseaba decirme algo, pero ¡seguro

que no podía tener prioridad sobre un asesino todavía suelto!

—¡Perdona, papá, prometo que dentro de un par de horas tendrás toda mi atención, te lo prometo! —exclamé.

Me levanté de la silla, le di a Leopold un beso y le dije que me había dado cuenta de que había olvidado hacer unos deberes importantes que me había mandado la señora Symonds.

—¡Está bien, pequeña! No es nada urgente, ve… —me dijo mi padre con una sonrisa, y se dirigió a la chimenea para vaciar la pipa.

Aproveché ese instante para sustraer la página de los anuncios del periódico y después corrí a mi cuarto.

Sentada al escritorio, cogí un cuaderno y arranqué una hoja. En la primera línea escribí el alfabeto normal: ABCDEFGHIJKLMNÑOPQRSTUVWXYZ.

En la segunda, el alfabeto para el descifrado que empezaba por la palabra clave «Claymore»: CLAYMOREBDFGHIJKNÑPQSTUVWXZ.

Exactamente como había visto hacer a mi amigo Sherlock cuando había descifrado el primer mensaje en clave.

Después, con el anuncio de *The Times* ante mis ojos, empecé a sustituir cada letra en código por la correspondiente letra «normal» hasta obtener este texto: «Teerts rekab ed a122 oremun led otnematrapa le ozepme odot ednod illa recedrata la sonomertnocne odasap le sarta rajed ed dadinutropo acinu al se atse etsiniv on y erepse et ehcon arto al orep dadrev al a apacse eidan euq etsañesne em ut ogima emall opmeit orto ne euq la ile».

¿En qué me había equivocado? Sin embargo, ¡había aplicado al pie de la letra el método que me había enseñado Sherlock! ¿Acaso Claymore había decidido complicar las cosas y había escrito el mensaje en alguna recóndita lengua extranjera? Mis ojos empezaron a recorrer la hoja en un sentido y en otro, como si de aquel modo pudiera encontrar respuesta a mis dudas. Estaba a punto de dejarme vencer por la frustración y agarré la hoja para romperla en mil pedazos cuando mis ojos, al deslizarse por las letras de derecha a izquierda, notaron algo.

Las primeras palabras, leídas al revés, ¿no se convertían en «Baker Street», el nombre de una calle de Londres? ¡Así era! Pensé que quizá aquel mensaje había que leerlo entero al revés.

Me bastó entonces con empezar por el final, ir dándoles la vuelta

a las palabras y añadir unos signos de puntuación para obtener el verdadero mensaje, que me dejó boquiabierta. De hecho, decía:

«Eli, al que en otro tiempo llamé amigo, tú me enseñaste que nadie escapa a la verdad. Pero la otra noche te esperé y no viniste. Esta es la única oportunidad de dejar atrás el pasado. Encontrémonos al atardecer allí donde todo empezó, el apartamento del número 221A de Baker Street».

Con el mensaje que acababa de garabatear deprisa apretado en el puño, me puse en pie de un brinco y tiré la silla al suelo. Al oír el alboroto, el señor Nelson acudió y, temiendo tal vez que me hubiera ocurrido algo, me preguntó desde el otro lado de la puerta:

—¿Está bien, señorita?

—Estoy bien… ¡muy bien, Horace! —dije exultante, y fui a abrir la puerta con el corazón latiéndome acelerado—. Acabo de descubrir algo… ¡Algo realmente importante!

—Por lo que parece, es el día de las cosas importantes —comentó el mayordomo con una sonrisa—. De hecho, el señorito Holmes está en la puerta, presa de un gran nerviosismo… una vez más —añadió, subrayando aquellas últimas palabras.

«¡Cómo no, Sherlock!», pensé. Si yo había logrado descifrar el mensaje, él debía de conocer su significado desde hacía rato…

Le di las gracias a Horace y corrí escaleras abajo. Mi amigo estaba en el recibidor y, al verme llegar, me recibió con una de esas intensas y relampagueantes miradas que lo hacían tan diferente de su hermano.

—Irene… —musitó.

Yo me acerqué y después de respirar hondo, le dije:

—Lo sé… ¡El 221A de Baker Street!

Para gran sorpresa mía, Sherlock me miró sin entender a qué me refería.

—¿Baker Street? ¿Qué ocurre en Baker Street? No comprendo… Pero hay un hecho de enorme importancia que he… que Mycroft ha descubierto —se corrigió, por mucho que le costara aquella sinceridad—. Sword y Claymore… ¡son la misma persona! —exclamó mirándome a los ojos.

—¿Qué…? ¡¿Qué?! —me sobresalté yo.

—Mycroft me ha contado que, mientras nosotros hablábamos en el tren de vuelta a Londres, hubo algo que lo impresionó, pero no

sabía el qué. Después, de repente, se acordó. Era la similitud de esos apellidos, Sword y Claymore. Parece ser que esta última es una palabra que deriva de un antiguo término celta y denominaba las espadas de los highlanders de Escocia. Espada, es decir, *sword*, Claymore. Sword era escocés y Underwood es un maniático de las lenguas antiguas. Claymore no es más que el apodo que le puso a Sword cuando eran jóvenes.

Me llevé una mano a la boca. Me había quedado muda.

—Pero… pero eso… solo puede significar que… —tartamudeé.

—Que Sword no está muerto —se me adelantó Holmes—. ¡Está vivísimo y ha planeado una diabólica venganza ocultándose detrás del símbolo de Horus!

Capítulo 16

UNA HISTORIA TERRIBLE

Le enseñé entonces a Holmes el anuncio con la firma de Claymore en *The Times* y la hoja en que lo había descifrado y mi amigo entendió por fin qué era lo que quería decirle antes. Encerrados en la sala de música, hablando en voz baja, con los ojos de ambos brillando de emoción, intentamos hilar aquella historia en la que por fin cada elemento parecía encontrar su sitio.

—¡Suerte que la otra noche nos quedamos bien escondidos en el cementerio de Kensal Green! —comentó Sherlock—. Así ahora tenemos una segunda oportunidad de atrapar al asesino.

No entendí del todo lo que quería decir.

—Sí… Nos escondimos tan bien que al final me dio la impresión de no tener piernas —añadí—. Pero ¿qué tiene que ver con una segunda oportunidad?

—En su mensaje, Sword afirma que esperó a Eli, es decir, a Elijah Underwood, pero que no llegó, y podemos confirmarlo, porque nosotros también estábamos allí. Eso nos dice que Sword estaba en Kensal Green, vaya que si estaba, escondido en algún rincón oscuro, igual que nosotros. Gracias al cielo, no nos vio —me explicó Holmes.

—¿Y tú cómo estás tan seguro? —insistí.

—Reflexiona —me pidió Holmes—. Si nos hubiese visto, nos habría reconocido. Nos habíamos cruzado ya con él en Albemarle Court…

—¡Sí, aquel maldito ojo que por poco me causa un patatús!

—Exacto. Pero fue un encuentro puramente fortuito. Si, en cambio, Sword nos hubiese visto en Kensal Green, habría comprendido que habíamos leído y descifrado su primer anuncio en *The Times* y, en tal caso, se habría guardado mucho de hacer una segunda tentativa del mismo tipo.

Sonreí. Una reconstrucción impecable de lógica perfecta. Al puro estilo Sherlock Holmes. Y, a la luz de aquellos razonamientos, el misterio de Horus que había estimulado la macabra fantasía de los

lectores de media Europa parecía haber llegado de verdad a su acto final. No quedaba más que la última escena, en la cual Sherlock, Lupin y yo seríamos los protagonistas en el número 221A de Baker Street.

Y cuando, años más tarde, descubrí que Holmes, mi amigo en otra época, se había mudado precisamente a Baker Street, al número 221B, es decir, la puerta contigua a la fatídica dirección que daba Sword en su anuncio, no puede evitar sonreír y pensar que había elegido aquella casa de forma deliberada, en recuerdo de los acontecimientos de aquel lejano día de nuestra adolescencia.

Para mí en concreto fue un día en el que tuve que tomar decisiones difíciles y muy arduas. En el momento mismo en que habíamos encontrado por fin la solución del enigma, me había quedado claro que iba a tener que dejar a un lado todos mis escrúpulos y mis voluntariosas promesas a mi padre y al señor Nelson: nos presentaríamos a una cita con un asesino y esta vez no en un oscuro cementerio, lleno de lugares donde esconderse, sino de día, en una habitación en la que estaríamos cara a cara con un hombre que había urdido una venganza tan terrible.

Recuerdo bien que era la víspera de Nochebuena y que eso me permitió inventar fácilmente una excusa. El 23, de hecho, era el día en que en la sede de la obra benéfica de la señora Glover se daba un pequeño ágape en el cual las damas de la asociación se felicitaban las Pascuas. Era un acontecimiento en el que mi padre me permitiría participar sin parpadear y al cual me acompañaría Horace, que luego me dejaría sola sin reparos, confiando en la presencia de tantas damas amigas de Geneviève. Por una afortunada coincidencia, la sede se encontraba en Aybrook Street, no lejos de Baker Street. Aprovechando la confusión, podría escabullirme por la puerta trasera para reunirme con mis amigos.

Eso fue exactamente lo que hice y todo me salió de perlas. Hasta llegué con adelanto a la cita, que habíamos fijado a las cinco y media en la esquina de Blandford con Baker Street, pero allí encontré ya a mis amigos.

Sherlock estaba radiante, como si, en vez de ir a vérselas con un asesino fuera a un espectáculo al que llevara mucho tiempo esperando asistir. Me contó, con cara de pasárselo en grande, cómo había reaccionado Lupin al improvisado desarrollo de nuestra

investigación: con una imprecación en voz muy alta que había hecho volverse a todos los clientes de la Shackleton Coffee House.

Imaginé la escena y no pude evitar echarme a reír, y conmigo lo hicieron Sherlock y Lupin. Me alegró abandonarme a la risa, porque el pensamiento de lo que nos esperaba, al contrario de lo que le sucedía a Sherlock, me inquietaba profundamente.

Fuera como fuese, ya estábamos allí, en Baker Street, dispuestos a aprovechar la que Holmes había llamado nuestra segunda oportunidad de desenmascarar al asesino.

Lo primero que hicimos fue observar lo que nos rodeaba. Era una calle londinense como tantas, con hileras de casas bajas y ordenadas. Un solo edificio sobresalía sobre los demás, y era el museo de cera de Madame Tussauds, que se había abierto hacía algunos años en aquella misma calle.

—Un lugar increíble —comentó Lupin con una mueca—. Hay estatuas de cera tan bien hechas que parecen de carne y hueso, personajes históricos de todas las épocas y también algún que otro criminal lamentablemente célebre… Quién sabe, ¡un día podría estar también mi figura! —dijo con sarcasmo, hundiendo su mirada en la mía por un instante.

—¡Cielos, qué horror! —solté, haciendo caso omiso de aquella mirada—. No pondría un pie ahí dentro ni por todo el oro del mundo. ¿A quién puede apasionarle algo tan siniestro?

—A muchas personas, a juzgar por la cola ante la entrada —comentó Sherlock, señalándome la gente agolpada a las puertas.

Abrí los brazos como diciendo que no era culpa mía si la gente tenía gustos extravagantes, con lo cual hice reír de nuevo a mis amigos. Pero aquel fue el último momento de solaz que nos concedimos. En cuanto se apagaron nuestras risas, nos hicimos una señal de entendimiento y nos pusimos en camino.

Desde el punto en que nos encontrábamos tardamos diez minutos en llegar al número 221A y, una vez allí, no fue difícil encontrar lo que buscábamos. Una placa de latón clavada a la puerta principal decía: PROF. G. HAWTHORNE.

Sherlock observó la fachada del edificio.

—Por el aspecto modesto del bloque, se diría que aquí debió de estar el primer estudio del profesor —dedujo.

—Allí donde todo empezó —corroboré, recordando las palabras

del mensaje de Sword.

Cuando nos encontramos frente a la puerta de color verde botella tras subir tres escalones, pude constatar que mis amigos se habían preparado bien para aquella acción. Sherlock portaba la pistola de su hermano y Lupin se había traído sus utensilios de forzar puertas. En efecto, lo vi sacar del abrigo un estuche de piel blanda que desenrolló, dejando a la vista una serie de ganzúas brillantes.

—Vigilad que no pase nadie —susurró, luego nos dio la espalda y empezó a trajinar en la cerradura.

Aquella vez tardó solo unos instantes y, cuando oí el clac familiar del mecanismo al saltar, me colé por la puerta conteniendo la respiración.

El minúsculo recibidor del apartamento 221A daba a una escalera oscura cubierta por una alfombra de terciopelo despeluchado que desaparecía en el piso superior.

Sherlock y Lupin subieron primero, hombro con hombro, y yo los seguí con la falda levantada y caminando de puntillas para no hacer ruido.

Al final de la escalera, un pequeño rellano daba a una habitación iluminada por amplias ventanas cuadradas. La luz rojiza de última hora de la tarde aclaraba un espacio que sin duda había conocido tiempos mejores. Había una alfombra descolorida, un polvoriento jarrón chino en un rincón, una chimenea negra de hollín y una librería de madera maciza, que parecía a punto de ceder bajo el peso de antiguos e imponentes volúmenes encuadernados en piel.

Había además, justo en el centro de la habitación, una butaca vuelta, de modo que solo podíamos ver el respaldo, y una mesita baja sobre la cual reposaba un bastón de malaca con puño de marfil.

Arsène avanzó un paso para entrar en la habitación, pero Sherlock lo retuvo.

Fue entonces cuando oímos toser a alguien. Era una tos semejante al grito ronco y sufriente de un animal herido. La de alguien que estaba sentado en la butaca y que hasta aquel momento no habíamos visto.

Al pensar que fuera Michael Sword, un hombre que todo el mundo creía muerto desde hacía casi veinte años, el corazón

empezó a latirme a un ritmo aún más acelerado de lo normal.

Vi separarse del reposabrazos de la butaca una mano delgada y apergaminada, en la que se movió un dedo que nos hizo una seña para que nos acercáramos.

—¿Eli? —preguntó la voz ronca.

En ese momento, el hombre debió de ver nuestras imágenes reflejadas en el vidrio de una vieja vitrina.

—Pero ¿qué…? ¡Otra vez vosotros! —chilló con aquella voz trémula y antinatural.

—Otra vez nosotros, señor… Sword —confirmó Sherlock Holmes.

El hombre se puso en pie de espaldas a nosotros. No era más que una sombra contra el fondo borroso de las ventanas y parecía un actor en medio del escenario.

Se volvió despacio y yo murmuré:

—Cielo santo…

Me llevé una mano a la boca y estuve a punto de desmayarme del susto. El que se clavaba en mí era el mismo ojo verde que había entrevisto en el bosque cercano a Albemarle Court, el ojo derecho de Sword, que resaltaba en un rostro moreno, desfigurado por las quemaduras y cubierto de cicatrices, mientras que el izquierdo estaba tapado con una gran venda negra.

—¿Quiénes sois? —preguntó el hombre, con rabia.

—No creo que nuestros nombres le dijeran mucho, señor Sword —respondió Sherlock, deslizando con descuido la mano en el bolsillo del revólver—. Lo que de verdad cuenta es que, como ha oído, sabemos su nombre y, sobre todo, sabemos… lo que ha hecho.

—¿Habéis sido vosotros los que habéis convencido a Underwood de no venir a las citas, primero en el cementerio y ahora aquí? —preguntó Sword amenazador.

—No, señor. Al pobre Underwood le ha ocurrido algo mucho peor, por desgracia.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el hombre.

—Si ha leído el periódico —le explicó Holmes, señalando un ejemplar de *The Times* que había sobre una silla—, quizá haya visto una noticia sobre un hombre ahogado en el Támesis. La policía todavía no lo ha identificado, pero el artículo habla de un anillo de amatista en la mano izquierda del cadáver. Un anillo en el que pude

fijarme cuando visitamos al profesor Underwood en Albemarle Court. Y no creo realmente que haya muchas personas que tengan uno con esa piedra…

Me quedé estupefacta unos instantes. ¿Por qué Sherlock no nos había puesto al corriente de aquella noticia? Luego me bastó una mirada fulminante de mi amigo para comprender que… ¡no era cierto! El cadáver rescatado del Támesis no era el de Underwood y Holmes no le había visto en el dedo ningún anillo de amatista. Simplemente había decidido, en una de sus fulguraciones de genio, usar una noticia leída en *The Times* para acabar más deprisa la partida con Michael Sword.

Fue un movimiento arriesgado, pero funcionó a la perfección.

Sword emitió una especie de grito ahogado y se dirigió a la silla. Agarró el periódico y fue pasando las hojas con gestos rabiosos. Lo vimos detenerse en una columna y leer con una mueca indescifrable en el rostro. Estaba claro que había encontrado la noticia a la que se refería Sherlock.

El hombre bajó el periódico y luego lo dejó caer.

—Elijah Underwood… —murmuró—, siempre fuiste un tremendo cobarde…

—En el fondo, no cambia nada —prosiguió Holmes—. No ha tenido usted necesidad de emplear un arma, ha bastado con el miedo instilado en su ánimo, de por sí frágil.

—Puede ser… y de todos modos ahora se ha acabado —susurró el hombre, que se volvió hacia la ventana—. Mi venganza se ha cumplido. Después de veinte años, ahora que el último se ha ido, solo quedo yo.

Sword volvió a encararnos y nos preguntó:

—Y vosotros ¿qué tenéis que ver en todo esto? ¿Por qué estáis aquí?

Esa vez fui yo la que respondió:

—Queremos conocer su historia, señor Sword, y… entregarlo a la justicia.

Habría podido reírse o rebelarse, o tal vez atacarnos, pero no hizo nada de todo eso. Se limitó a sentarse de nuevo en la butaca frente a la ventana y se encogió de hombros.

—Por mí de acuerdo —dijo—. En el fondo, ahora ya no hay razón para esconderse y luchar. Se ha acabado. Todo.

Sherlock, Lupin y yo nos quedamos de pie, hombro con hombro, respirando despacio el polvo que se levantaba de los muebles y las alfombras y giraba en el aire como innumerables universos diminutos suspendidos en la luz pesada del ocaso.

—Por lo que entiendo, ya sabéis muchas cosas —empezó diciendo Sword—. No sé cómo lo habéis hecho, pero por fuerza debéis saberlas, en caso contrario no habríais llegado primero a casa de Underwood y luego aquí. Por lo tanto, trataré de ser breve.

El hombre cogió aire, jadeando, como si lo que iba a decir le costara un enorme esfuerzo.

—Tenía poco más de veinte años cuando el profesor Hawthorne me propuso unirme a la expedición que estaba organizando a Karnak, en Egipto. Me hizo la propuesta precisamente en esta habitación. Por entonces, Hawthorne vivía aquí, donde también tenía un pequeño estudio. En aquella época yo era un estudiante esperanzador, «una promesa» como suele decirse, pero no tenía ni una libra ni una familia apoyándome, así que mi única posibilidad de éxito era trabajar. Incluso aceptando hacer de esclavo para Hawthorne y sus ricos compañeros de viaje. Y así, sin pensarlo siquiera, le contesté que partiría para Karnak. Ya en Egipto, sin embargo, nos dimos cuenta de lo duro que era… Sufrimos una serie de imprevistos… Estafadores que nos engañaron con las provisiones, tormentas de arena y muchas cosas más. Hawthorne y los demás estaban ya a punto de rendirse y dar media vuelta, pero yo no podía aceptarlo. Como os he dicho, aunque solo era un jovenzuelo, en aquella expedición me jugaba mucho más que todos los demás. Así que un día cogí unos cuantos bártulos, me llevé conmigo a algunos lugareños y me alejé del campamento una decena de kilómetros, por pleno desierto, para continuar las excavaciones en un lugar que, según mi interpretación de ciertas fuentes antiguas, era más prometedor. Actué por mi cuenta sin avisar a nadie, porque sabía que me habrían puesto obstáculos. Pero cuando se enteró de mi propósito, Hawthorne se puso hecho una furia y decidió ir a buscarme para hacerme regresar, costara lo que costase.

El hombre tosió antes de reanudar su relato.

—Mientras tanto, yo acababa de experimentar la mayor alegría de mi vida, ¡tenía razón! Yo, huérfano de una familia de mineros

escoceses, había demostrado que era mejor arqueólogo que Hawthorne, Ottemans y todos los privilegiados como ellos… Sí, porque en el punto que elegí para la nueva excavación enseguida encontré un auténtico tesoro: un templo egipcio sepultado bajo las arenas milenarias del desierto. Un templo intacto, lleno de hallazgos de enorme importancia.

Sword soltó un silbido que pareció un suspiro y siguió:

—Cuando Hawthorne me encontró, y con él Underwood y los otros, intentó apoderarse de mi descubrimiento en beneficio propio. Después de todo, yo no era más que un estudiante y todo el equipo que había utilizado, así como el dinero, pertenecían a la expedición. Quise oponerme, hubo una pelea, Rountree volcó un barril lleno de aceite que alcanzó una lámpara… El fuego se propagó y todo empezó a arder. Hawthorne y Underwood consiguieron salvar a Rountree y lo cargaron en un carro, después Ottemans les pidió marcharse de allí lo antes posible, afectada como estaba por aquel horrible espectáculo. Recuerdo que aquella mujer se volvió hacia mí cuando yo todavía estaba entre las llamas y no hizo nada por ayudarme. Ninguno hizo nada. Dejar que el fuego me quitara de en medio era para ellos la solución más ventajosa. Así que me dejaron allí y se fueron, convencidos de que moriría.

Hubo un largo momento de silencio. Los dedos de Sword se hundían en la tapicería de los reposabrazos con tanta violencia que tenía los nudillos blancos como piedras de granizo.

Yo no podía justificar la muerte de dos personas, obviamente, pero entendía que el comportamiento innoble y mezquino de sus compañeros de expedición hubiese hecho nacer en el corazón de Sword un odio inmenso y una tremenda sed de venganza.

—Permanecí un día y una noche entre los restos carbonizados del campamento, solo, al borde de la muerte y a merced del desierto. Después, una caravana de beduinos me encontró y me puso a salvo. Estaba muy débil y había perdido totalmente la memoria. Viví algunos años con los bereberes, que me curaron y me aceptaron como un compañero. Hasta que, mucho tiempo después, el jefe de la tribu me enseñó esto…

Entonces Sword alzó levemente un brazo y nos mostró un collar de oro en forma de serpiente que llevaba enrollada una pulsera en la muñeca.

—Era el único objeto encontrado en el templo que me quedó encima. Me bastó con verlo para recordar todo lo que había ocurrido. Lo que aquellos miserables me habían hecho. Necesité tiempo, mucho tiempo. Cuando recuperé todas mis fuerzas, fui a Alejandría y busqué trabajo, me metí en negocios y fui reservando, poco a poco, el dinero necesario, y cuando todo estuvo listo regresé aquí para castigar a Hawthorne y a los demás, que no habían tenido escrúpulos para dejarme morir como un animal en medio del desierto. En primer lugar me ocupé de Hawthorne, luego de Ottemans, a la que le robé algunas piezas valiosas para proveerme de algún dinero extra con el que mantenerme mientras hacía justicia. Descubrí luego que Rountree ya había muerto, antes de que pudiera liquidarlo yo, y por último intenté matar también a Underwood. Pero ese cobarde lo ha hecho él solo…

—Ahora lo tengo todo claro —intervino entonces mi amigo Sherlock—. Excepto una cosa: ¿por qué esas continuas referencias a Horus? ¿Qué significan?

Sword meneó la cabeza y por primera vez vimos aflorar a sus labios martirizados algo parecido a una sonrisa, extraña y enigmática.

—En mi principio está mi fin —fue su oscura respuesta.

No niego que sentí pena por aquel hombre. No muy alto, de aspecto grácil, con la piel destrozada por un incendio acontecido hacía tantos años y que, no obstante, no se había apagado del todo, al menos en su alma. Traté de imaginar qué significaría ser un joven desesperado y testarudo, y la felicidad que Sword debía de haber sentido al descubrir, él solo, un templo egipcio que habría podido reportarle fama y gloria para enseguida ver frustrada su ambición por la prepotencia de personas más ricas y poderosas que él.

¡Cuánta rabia había sentido, cuánta desilusión se había acumulado en su corazón, día tras día, mes tras mes, reavivando las brasas de su deseo de venganza!

Pero, aunque entendía todo aquello (es más, lo compartía, porque en su lugar yo también habría intentado resarcirme y obtener lo que me correspondía), quedaba el hecho de que Michael Sword era un asesino. Había matado a dos personas y, aunque sus motivos eran justos en cierta medida, sus acciones me parecían horribles y equivocadas.

Una parte de mí me pedía que le diera la espalda a Michael Sword y me marchara para dejarle vivir en paz los años que le quedaran, sabiendo que, en todo caso, ahora que la venganza se había cumplido, ya no representaría un peligro para nadie.

Otra parte de mí, sin embargo, sabía que Michael Sword debía pagar por lo que había hecho. Era lo justo.

Sherlock, Lupin y yo éramos conscientes de la inutilidad de engañar a aquel hombre al que la vida ya había engañado tan cruelmente; no quedaba otra que decirle la verdad.

—Vamos a avisar a la policía —dije en voz baja—. Es nuestro deber hacerlo y creo que, a fin de cuentas, será un alivio incluso para usted.

—Tal vez sí —respondió aquel hombre misterioso—. Avisad a quien queráis, yo no huiré. Pero os ruego que bajéis a la calle y esperéis ahí a los agentes —añadió, y sacó del bolsillo un cigarro—. Quisiera pasar solo mis últimos instantes de libertad.

Consulté con mis amigos. Arsène hizo una rápida inspección de la casa y confirmó que no había más vías de escape que la escalera. Puesto que Sword no podía huir, pensamos que no cometíamos un error concediéndole aquel último deseo.

Cuando bajamos, Sherlock divisó a un policía en la esquina de la calle e, inventándose una historia en el momento, logró que fuera precipitadamente al número 221A de Baker Street.

No nos enteramos hasta el día siguiente, al leer el periódico, de que el agente de Scotland Yard, a su llegada, había encontrado a Michael Sword ya sin vida. Lo que a nosotros nos había parecido un simple cigarrillo en realidad no contenía tabaco, sino una dosis letal de veneno que el arqueólogo había traído con él de Egipto. En el artículo de primera página, que anunciaba el clamoroso final del misterio de los delitos de Horus, se leía también que Michael Sword debía de tener preparada aquella salida de escena desde hacía tiempo, porque entre sus manos se había encontrado una carta en la cual, además de explicar las razones de su venganza, hacía una confesión plena y detallada de los asesinatos de Gideon Hawthorne y Liselore Ottemans.

Capítulo 17

EN MI PRINCIPIO ESTÁ MI FIN

Como es fácil de imaginar, al día siguiente, víspera de Navidad, me desperté con pensamientos que nada tenían de alegres y festivos. Me pareció que en el fondo, detrás de los delitos de Horus, había de veras una maldición. En todo caso, no una de aquellas bobadas inventadas por un gacetillero sensacionalista para vender periódicos, sino la maldición, mucho más seria, de la maldad humana, capaz de envenenar y destruir la vida de tantas personas.

La primera consideración que me ayudó a serenar un poco mi ánimo fue la siguiente: lo ocurrido en Baker Street demostraba que Michael Sword había planeado todo hacía ya tiempo. La intervención de mis amigos y mía había tenido como único resultado salvarle la vida a Elijah Underwood, un hombre que, con la pérdida de su brillante intelecto, había pagado ya un precio muy alto por traicionar la amistad de Sword. El hombre, además, fue encontrado pocos días más tarde, atemorizado y medio congelado, en un bosque de Cambridgeshire. Y así, por fin, cayó para siempre el telón de aquella historia terrible.

Cuando bajé al comedor, mi padre y Horace habían salido a hacer las últimas compras navideñas. Ahora que mi madre ya no estaba, Leopold ponía gran empeño en preparar todo lo necesario para aquel día especial.

Yo encontré en la mesa un paquete envuelto en alegre papel rojo y dorado, para mí, acompañado de una carta. Reconocí enseguida la letra de mi madre, Sophie von Klemnitz. Fui al salón y dejé la caja bajo el árbol adornado; luego, acurrucada en un sillón delante de la chimenea encendida, abrí la carta. Después de las felicitaciones navideñas, Sophie me ponía al día de su vida y sus continuos viajes. Me pareció que de aquellos trazos de tinta manaba el espíritu de mi verdadera madre: exuberante, vivaz, con un sentido del humor desbocado y un espíritu de observación agudo y penetrante. Más de una vez me reí con las ingeniosas descripciones de una u otra situación, que Sophie esbozaba con ligereza y gusto incomparables.

Mi madre terminaba su carta con una nota bastante más sentimental: me aseguraba que pensaba en mí todos los días y que me echaba terriblemente de menos. Me repetía, como había hecho tantas veces, que aquella distancia entre nosotras servía solo para protegerme. Como único regalo de Navidad, Sophie me pedía la promesa de que, cuando fuera mayor, tratara de comprenderla y no juzgarla con demasiada dureza. En la posdata aludía por último al hecho de que quizá nos viéramos más pronto de lo que yo imaginaba.

Me hizo feliz. Me sentía como una tonta por mi reacción cuando mi padre me había pedido que la invitara para Navidad y en ese momento me habría gustado retroceder en el tiempo y cambiar las cosas. El saber que, en todo caso, nos veríamos en un tiempo no muy lejano me reconfortó.

Así que, cuando llegó la hora de ir a la cita que había fijado con Arsène y Sherlock, me encontraba en un estado de ánimo notablemente más sereno.

El señor Nelson, nada más volver de las compras con mi padre, me acompañó en carruaje hasta Carnaby Street. A diferencia de lo que era habitual, no obstante, bajó conmigo del vehículo y entró en el café a mi lado.

Al verlo, mis amigos se pusieron en pie, vagamente alarmados. Horace llegó hasta ellos y los tranquilizó con una sonrisa.

—Me gustaría poderles regalar un poco de buen juicio, pero yo mismo sé que es algo que solo se gana muy poquito a poco, al envejecer… —dijo—. Así que supongo que me limitaré a las felicitaciones y a estrecharles la mano.

—¡Felicidades! —correspondieron Arsène y Sherlock, estrechándole la mano al señor Nelson.

Cuando el mayordomo se despidió, me dirigí hacia nuestra mesa habitual, dispuesta a pedir un suntuoso chocolate caliente, pero mis amigos no me siguieron.

—¡Hay una sorpresa! —exclamó Lupin cuando notó sobre él mi mirada perpleja—. He encontrado unas viejas monedas en el abrigo de monsieur Papon y he pensado…

—Pero ¿no habíamos dicho que este año no nos haríamos regalos? —lo interrumpí, recordándole la decisión que habíamos tomado de común acuerdo varias semanas antes.

—Y no es, de hecho, un verdadero regalo —dijo con una risita —. Si acaso una pequeña… visita recreativa en la que seréis mis invitados.

—¡Entonces vamos! —dijo Sherlock, divirtiéndose con la ocurrencia.

Yo también sentía mucha curiosidad y salí del local con mis amigos.

Lupin nos condujo a un coche de caballos y le ordenó al cochero que nos llevara a Hyde Park.

—Me alegra que haya sido Lupin el primero en romper nuestro pequeño pacto —dijo Sherlock en cuanto nos pusimos en movimiento—. Porque yo también tengo un regalo para vosotros.

—¡Ah, pues vaya! —protesté, bastante contrariada.

—Tranquila, Irene. También el mío es un regalo muy particular. No se come ni se toca. Es, si acaso, un regalo para la mente — explicó Holmes, señalándose la frente con el dedo índice.

—Si quieres mi opinión, ¡suena a engañifa! —bromeó Lupin—. Pero como no deja de ser un regalo… ¡dispara!

Yo también animé a Sherlock a desembuchar.

—¿Recordáis lo que nos respondió Sword cuando le preguntamos por qué se había valido del símbolo de Horus? —nos preguntó entonces nuestro amigo.

Se trataba de una frase tan enigmática que no la había olvidado.

—«En mi principio está mi fin» —respondí.

—Esas palabras estuvieron rondándome por la cabeza hasta altas horas de la noche… Y luego lo comprendí por fin.

—¿Comprender el qué, si tienes la gentileza?

—Que Sword había elegido el ojo de Horus por una razón que no tiene nada que ver con el antiguo Egipto. Todos los que, por su mano, irían al encuentro del fin formaban un grupo muy preciso, ordenado sobre la base del principio de su nombre, es decir, su inicial. Un sencillo anagrama, pues: H de Hawthorne, O de Ottemans, R de Rountree, U de Underwood y, por último, precisamente la S de Sword.

—¡Horus! —exclamamos al unísono Arsène y yo.

—Exacto, con deseos de feliz Navidad de mi parte —dijo Sherlock con una carcajada, disfrutando con nuestras caras de sorpresa.

Instantes después de que Holmes nos informara de su descubrimiento, llegamos a Marble Arch, situado en la esquina noroeste de Hyde Park. Bajamos del carruaje y Lupin nos condujo por un largo sendero del parque hasta una gran explanada, en la que varias barracas y atracciones se habían agrupado para formar una pequeña feria navideña. Nos adentramos entre la gente, en un aire frío en que se mezclaban los olores de las manzanas caramelizadas, los buñuelos y las castañas asadas, y Lupin nos reveló por fin adónde íbamos: una absurda carpa de cartón piedra y madera de colores, construida (aunque con bastante torpeza) a imitación de la Esfinge de Gizeh.

Al verla, los tres nos echamos a reír.

—En los últimos tiempos, todo parece encauzar al antiguo Egipto —nos explicó Lupin—. ¡Así que he pensado que este sería un cierre digno, o como mínimo más alegre, para la historia en la que hemos estado envueltos!

Sherlock y yo no pudimos por menos que darle la razón y después de que Lupin pagara los dos peniques por entrar disfrutamos del pequeño espectáculo de prestidigitadores, payasos y malabaristas que tenía lugar en aquella singular carpa. Todos eran artistas mediocres, pero quizá por eso mismo nos divertimos como locos. A la salida fuimos a un quiosco que vendía castañas y nos compramos un generoso cucurucho.

De pronto, mientras nos las comíamos, Lupin señaló algo sobre nuestras cabezas.

—¡Eh, mirad! —exclamó.

Era una guirnalda de muérdago que habían colgado en un árbol.

—Ya sabéis lo que dice la tradición…

Lo sabíamos muy bien, así que nos dimos un beso. Y por una vez fueron solamente los simples y alegres besos de amigos felicitándose la Navidad.

Cuando volvíamos ya para dejar aquel estrafalario rincón de Hyde Park, que todavía hoy recuerdo con gran dulzura, me di cuenta de que entre las variadas atracciones no faltaba siquiera una supuesta «sibila», es decir, una anciana con túnica violeta y decenas de collares y pulseras de bisutería que vendía por un penique sus «oráculos» encerrados en un botecito dorado.

Sin pensármelo ni un momento, compré tres y los repartí.

—Abridlos esta noche —dije—. A lo mejor la sibila tiene algo interesante que enseñarnos…

De todos modos, aquella mágica tarde de risas, esfinges y castañas asadas llegó a su fin y tuvimos que montarnos de nuevo en un coche de caballos para volver a casa.

Lupin insistió en pagar también aquella carrera, así que Sherlock fue el primero al que dejamos en su casa. Cuando me tocó a mí apearme, Arsène puso su mano sobre la mía y dejó salir de sus labios el suspiro más largo que le hubiera oído nunca.

—Espero con todo mi corazón no estropearte la Navidad, pero hay algo que debo decirte…

Por un momento me preocupé de verdad.

«¿Qué ocurrirá? —pensé—. ¿La que tengo delante es realmente la cara de Arsène, toda seria y compungida?».

Luego tuve una iluminación y eso que llaman «intuición femenina» me hizo comprenderlo todo en un abrir y cerrar de ojos.

Así que, sin poder contenerme, me eché a reír.

—¡Ah, qué buena amiga…! ¡Tengo que decirte algo importante y tú te echas a reír en mi cara! —soltó Lupin, molesto.

—Perdón… Perdóname, Arsène —murmuré yo, haciendo lo que pude para recobrar la seriedad—. Pero es que… ya sé lo que vas a decirme.

—¿Ah, sí?

—Claro… No tienes intención de aceptar el trabajo que mi padre te ha ofrecido.

Vi que los ojos de Lupin se desorbitaban y sus labios se entreabrían en un intento de decir algo. Pero de ellos no salió ningún sonido.

Entonces fui yo la que puso una mano sobre la suya.

—No te preocupes, Arsène. La verdad es que… lo entiendo. Soy de verdad amiga tuya y por un momento la idea de hacer algo que pudiese mantenerte apartado de problemas me pareció buena, pero… ¡en fin, un Arsène Lupin sin problemas ya no sería Arsène Lupin!

La expresión de mi amigo, por fin, se borró con su risa. Una risa alegre y sin reservas, tal como hoy la recuerdo.

—Si vamos a eso, tampoco una Irene Adler sin meterse en problemas sería ya Irene Adler —dijo.

—*Touchée!* —concedí yo.

En ese momento vi asomarse a la puerta al señor Nelson, que miró la calle con cara de preocupación. Era tarde y me esperaban para la cena de Nochebuena.

—¡Tengo que irme, amigo mío! —exclamé—. Entonces… ¡Feliz Navidad!

Antes de bajar, me incliné rápidamente hacia él y lo sorprendí rozando sus labios con los míos. Tal vez fuera un beso un poco menos inocente del que nos habíamos dado bajo el muérdago, pero era el que mi caprichoso corazón me dictaba en aquel momento.

Corrí a casa y vi que el carruaje se ponía otra vez en marcha. Lupin se asomó a la ventanilla, moviendo el sombrero, mientras el viento frío de la noche le despeinaba.

—¡Feliz Navidad también a ti, Irene!

Yo sonreí y entré en casa. Me sentía alegre y estaba contenta por la velada que me esperaba en compañía de mi padre.

Era Nochebuena e incluso la mirada reprobatoria de Horace por mi pequeño retraso se diluyó pronto en una sonrisa.

Mi padre, además, se había superado a sí mismo: para que no faltara aquel ambiente festivo que normalmente mi madre había creado en casa con adornos y decoración, había comprado velas, guirnaldas, festones y unas pequeñas muñecas rojas de trapo típicas de Pomerania, que le recordaban su infancia.

El remate de todo aquello lo puso la señorita Fowler con una de sus cenas memorables: ostras y eperlanos fritos de entrante, después oca asada con salvia y por último *mince pies* y *Christmas pudding*. Con un gesto que se burlaba de las formalidades vigentes (y que yo aprecié mucho), Leopold invitó a Horace y a la señorita Fowler a comer el postre con nosotros sentados a la mesa y brindar por la Navidad con un vasito de vino de Oporto.

Cuando mi padre y yo nos quedamos solos, al final de la velada, abrimos nuestros regalos: Leopold se puso muy contento con mi pipa curvada de raíz irlandesa, tanto como yo me puse con la estola de zorro que él me regaló a mí y con la maravillosa pulsera de ópalo recibida de Sophie.

Mi verdadera madre volvió a nuestra conversación esa misma noche.

Cuando mis risas se mezclaban ya con bostezos, mi padre

adelantó el torso hacia mí en su butaca delante de la chimenea y suspiró largamente.

—Irene, hace ya tiempo que le doy vueltas, pero… hay algo de lo que te debo hablar.

Me dieron ganas de sonreír. Por segunda vez aquella noche alguien me anunciaba con preocupación que tenía algo que decirme. En el caso de Leopold, no obstante, no tenía ni idea de qué pudiera ser. Me preguntó:

—¿Recuerdas cuando te pregunté qué pensabas de una posible invitación a la señora Von Klemnitz?

—Claro, papá, es…

—Déjame terminar, Irene —siguió diciendo mi padre—. El hecho es que no se trata solo de una posible invitación… Ya está hecha. He reservado una mesa para la velada con baile del Claridge's Hotel y la he invitado a ella también. Sé lo que piensas, pero… ¡ya la he invitado! —terminó de decir abriendo los brazos.

La postura perfecta para que yo pudiera sorprenderlo con un abrazo.

—¡Es una noticia preciosa! Y no siempre debes hacer caso de lo que digo… A veces las chicas tenemos el genio atravesado, ¿no lo sabes?

Mi padre se rio y se dejó caer sobre el respaldo del sillón con una cara relajada que decía mucho de lo aliviado que estaba.

Yo le deseé una feliz Navidad por última vez y luego me fui a mi habitación; no veía la hora de acostarme.

Mientras me desvestía, metí una mano en el bolsillo de la chaqueta y encontré el botecito de papel dorado con el oráculo de la sibila de Hyde Park, del que me había olvidado por completo.

Lo abrí, alisé el papelito que contenía y lo acerqué a la luz.

—«Rara vez nuestro futuro es como lo imaginamos» —leí.

Abrí la boca en un último y desmesurado bostezo.

Aquella me pareció, de hecho, solo una frase banal y efectista, sin mucho significado. Solo tendrían que pasar unos meses para que me diera cuenta de que había en ella más verdad de la que creía.